LUX ET UMBRA

Rogelio Fernández Güell

NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

FILOLÓGICAS
CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES
CIALC Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

LUX ET UMBRA

NOVELA FILOSÓFICA

ROGELIO FERNÁNDEZ GÜELL

José Ricardo Chaves
Presentación

Novelas en la Frontera
EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Rogelio Fernández Güell, *Lux et umbra. Novela filosófica*
Primera edición digital: 26 de agosto de 2020
D.R. © 2020 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n. entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210, coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Luz y sombra de una novela espiritista
José Ricardo Chaves 5

Lux et umbra

Al lector 29
I. Almas y estrellas 31
II. De la naturaleza del alma 67
III. El abismo 103
IV. De la bondad divina 127
V. La filosofía del dolor 151
VI. Sondeando el misterio 165
VII. Otra vez el abismo 187
VIII. Muerte de un filósofo 203

Noticia del texto 217
Rogelio Fernández Güell. Trazo biográfico 219

PRESENTACIÓN

Luz y sombra de una novela espiritista

José Ricardo Chaves

Cuando se revisa la producción narrativa en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, llama la atención la existencia de una franja particular de escritos a la que el investigador literario del área panhispánica usualmente no sabe muy bien cómo aprehender, pues le resulta bastante resbaladiza para los criterios usuales de clasificación, con las categorías de la historia literaria de realismo, costumbrismo, modernismo y demás, no tanto por sus características formales, bastante parecidas a las de los otros textos literarios después de todo, sino por los asuntos ahí tratados y su ubicación cultural, vinculados a lo que hoy denominamos de manera todavía bastante incierta "esoterismo".

Y digo de forma incierta porque, si bien desde hace treinta años el esoterismo se ha vuelto un campo de investigación académico con todas las normas de rigor,

incluida una especificación del término y de la disciplina de estudio, una base teórica, varias metodologías y una cronología, esto parece no haber calado todavía en muchos investigadores, sobre todo en el área hispánica, que siguen viendo lo esotérico de una manera ingenua, anecdótica, prejuiciada, sin herramienta conceptual, como una suerte de otredad cultural incomprensible e indigna de atención seria. Mientras esta actitud se mantenga, buena parte de la producción literaria de ese periodo, tanto la canónica como la marginal, seguirá eludiendo una hermenéutica más adecuada.

Esoterismo entre siglos

Y es que ese periodo de entre siglos fue escenario del desarrollo creciente en la península ibérica y en América Latina de corrientes esotéricas como no había ocurrido antes, cuando los controles religiosos y políticos habían contenido tal tipo de avances, con excepción quizá de la masonería. En la medida en que la región se secularizaba, el esoterismo podía ingresar y manifestarse en el medio social, junto con el liberalismo, el positivismo y la ciencia, es decir, el esoterismo fue parte de la modernidad creciente de la época, y no tanto resultado de una crisis o de una confusión de ideas, como algunos proponen, pues, a diferencia de la religión tradicional,

no veía como adversarios a la ciencia y al cambio social, sino como sus aliados, sintiéndose parte de la misma ola modernizadora.

Las dos corrientes esotéricas más importantes de la época fueron el espiritismo, actuante en el mundo hispánico desde la década de los setenta, con una creciente institucionalización y red de publicaciones, y la teosofía, a partir de la última década del XIX. Ambos movimientos eran de corte internacional, aunque se arraigaran en cada país con matices particulares, por lo que solían formar parte de vastas redes en diversos países. El espiritismo tuvo un carácter más pluriclasista, mientras que la teosofía caló sobre todo en los estratos medios y altos, pues implicaba una mayor educación para comprender sus propuestas. Los sectores artísticos y literarios no fueron inmunes a su atractivo, todo lo contrario, y pronto se volvieron canales para su difusión, particularmente con el modernismo, con figuras emblemáticas como Rubén Darío, Leopoldo Lugones o Amado Nervo, entre muchos otros, que encontraron en el esoterismo una veta ideológica, filosófica, religiosa y temática para sus creaciones literarias y para sus creencias personales.

Puede entonces identificarse una nueva producción literaria entre siglos impregnada, en mayor o menor medida, de estas ideas esotéricas, al tiempo que se

realiza también una creación propiamente esotérica que asume formas literarias para efectos de divulgación doctrinaria, sobre todo el cuento, la poesía y la novela corta. Si bien teóricamente es fácil distinguir entre escritores con ideas esotéricas y esoteristas con inclinaciones literarias, la separación práctica no siempre es fácil, pues a veces el escritor es también practicante esotérico, como ocurrió con Lugones o con Pedro Castera. Esto puede ser durante nada más una etapa o bien para toda su vida.

Así, cuando consultamos revistas y publicaciones literarias de la época, suelen aparecer textos de inspiración esotérica, sin que nos asombre mucho. Lo que no suele hacerse es revisar las publicaciones esotéricas, de tipo espiritista o teosófico, donde a veces vamos a encontrar material literario interesante. De hecho, algunas publicaciones, como la revista teosófica española *Sophia*, fungió no sólo como un importante medio doctrinal a escala hispanoamericana sino además como un difusor de textos y autores literarios afines (*v. g.*: Lugones, Nervo, Darío), incluso con sección de reseñas y con actividad de traducción. En México, tenemos el caso de las revistas *El Siglo Espírita* y *Helios*, donde puede encontrarse poesía y novela corta, por ejemplo, *Lux et umbra*, de Rogelio Fernández Güell, publicada por entregas primero, y luego como libro en 1911.

Narrativa espiritista: ¿escritura fantástica?

En la novela corta espiritista suele dominar la doctrina sobre la acción, pues, aunque se adopte toda la expresión literaria de trama, personajes y demás, lo más importante es convencer al lector de las bondades del espiritismo. Suele entonces asumir una estructura dialógica entre el vocero espiritista y los representantes de las ortodoxias religiosa y materialista, condimentado con alguna historia sentimental. En sus formas más elementales, podría verse como propaganda, pero a veces levanta vuelo y se vuelve literatura. En el caso de *Lux et umbra*, el autor aclara en el prólogo su propósito:

> Al escribir la presente obra, me propuse hacer un parangón entre las doctrinas materialistas y las espiritistas, tanto desde el punto de vista científico como desde el moral; mas para que los diálogos no resultaran fastidiosos y los argumentos áridos, ideé desarrollarlos en forma novelesca.

Quizá el subtítulo "Novela filosófica" alude a este elemento de discusión de ideas. Más allá de su propósito doctrinario, lo que salva la novela desde un punto de vista literario para un lector ajeno a ese ámbito ideoló-

gico, es su riqueza cultural, sus amplias referencias intelectuales, su habilidad en el diálogo y la presentación de algunos de sus personajes.

En México, esta novela de Fernández Güell es, hasta donde conozco, el mejor ejemplo de narrativa espiritista, aunque anteriormente hay un texto emparentado con esta corriente, la novela de Pedro Castera *Querens*, de tema mesmerista,[1] de 1890. El texto de Castera corresponde al periodo de ascenso del espiritismo en el país, cuando se está conformando institucionalmente por medio de grupos, debates como el del Liceo Hidalgo en 1875, y publicaciones, en especial *La Ilustración Espírita*, dirigida por Refugio I. González, que sale de manera continua entre 1872 y 1893. Incluso el título de la novela de Castera alude a un relato del astrónomo espiritista Camille Flammarion, "Lumen", incluido en el libro *Récits de l'infini* (1873).

[1] El mesmerismo (o magnetismo animal) fue una teoría y práctica terapéutica desarrollada por Franz Mesmer en el último cuarto del siglo XVIII, que postulaba la existencia de un fluido universal cuya correcta circulación en los organismos garantizaba su salud. Nacido en el ámbito médico, muy pronto fue rechazado por éste, aunque continuó su expansión en medios de curación "alternativa" por toda Europa. En el siglo XIX generó alianzas con nuevas propuestas como el hipnotismo y, a mediados de siglo, con el espiritismo.

Por su parte, la novela de Fernández Güell corresponde a un segundo momento en que el espiritismo ya está mejor establecido, cuenta con más grupos y medios de expresión, e incluso ha realizado congresos nacionales en 1906 y 1908. Otros autores mexicanos que escribieron relatos largos que bordean la novela corta con temática espiritista son Justo Sierra, con *Incógnita* (1871), recogido en *Cuentos románticos* (1896), o Francisco Sosa, con *El sueño de la magnetizada* (1876), incluida en *Doce leyendas*, de 1877. Nótese de paso en estos títulos cómo la estructura de la novela corta queda oscurecida con los nombres de cuento o de leyenda.

El panorama anteriormente brindado muestra la importancia para ese periodo de la corriente espiritista en cierta narrativa (en especial cuento y novela corta) que, vía el esoterismo, incursionaba en campos relativamente jóvenes o poco transitados, que hoy llamamos, a veces descuidadamente, literatura fantástica, categoría que de pronto se vuelve una especie de cajón de sastre en donde lanzamos toda esta narrativa no realista, desviante y rara. Es hacia donde se inclina, para el caso español (aunque aplicable a Hispanoamérica), Lily Litvak en su análisis "Entre lo fantástico y la ciencia ficción. El cuento espiritista en el siglo XIX", cuando dice:

> Una utopía que se desarrolla en seis esferas celestiales, mesas giratorias, sonámbulos, clarividentes, ectoplasmas, fantasmas que pueden fotografiarse, fluidos magnéticos que permiten la telepatía, corrientes eléctricas que facilitan la comunicación con los muertos, telégrafos espirituales, todo ello explicado por teorías científicas o pseudocientíficas. No podemos menos que admitir que estamos ante un verdadero género de ciencia ficción del siglo XIX […] Queda aún por discutir si se trata de literatura fantástica o no.[2]

Aquí Litvak señala que, si se siguen los criterios de Todorov, esa literatura no sería fantástica, aunque sí de acuerdo con otros autores, como Lawrence O'Keefe y Jacques Finné, y completa diciendo que

> a ello podemos agregar que, sin duda alguna, el supuesto origen de estos cuentos —la escritura automática de los espíritus a través de médiums— está de acuerdo con la más estricta definición de lo fantástico que indica sería un hecho que por su naturaleza se dirige a la zona de la racionalidad y más aún, se superpone a una zona más misteriosa, porque es más desconocida".[3]

[2] Lily Litvak, "Entre lo fantástico y la ciencia ficción. El cuento espiritista del siglo XIX", *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura*, núm. 154-155, 1994, pp. 87-88.

Yo aquí tengo mis dudas, en lo que se refiere a esta literatura de médiums, no la de escritores seculares que se inspiran en lo espiritista para construir un relato amplio (*v.g.* Arthur Conan Doyle en *El país de la bruma*), pues de seguir esa línea argumental entonces varios de los relatos religiosos supuestamente producidos por ángeles u otras criaturas sobrenaturales, entrarían en dicha categoría fantástica (*v.g. El libro de Mormón*, de Joseph Smith). Creo que hay que poner límites al concepto de fantástico, vincularlo con la modernidad y la secularización, tomar en cuenta la dimensión hermenéutica del texto, una ética y no sólo una estética, que permita trabajar mejor dicha producción literaria. En fin, se trata de un asunto que no está zanjado, apenas se está abriendo el debate sobre cómo tratar dicha literatura, y categorías como fantástico, gótico o ciencia ficción son sólo algunas posibilidades taxonómicas.

[3] Lily Litvak, "Entre lo fantástico y la ciencia ficción. El cuento espiritista del siglo XIX", ed. cit., p. 88.

Algunos apuntes biográficos de Fernández Güell

Rogelio Fernández Güell nació en Costa Rica, en 1883, en una familia de prestigio y poder. Con el tiempo mostró vocación literaria y política. Esta última le ocasionó algunos problemas locales que lo llevaron a trasladarse a España, tierra de su madre. Ahí siguió sus estudios y comenzó su producción poética. Tuvo oportunidad de conocer a escritores como Benito Pérez Galdós, Jacinto Benavente y Rubén Darío. También profundizó en sus intereses espiritistas (que le venían de familia, por el lado paterno) y generó vínculos con publicaciones de este tipo, como *Luz y Unión*, en cuyo consejo editorial descollaba la escritora Amalia Domingo Soler, con la que eventualmente tuvo cierto trato, y *Los Albores de la Verdad*. En Barcelona se casó con Rosa Serratacó y, en parte debido al rechazo de la familia política, decidió abandonar el país y se dirigió a México.

En este país se conectó con el medio espiritista local, en el que muy pronto consiguió cierto renombre. Gracias a su talento (dominio de varias lenguas extranjeras: francés, inglés y catalán) y al apoyo de su cofrade espiritista, el político Ignacio Mariscal, trabajó como diplomático de México en Baltimore, Estados Unidos, donde escribió su obra más ambiciosa, *Psiquis sin velo. Tratado de filosofía esotérica*, que publicó en 1912.

En noviembre de 1910 ocurrió en Puebla el asesinato de Aquiles Serdán, maderista y líder antireeleccionista, con una gran repercusión mediática, hecho que comenzó a modificar la percepción política de Fernández, hasta entonces un funcionario porfirista. En sus palabras: "La tragedia de la casa de Serdán me reveló el abismo. El infierno abrió su boca y por esa negra abertura pude contemplar un mundo de miseria y desesperación".[4] Hasta entonces no le había dado importancia al movimiento de Madero, y hasta desaprobaba su actitud belicosa, dada su común pertenencia espiritista: "La rebelión de Madero […] me pareció un atentado contra nuestra doctrina [espiritista] y una claudicación imperdonable en uno de los paladines más distinguidos del pacifismo".[5] Pero la tragedia de Serdán cambió dicha visión y llevó a Fernández a visitar personalmente a Madero cerca de El Paso, en principio para hacerlo recapacitar y volverlo al pacifismo espírita, incluida una carta para Madero del nuevo secretario de la Junta Permanente del Segundo Congreso Espírita de México, don Antonio B.

[4] Rogelio Fernández Güell, *La Revolución Mexicana. Episodios*, San José, Editorial Costa Rica, 1973, p. 78.
[5] Rogelio Fernández Güell, *La Revolución Mexicana. Episodios,* ed. cit., p. 78

y Castro, llamándolo al orden pacifista, pero el converso fue Rogelio:

> En mi conversación con el señor Madero, nuevamente se reveló el hombre altruista, el filósofo de miras amplias y de sentimientos elevados de quien yo tenía noticia, y al volver a El Paso esa noche, mi corazón palpitaba de júbilo, pues veía cercano el fin de aquella lucha fratricida[6].

A partir de entonces Fernández se tornó en un entusiasta maderista que hizo todo lo posible para ayudar a su líder en su empresa política. Tras el triunfo de la Revolución, lo apoyó para que ganara las elecciones. Como director del periódico *El Amigo del Pueblo*, que se proclamaba "Órgano oficial del Club Libertador Francisco I. Madero", escribió diversos artículos y un largo y célebre ensayo, *El moderno Juárez. Estudio sobre la personalidad de Francisco I. Madero*, publicado primero por entregas en el periódico, y luego como folleto en una edición de 80 000 ejemplares para la campaña presidencial.

Tras el triunfo de Madero, Rogelio reforzó su actividad espiritista de conferencias, escritos y reuniones. Fundó el periódico *La Época* y fue colaborador de la revista espiritista *Helios*, y después su director, de octubre de 1911 a febrero de 1913, en la que publicó por entregas su novela, terminada varios años antes, *Lux et umbra* (y luego como libro, ese mismo año de 1911), así como diversos poemas y los primeros ensayos de lo que planeaba como un gran libro, que finalmente quedó inconcluso, *El espiritismo y la magia en las obras de William Shakespeare*, en el que se proponía estudiar *La tempestad*, *Ricardo III*, *Macbeth*, *Hamlet* y *Julio César*. Paralelamente a su trabajo espiritista y literario, Fernández fue nombrado por el presidente Madero jefe de publicaciones del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología de la ciudad de México, de esta manera, Madero hacía realidad su viejo deseo de 1908: hacer de su admirado Fernández uno de sus colaboradores, y poco tiempo después, lo nombró director de la Biblioteca Nacional de México, puesto que desempeñó desde el 27 de octubre de 1912 al 28 de febrero de 1913,[7] siendo la primera persona no nacida en México en ocupar ese cargo. Ninguno de los puestos desempeñados hasta ese momento lo habían enorgullecido tanto como ése, al grado de que cuando, ya de vuelta en Costa Rica, tras la caída de Madero, publique su libro sobre la Revolución

[6] Rogelio Fernández Güell, *La Revolución Mexicana. Episodios*, ed. cit., pp. 83-84.

[7] Irma Lombardo García, "La Hemeroteca Nacional de México y su gestación revolucionaria", *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas,* vol. XX, núms. 1 y 2, 2015, p. 35.

mexicana, en 1915, agregará a su nombre "Ex-Director de la Biblioteca Nacional de México".

Con la caída de Madero en febrero de 1913 todo cambió para Fernández. Para empezar, renunció de inmediato a la dirección de la Biblioteca Nacional, pero esto no fue suficiente, pues el nuevo régimen lo tenía en la mira en tanto colaborador cercano del presidente asesinado. Así que, por su propia seguridad y la de su familia, tuvo que dejar precipitadamente el país rumbo a Costa Rica, dejando atrás su selecta biblioteca, documentos y parte de sus trabajos literarios. De hecho, su libro *Los Andes y otros poemas*, que estaba editándose en la Imprenta del Museo Nacional de México, no se terminó de imprimir por órdenes del nuevo secretario de Educación, quien más bien ordenó su destrucción.

Ya en Costa Rica, retomó sus actividades políticas, periodísticas, diplomáticas, literarias y espiritistas. A los pocos años entró en conflicto con el régimen dictatorial de Federico Tinoco, por el que acabaría siendo asesinado en 1918, siguiendo el ejemplo ético y político de su admirado Francisco I. Madero.

Obra literaria

Apenas dos meses antes de su muerte, quizás presintiéndola, Fernández Güell escribió un *Testamento literario* en

el que hace un recuento de su trayectoria: cinco libros publicados (una novela, *Lux et umbra*; un voluminoso tratado espiritista, *Psiquis sin velo*; un breve ensayo espiritista, *La clave del Génesis*; y dos libros históricos, *Episodios de la Revolución mexicana* y *Plus ultra. La raza hispana ante el conflicto europeo*); dos libros de poesía frustrados, *Los Andes y otros poemas*, al cual sólo le faltó el último pliego en la Imprenta Nacional de México, antes de ser destruido por el nuevo secretario de Educación del gobierno golpista de Victoriano Huerta; y una selección de sus poemas en Barcelona, con tantas erratas que Rogelio no autorizó su circulación. Menciona además su poesía dispersa en revistas, sus diversos proyectos inconclusos, como su libro de crítica espiritista sobre Shakespeare, aparte de proyectos que no pasaron de buenos deseos, como una novela sobre el político centroamericano Francisco Morazán. Finaliza su escrito con resignación y algo de humor:

> En resumen, he escrito mucho; he proyectado más; y sólo lamento desaparecer antes de haber hecho algo que valiera la pena… ¿Quién sabe? Puede que de vivir cien años, tampoco hubiera realizado algo digno de memoria. A lo menos, réstame el consuelo de que ningún Homero ni Lucano fenece, y ese mismo consuelo debe quedarle a las generaciones. Lo siento por los ti-

> pógrafos e impresores, a quienes hubiera dado algún trabajo.[8]

Apenas tenía treinta y cinco años cuando murió, dejando atrás una obra, si no voluminosa, tampoco despreciable; rara en su combinatoria de espiritismo, romanticismo tardío y liberalismo, de historia y esoterismo, con amplia erudición y gran estilo.

De los cinco títulos publicados en vida, tres son del ámbito espiritista y dos del histórico. Restringiéndome al primer campo, descuellan ahí dos títulos: su novela *Lux et umbra*, fechada en México en marzo de 1907, aunque publicada en 1911; y el volumen *Psiquis sin velo*, de casi 350 páginas, fechado en Baltimore en marzo de 1910, y publicado en México en 1912. El autor era totalmente consciente de que trabajaba en un cruce entre lo literario y lo filosófico, y esto se aprecia en estos dos libros mencionados. Por ejemplo, en *Psiquis sin velo*, en el recorrido histórico que hace del espiritismo, el capítulo XXIX se titula "El espiritismo en el arte", y revisa rápidamente a algunos autores, entre ellos Shakespeare, Cirano de Bergerac, Balzac, Víctor Hugo, Dumas, y

[8] Rogelio Fernández Güell, "El testamento literario del poeta", *Athenea. Revista Literaria*, t. IV, núm. 2, 15 de marzo de 1920, p. 862.

entre los españoles, a Espronceda, Zorrilla, Campoamor y Castelar:

> La literatura espírita contemporánea es riquísima […] existen centenares de novelas, poemas y aun dramas y comedias inspirados en el Espiritismo. Sirvan de ejemplo las preciosas novelas *Espírita* y *Avatar*, de Teófilo Gautier, *Marietta* y *Estrella*, de origen medianímico, *Spiridion*, de Jorge Sand, *Celeste*, de Enrique Losada, *Casandra*, de Pérez Galdós, y la comedia de Sardou intitulada *Spiritisme*.[9]

Cita además a Rubén Darío, "el príncipe de los poetas en lengua española", en apoyo a su doctrina:

> Hay el mal espiritismo y el buen Espiritismo, como hay la buena y la mala Iglesia, la buena y la mala república, la buena y la mala monarquía, etc. El espiritismo está llamado a prestar a la humanidad servicios considerables. Guardémosle puro. Él es el que unirá la ciencia y la religión, el que nos permitirá probar científicamente la revelación y el milagro.[10]

[9] Rogelio Fernández Güell, *Psiquis sin velo. Tratado de filosofía esotérica*, México, Tipografía y Litografía de Müller Hermanos, 1912, p. 142.
[10] Rogelio Fernández Güell, *Psiquis sin velo. Tratado de filosofía esotérica*, ed. cit., pp. 135-136.

También en la novela *Lux et umbra*, ejemplo notable de esa literatura espiritista que se estaba escribiendo en español, está presente dentro de la trama esa consciencia de un género particular de literatura. Esto se aprecia al final de la narración, cuando está muriendo Hare, uno de los principales personajes, un converso del materialismo al espiritismo, y que es millonario. En su testamento, además de donar la mayor parte a la filantropía, "medio millón [de pesetas] lo destinó a la fundación de un instituto de ciencias psíquicas, y estableció un premio anual de 20 000 pesetas para estimular el gusto por la literatura espírita entre los buenos escritores".

Estructura de Lux et umbra

La novela está conformada por un prólogo, "Al lector", y ocho capítulos subtitulados y con su respectivo epígrafe. Hay además un epígrafe general para todo el libro, que proviene del *Manfred* de Lord Byron, poema con elementos sobrenaturales muy en consonancia con el ambiente gótico del momento, con un personaje masculino que, ante la pérdida de la amada, se dedica a la evocación de los espíritus. El prólogo, como mencionamos antes, plantea de forma explícita la intención autoral de escribir un texto que sirva para confrontar las doctrinas materialistas y las espiritistas de forma narrativa, esto es, con trama y personajes "para que los diálogos no resultaran fastidiosos y los argumentos áridos".

El capítulo primero se titula "Almas y estrellas" y lleva un epígrafe de la *Ilíada* de Homero relativo a Venus sideral. Ubica la acción en Cataluña, con tres personajes, uno femenino, Gloria, y dos masculinos, Hare, su novio y representante de la visión materialista, y Conrado, platónico y romántico. Se hace referencia a diversos fenómenos "extraordinarios" como el sonambulismo, las alteraciones de la personalidad, la clarividencia, etcétera. Gloria representa orgullosamente la visión espiritista, da las razones para ello, que se asientan sobre experiencias personales de reencarnación, vidas pasadas, magnetismo y vuelo cósmico del alma. Llama la atención que sea la mujer la que asuma de manera más destacada el papel de portavoz de la doctrina espírita, asentada no sólo en una postura intelectual sino en una experiencia personal fuerte.

El segundo capítulo se titula "De la naturaleza del alma", con epígrafe del *Hamlet* de Shakespeare, y se dedica sobre todo a la presentación de diversas teorías sobre la materia, el fluido universal, la imaginación y la diversidad de seres en los planos invisibles. A nivel dramático, hay hacia el final del capítulo una separación de los dos amigos, cuando Conrado decide viajar a Londres y Hare se queda en España.

El tercer capítulo, "El abismo", posee un epígrafe del autor espiritista Léon Denis, de su libro *Después de la muerte*.[11] Se inicia en Inglaterra, donde está radicando Conrado, quien pronto retornará a su país tras un evento crucial: la muerte de Gloria. Hare queda devastado, preso del pesimismo y con tendencias suicidas.

El cuarto capítulo, "De la bondad divina", posee un epígrafe de una famosa novela espiritista de la época, *Marietta*, escrita por el médium Daniel Suárez. Es una suerte de pausa tras el evento dramático de la muerte de Gloria y la caída anímica de Hare. Está dominado por la voz de Conrado y tiene un carácter más bien

[11] Este libro había sido traducido de manera anónima por el político y diplomático Ignacio Mariscal y publicado en México en 1892 en la Imprenta Emilio Tenorio. La portada indica "traducido del francés por Un Mexicano". También tradujo de Léon Denis *En lo invisible* y *Cristianismo y espiritismo*; véase Jean Meyer, "El anticlerical revolucionario, 1910-1940. Un ensayo de empatía histórica. Quinta proposición", *De una revolución a la otra. México en la historia*, México, El Colegio de México, 2013, pp. 197-220. La actitud encubierta de Mariscal no es extraña dado su alto puesto político e intelectual frente a la desconfianza ante las nuevas propuestas espiritistas. También Francisco Madero tendría cuidados parecidos, cuando publicó en la revista espírita *Helios*, bajo el seudónimo de Un Adepto, sus comentarios a la *Bhagavad Gita*, o su *Manual espírita*, con el seudónimo de Bhima, uno de los personajes de dicho texto oriental.

teórico, con discusión filosófica entre cinco estudiantes. En la contraposición entre materialismo (que aparece asociado al fatalismo y al hedonismo finisecular) y el espiritismo, se afirma que "se juzga sobre todo una doctrina filosófica por sus consecuencias morales", con lo que se propone la superioridad del último.

El capítulo quinto, "La filosofía del dolor", posee un epígrafe del autor belga Maurice Maeterlinck, de simpatías simbolistas. Hay un cambio de textura, pues se acude ahora al género epistolar entre Hare y Conrado. El primero concede al estudio del espiritismo un año y si, al cabo de este tiempo, no está convencido, entonces recurrirá al suicidio.

El sexto capítulo se titula "Sondeando el misterio" y posee un epígrafe de autor desconocido, X. En él se sigue el proceso de conversión de Hare, con diversas pruebas experimentales y nuevos personajes como Antúnez el médium y un farmacéutico escéptico, Norberto González, que se pasará al campo espiritista. De lo más llamativo es la aparición parcial del fantasma de Gloria en una sesión.

El capítulo séptimo, "Otra vez el abismo", posee un epígrafe de Empédocles. En él se produce la reunión de los principales personajes, con Gloria produciendo fenómenos de escritura y Hare dispuesto a fotografiarla.

El último capítulo, "Muerte de un filósofo", tiene un epígrafe de Sócrates. Tras la conversión y cambio

de Hare, éste muere por salvar a un niño, no de manera inmediata sino progresiva. Su carácter altruista se reafirma en su testamento, cuando deja su herencia para "escuelas, hospitales y otras instituciones dirigidas principalmente al mejoramiento de las clases desheredadas", pero también queda una parte para la fundación de un Instituto de Ciencias Psíquicas y un premio anual "para estimular el gusto por la literatura espírita entre los buenos escritores". La última escena corresponde al entierro de Hare. La novela aparece fechada en México, el 26 de marzo de 1907.

Lux et umbra es un clásico ejemplo de novela espiritista, con su carácter doctrinal y moralizador. Es muy probable que, a estas alturas posmodernas, nos resulte ingenua en su planteamiento ideológico y en su estructura dramática, pero esto no es algo sólo suyo sino del propio género, tal como se aprecia en otras muestras literarias, como la novela *Spirite*, de Théophile Gautier, que incluye en su repertorio de ideas a Swedenborg. La oposición entre las ideas materialistas y las espiritistas, la separación de los amantes, la conversión filosófica y religiosa del sobreviviente tras la muerte del otro y su encuentro final *post mortem*, constituyen una secuencia que, con variaciones, animará el romanticismo sentimental de esa época. Como género, fue una escritura transnacional, y *Lux et umbra* es su encarnación mexicana.

LUX ET UMBRA

I have one resource
still in my science —I can call the dead,
and ask them what it is we dread to be:
the sternest answer can but be the Grave,
and that is nothing —if they answer not—
the buried Prophet answer'd to the Hag
of Endor; and the Spartan Monarch drew
from the Byzantine maid's unsleeping spirit
and answer and his destiny—.

Lord Byron, *Manfred*, "Scene II"

AL LECTOR

Al escribir la presente obra, me propuse hacer un parangón entre las doctrinas materialistas y las espiritistas, tanto desde el punto de vista científico como desde el moral; mas, para que los diálogos no resultaran fastidiosos y los argumentos áridos, ideé desarrollarlos en forma novelesca. Vamos, pues, a vivir esas doctrinas, lector amado. Cualesquiera que sean tus creencias, suspéndelas por un momento y, en vista de los resultados, decidámonos por lo que nos parezca más razonable. Convendrás conmigo, seguramente, en que la mejor filosofía es aquella que nos enseña a amar la vida y nos procura la relativa felicidad de que nos es dable disfrutar aquí en la tierra. Veamos, pues, cuál es esta filosofía.

Mi mayor anhelo es abrir los corazones lacerados a la esperanza, curar las heridas morales, que reclaman otro médico que el de los cuerpos, o infundir en los espíritus quebrantados por la lucha, abatidos por la desgracia, el amor a la vida y la fe en el Padre común de todas las criaturas.

Si sufres, lector mío, si tu alma ha perdido la confianza en sí misma, si el desengaño te agobia y la horrenda idea del suicidio te acosa en tus noches de insomnio, abre este libro, escrito por un hermano tuyo que te ama sin conocerte, y en sus páginas sinceras encontrarás —no lo dudes— lenitivo a tus dolores presentes y fuerza necesaria para resistir las adversidades futuras.

Si eres dichoso, no por eso dejes de leer mis sencillas páginas. La fortuna es inestable, el porvenir inseguro; el mañana es una incógnita temible… ¿Quién sabe cuántas amarguras nos esperan? En unas cuantas horas, Job perdió su familia, sus siervos y todas sus riquezas, y aun se cubrió de lepra. Fortalece, pues, tu alma, acorázala contra el infortunio para que, cuando ruja la tempestad sobre tu cabeza, no tiemble en tu pecho el corazón cobarde, y sepas reconstruir tu vida sobre las ruinas de tu prosperidad y de tus mayores esperanzas.

No aspiro a otro galardón que el bien de mis semejantes. Si logro enjugar una sola lágrima, consideraré premiada mi labor.

El autor

I
ALMAS Y ESTRELLAS

Venus, la hermosa,
brillaba en el cielo.

Homero, *Ilíada*

Cuando, volviendo de Vallvidrera a pie, llegamos a la cumbre del Tibidabo, los innumerables focos eléctricos de la gran ciudad, resaltando sobre el fondo negro de la noche, nos cegaron con su brillo deslumbrador y, por breves instantes, permanecimos mudos de admiración y de asombro.

—¡Mira, Guillermo, mira! —exclamó Gloria regocijada, deshaciéndose del brazo de su esposo y corriendo con la encantadora naturalidad de sus dieciocho años hacia el mirador del monte.

Los tres contemplamos extasiados aquel cuadro sublime. El espacio comprendido entre Montjuïc, cuya masa negra se dibujaba amenazadora en el fondo, y San Martín de Provensals, por un lado, y el Mediterráneo, que únicamente adivinábase por las luces de los barcos

que lo cruzaban en diversas direcciones, y el Tibidabo, en cuya cumbre nos hallábamos, por el otro, parecía un campo cubierto de estrellas, como si todos los luminares del cielo hubiesen descendido a la tierra o se reflejasen en la linfa dormida de un enorme lago.

Nuestros ojos se convirtieron luego al firmamento, como para establecer una comparación. La diafanidad de la atmósfera y la altura favorecían nuestra contemplación. Millares de luces brillaban sobre nuestras cabezas; en el zenit se extendía la gran mancha blanca de la Vía Láctea, y Venus, la hermosa estrella que hace más de cuatro mil años fue saludada por Homero y por los poetas de la antigua Salem que cantaron su caída bajo la leyenda de Luzbel, resplandecía como la coraza de aquel arcángel atrevido cuando, a la cabeza de los rebeldes querubines de fulgentes armas, se atrevió a disputar a Jehová el imperio de los mundos.

—¡Oh, amigos míos —exclamé con el alma llena de sentimiento religioso—, postrémonos ante el autor de tantas maravillas y adorémosle en su verdadero templo, que es el Universo! Cómo comprendo ahora la profunda frase del gran Malebranche que decía: "¡He contemplado a Dios de paso y por la espalda, y he quedado mudo de asombro en su presencia!".

Guillermo Hare sacudió varias veces su hermosa cabeza, y exclamó:

—Os dejáis arrebatar por el entusiasmo que provoca siempre en nosotros, débiles criaturas, la grande obra de la naturaleza. Mas ¿qué son esas rutilantes esferas sino soles en ignición, planetas compuestos casi de las mismas materias que el nuestro, mundos muertos, montones de rocas, sarcófagos errantes, etcétera? Darle gracias a Dios por la creación de esos mundos es absurdo, primero, porque no existe, y…

—No, no, Guillermo —dijo Gloria, cerrándole la boca con su encantadora manecita—, eso no lo crees tú…; no puede ser que lo creas.

—Digo, Gloria —añadió Hare haciendo a un lado con suavidad la mano de su esposa—, que Dios no existe, no por un simple espíritu de blasfemia, sino por convicción profunda… Bien lo sabes. Los antiguos griegos creían que el Sol era un dios, y se burlaban de Anaxágoras porque dijo que era del tamaño del Peloponeso y condenaron a Sócrates porque, según hizo constar en su acusación Melito, afirmó que era una masa de rocas en fusión. Lo mismo nos sucede con el universo en general: adoramos formas externas en la idea de que son la manifestación física de la Divinidad, y como Ésta no parece en ningún lado, tenemos derecho, cuando menos, de sospechar su inexistencia.

—No encuentro lógica la deducción, amigo Hare —repuse con alguna vehemencia—. ¡Cómo! ¿Negáis

la presencia de la Divinidad cuando Ésta se advierte, no digamos ya en el firmamento cuajado de estrellas, sino hasta en la más humilde florecilla de los campos?

—En esta materia, cada cual puede formular la hipótesis que mejor le parezca —replicó Hare—. A mi juicio, leyes mecánicas y necesarias gobiernan el universo; Dios es una invención de los clérigos para dominar y embrutecer a los pueblos, y el alma, la tan ponderada chispa divina, no es más que un término colectivo que sirve para designar una serie de funciones de la masa cerebral y, si lo preferís, es otra invención de los mismos clérigos para explotar a los vivos en nombre de los muertos.

—¿Y es posible que un hombre de vuestro talento y vuestra ilustración, Hare, sostenga semejantes desatinos? ¿Vos, materialista? ¡Nunca lo hubiera creído!

—Sí, yo soy lo que se llama un "materialista": mas lo soy por una convicción profundamente arraigada en mi ser… Os lo había ocultado por respeto a vuestras opiniones, pues sé que no comulgáis con las ideas de Vogt, Büchner, Moleschott y Haeckel, sino con las de Allan Kardec y sus prosélitos. Ahora que os he declarado mi criterio filosófico os ruego que no me juzguéis, participando del error común, un hombre inmoral, un elemento disolvente, una fuerza negativa… La filosofía materialista es grande precisamente porque

no engaña, porque dice a los hombres: "No os forjéis ilusiones acerca de una vida futura, no corráis tras la vana sombra que la imaginación proyecta más allá de las tumbas; gozad de esta existencia, que es única, y no os atormentéis meditando en simples hipótesis y en suposiciones gratuitas". El materialismo es honrado; cumple cuanto promete, y en todo está de acuerdo con la naturaleza que, tras la fatiga de la lucha, concede al hombre, como premio, el reposo ilimitado en el seno de la noche eterna.

—No le hagáis caso, doctor —murmuró Gloria, dirigiéndose a mí y haciendo un gracioso mohín—, Guillermo está bajo la impresión de esos libracos detestables que enferman el espíritu y matan todos los sentimientos generosos. Ya lo habéis visto; el espectáculo sublime de los cielos no lo conmueve lo más mínimo, porque para él esos astros que viajan con incalculable rapidez por el espacio, bañados en sus propios resplandores, no son más que sarcófagos errantes, urnas que guardan las cenizas de humanidades muertas, antorchas gigantescas que alumbran un absurdo hacinamiento de cunas y tumbas, mundos en formación, soles caducos, etcétera, no peldaños de la escala luminosa del progreso, como creemos nosotros. Las flores, que hablan tanto a nuestro espíritu, no son para él sino casuales combinaciones de elementos químicos, que concurren

a la formación de esas rosas admirables de colores armoniosos y perfume delicado, la conjunción de la física y la química, las dos modernas deidades que reinan sin rival en el olimpo positivista.

—¿Y bien, doctor? —exclamó Hare sonriendo—. ¿Qué os parece mi mujer argumentando? ¡Ni la Diotima de Sócrates ni la propia hija de Cleón el matemático, si resucitaran, me harían vacilar en mis convicciones como esta peligrosa polemista! ¿Qué mejor argumento que el fulgor de unos ojos adorados o la sonrisa de unos labios que, más que una respuesta, piden un beso? No me hables, Gloria, del cielo, porque creo en él tan sólo porque lo contemplo reflejado en tus pupilas…

Y con dulzura infinita, Hare, olvidándose de mi presencia la cogió de las manos mirándola al fondo de los ojos. Hay instantes sublimes en que el universo se desvanece en torno del ser amado y en que sólo sus pupilas brillan como dos estrellas en la inmensidad de los cielos.

Retrocedí unos cuantos pasos para dejarlos gozar en aparente soledad de la suprema dicha de amar y ser amados. Y me puse a contemplarlos y a meditar en su destino, porque hay un espectáculo más grande que el del cielo tachonado de innúmeras estrellas, y es el que ofrecen las almas, nimbadas de luz por el amor puro, ante el Padre común de todas las criaturas.

Ciertamente, el uno era digno del otro. Si Guillermo era un hermoso y robusto joven de veinticinco años, rubio y esbelto como algunos de los caballeros escoceses del tiempo de Robert Bruce, de quienes pretendía descender y cuyos retratos, ejecutados por el divino Van Dyck, había yo admirado en el salón de caza de su lujoso palacio de la Castellana, Gloria era una guapísima y graciosa andaluza de dieciocho años, y basta decir andaluza para entender el mayor número de hechizos en el cuerpo más diminuto posible. La más fina porcelana del Japón no imitaría la pureza de aquel cutis, ni el rosa suave de sus mejillas que parecía disfumado en una blancura de lirio. Sus ojos, velados por espesas y rizadas pestañas, lucían dos pupilas más negras que la obsidiana, y bajo su perfecta nariz griega ostentábase su boca como un precioso estuche de menudas perlas. Su hermoso sombrero de paja de alas grandes, adornado por soberbia pluma de avestruz blanca, de esas que llaman "amazonas", medio ocultaba su abundosa y negra cabellera, recogida en artístico peinado, y en su cuello blanco como la nieve lucía una gargantilla de perlas del más preciado Oriente. La pintura podría, sin duda alguna, copiar estos detalles, mas ¿cómo trasladar al lienzo la dulzura incomparable de aquellos ojos serenos iluminados por los esplendores de un alma llena de inteligencia y bondad, o el encanto de su sonrisa reveladora de ternuras infinitas?

Tras un noviazgo de muchos años —pues sus amoríos databan desde su feliz infancia—, habíanse casado, no hacía un mes, conforme al rito católico, por llenar las fórmulas sociales, en la iglesia de San Justo, de Madrid. Rica ella y rico él, ambos en la flor de la juventud, hermosos, fuertes, inteligentes y buenos, rodeados de la consideración y el amor de sus semejantes, ¿qué más necesitaban para ser felices? Lo eran, en efecto, y ya en su imaginación, como todos los jóvenes esposos, se representaban una felicidad mayor: una cunita color de rosa y en ella un niño tan bello y tierno como una flor.

En viaje de bodas fueron a Suiza y admiraron sus pintorescos lagos encajonados entre altísimas montañas coronadas de eterna nieve; pasaron luego a Italia y vivieron algunos días oyendo cantar a los gondoleros de Venecia, en el Gran Canal, y a los *lazzaroni* de Nápoles, al pie del cono soberbio del Vesubio, y de allí emprendieron la vuelta a Madrid, tocando en Barcelona. Nunca habían estado en esta ciudad, porque el castellano o el andaluz, cuando dejan el terruño para "ver mundo", no se dirigen a las demás provincias españolas, que mucho de notable encierran, sino que se van directamente a París, y, a lo sumo, se alargan hasta Bélgica o Alemania.

Rompiendo con esta costumbre, todos los años yo solía —y aún suelo— pasar los meses bochornosos del verano en alguna provincia marítima, y así ya se me

veía en Somió o en Sitges como en San Sebastián o en Sanlúcar de Barrameda. Aquel año me encontraba en la Ciudad Condal, y amigo íntimo de los recién casados, cuya boda había —pese a mis ideas— apadrinado en Madrid, me constituí en su cicerone y los paseé desde Montjuïc a San Pedro Mártir, quedando ellos encantados de tantos primores como encierra la perla del Mediterráneo, el genio arquitectónico de cuyos hijos se ha desbordado en edificios tan raros como la iglesia de la Sagrada Familia y los palacetes del parque Güell.

—¡Doctor —exclamó Hare de súbito a mis espaldas—, permítanos que lo arranquemos de su contemplación sideral y le recordemos que ya son las ocho, hora excelente para cenar, y que aquí, en el hotel del Tibidabo, según usted, se cena bastante bien!

—Un poco mejor que en el Polo Sur, donde no hay más que pingüinos —dijo Gloria riendo.

—Señores —repliqué con seriedad—, la carne de pingüino es buena, y, por otra parte, el aire de la altura favorecerá la digestión.

Nos sentamos, pues, a una bien servida mesa, y entre plato y plato rodó de nuevo la conversación a nuestras creencias filosóficas.

—¡Materialista irreductible —exclamé hundiendo el tenedor en un pedazo de perdiz—; ya llegará el día en que caigas de tu pedestal, como cayó Broussais!

—Doctor —dijo Hare sonriendo—, bien se ve que me dobláis en edad, pues pertenecéis a un siglo esencialmente espiritualista y romántico, y yo, en cambio, soy hijo de una edad grave y sesuda, en que la experimentación y el análisis predominan sobre el misticismo y la metafísica. Vos seguís creyendo en Platón y acaso en Plotino, mientras yo me inspiro en Büchner y en Vogt.

—¿Qué es, pues, la vida para vosotros?

—No diré que es un sueño, como el divino Calderón decía, ni un cuento relatado por un idiota con roncas y estentóreas voces, como asegura Macbeth en la sublime tragedia shakesperiana, mas sí puedo aseguraros que la vida es una sucesión de impresiones, ya agradables, ya desagradables, que experimenta el ser desde la cuna al sepulcro, sin que le sea dable desprenderse de ellas.

—¿En qué, pues, se funda vuestra filosofía?

—En vivir de la mejor manera posible, desdeñando las vanas consejas de otra vida que nadie ha visto y por la que muchos fanáticos han perdido la felicidad de que podían disfrutar aquí en la tierra. No concibo cómo hubo en una época gentes que para "glorificar" el espíritu y "humillar" la materia, vivían en pantanos, atormentados por millares de cínifes rabiosos, o en lo alto de las columnas sufriendo lo mismo el Sol que la lluvia. El sentido común aconseja gozar de esta

vida de la mejor manera posible. Disfrutemos del bien presente, coronémonos de flores y, como en la antigua Arcadia, dancemos en torno de una adorable zagala. Yo tengo la mía, vos posiblemente tuvisteis la vuestra. ¿Qué mayor felicidad que cerrar los ojos para dormir teniendo por almohada el blando seno de una encantadora mujercita?

Esto dijo Hare, y principió a recitar aquellos preciosos versos del rey indio Nezahualcóyotl:

—"¡Oh, gocemos de esta gloria,/porque la vida humana es transitoria!".

—¿Es ése también vuestro ideal, señora? —exclamé alarmado dirigiéndome a Gloria.

—Doctor —contestó la bellísima criatura—, a mi juicio, Guillermo tiene en parte razón, y en parte está equivocado. Mis dieciocho años no me permiten, sin embargo, refutarlo victoriosamente en lo que no estoy de acuerdo, pues si juzgo muy acertado gozar del bien presente, no me parece lógico rechazar como absurda o perjudicial la idea de un "más allá".

—Ya sé que ambos creéis en la supervivencia del alma —dijo Hare vivamente— y os habéis coaligado contra mí; pero ¿en qué os apoyáis para sostener vuestras pueriles teorías? ¿Quién ha visto un alma? ¿Alguna vez ha tropezado con ella vuestro escalpelo? Por otra parte, ¿qué sabemos de la materia para que la conside-

remos incapaz de formular pensamientos? ¿No es más prudente estudiar los fenómenos sin salirse de la naturaleza tangible, desdeñando las hipótesis que tienden a oscurecer más y más los problemas? Todos los hechos tienen su explicación dentro de nuestras ciencias positivas. El Sol, divinizado por los salvajes, es hoy sencillamente un enorme foco de luz y de vida en torno del cual giramos como en un gigantesco *carrousel*. El fenómeno de la luz fue, durante mucho tiempo, objeto de toda clase de hipótesis. Se creyó que era un cuerpo sutilísimo y Nicolas Flamel afirmó nada menos que era oro en fusión, conforme la peregrina teoría de que el espacio está cruzado por efluvios de naturaleza desconocida, los cuales en sus puntos de intersección en la atmósfera originan la luz, y en la tierra, el oro. Aun aseguró más: dijo que, "enterrando un rayo de Sol", al cabo de dos mil años se convertiría en oro. La prueba se llevó a cabo, y, si hemos de dar crédito a la tradición, bajo la piedra angular de la catedral de Santa Sofía, en Constantinopla, hay enterrado un rayo de Sol. ¿Y qué decir sobre las curiosas hipótesis formuladas acerca del brillante?

"Mucho se ha fantaseado acerca de las ciencias, pero hoy sabemos que la luz no es más que una prodigiosa vibración de los átomos, y que el color no es una materia, sino una sensación producida en nosotros por un movimiento de la materia. Así, la sensación del violeta es producida por 700 millones de millones de ondas que penetran en el ojo en el espacio de un segundo. Newton creía en la materialidad de la luz, y comparaba las leyes de la reflexión con bolitas elásticas arrojadas a los cuerpos y rechazadas por éstos. En cuanto al brillante, hoy sabemos cómo sale esa piedra deslumbradora de los talleres de la naturaleza; asistimos a la cristalización de la materia, y penetramos en el oscuro e imponente santuario de las creaciones, donde reina el pavoroso silencio del misterio, para sorprender la cuna del carbón. Las leyes de bronce del universo actúan bajo la mirada del hombre; las moléculas se eslabonan y separan; los átomos en peregrinos enjambres integran y desintegran los cuerpos, formando las joyas más preciadas o convirtiendo en polvo las maravillas del esfuerzo humano; las sustancias se mezclan, los mundos ruedan en el fondo de las retortas, e Isis, ruborosa, en vano intenta cubrir con el velo desgarrado sus formas adorables; la lanceta se hunde en sus carnes, la luz se hace en sus entrañas, su seno es sometido al análisis, y el sabio, pensativo y pudoroso, vacila un momento antes de alzar la parte del velo que oculta el profundo secreto de la generación…

"En presencia de estos hechos, doctor, ¿cómo dudar de que mañana nos será posible conocer el número de vibraciones que producen la idea? Ved, si no, que vuestras hipótesis jamás se han confirmado, y que la esfinge

espera, con la sonrisa en los labios y la incertidumbre en los ojos, al Champollion que la descifre, al Edipo que la venza. En cambio, nuevos descubrimientos confirman, cada día más, nuestras hipótesis sobre la formación de los mundos y el origen de las especies. El universo desconocido debe regirse por las mismas leyes que el conocido. 'Un átomo de hierro es y sigue siendo lo mismo, como afirma Du Bois-Reymond, así cruce el espacio en un aerolito, resuene en la vía férrea, o vibre, en forma de glóbulo sanguíneo, en las sienes de un poeta'".

—¿Qué decís de esto, mi querida amiga? —dije a Gloria, al tiempo que se servía de un plato de exquisitos espárragos que el mozo le presentaba—. Según las peregrinas teorías de vuestro esposo, esos espárragos que vais a tener el gusto de comeros, por arte de magia se van a convertir, una vez asimilados por vuestro organismo, en consciencia y en voluntad. Dentro de dos o tres horas, vuestros sentimientos habrán variado un poco, por efecto de la perdiz que os habéis comido. Si el hombre es esclavo de la materia, según afirma Moleschott, y va adonde su cerebro lo empuja, lógico es suponer que cuanto comemos influye en los actos de lo que llamamos espíritu. Así, no os espantéis, señora, de lo que os he dicho respecto a los espárragos.

—Tenéis razón, doctor —contestó Gloria sonriendo—, mas Guillermo acababa de decirnos que un átomo

de hierro es y continúa siendo lo mismo, así atraviese el espacio en un aerolito o vibre en las venas de un poeta. Luego, él mismo afirma que dicho átomo no puede convertirse en pensamiento.

—Yo no he dicho que el pensamiento es materia —interrumpió Hare con viveza—, sino que es un movimiento de la materia.

—Esto es, una armonía —dije completando la idea de Hare, y añadí—: Paréceme, amigo mío, que Platón destruyó esa hipótesis en el "Fedón". Como Cebes o Simmias objetaran que el pensamiento es una armonía y que, por lo tanto, al morir el cuerpo es forzoso que muera también el alma, Sócrates contestó: "¿Os parece bien que la armonía rija a la lira y no ésta a aquélla? ¿Dónde habéis visto que el instrumento obedezca a la música? Porque esto que llamáis armonía rige al cuerpo, que es el instrumento".

—Bien —dijo Hare—, no niego que vuestros argumentos tienen algún peso; mas, si el alma no es una armonía, si el pensamiento no es una vibración de la masa cerebral, ¿por qué basta un poco de sangre que se derrame en la sustancia gris para privarnos de sentido? Observo que la inteligencia se desarrolla poco a poco, que, latente en el embrión y débil en el niño, alcanza todo su esplendor en la edad madura, y que, siguiendo al cuerpo en su florecimiento y decadencia, con él goza

y padece, y con él, finalmente, se marchita y extingue. *Mens sana in corpore sano*. Roto el instrumento, se acabó la música.

—O lo que es lo mismo: concluido el canto, se acabó el cantor… No, amigo Hare; el error proviene de que tomáis el cuerpo por músico e instrumento al mismo tiempo. El músico, según nosotros, es el alma o espíritu. Roto un instrumento, el alma se procura otro. Convengo en que la inteligencia sigue al cerebro en su desarrollo, pero no en que con él se marchita y extingue. El alma del paralítico encadenado a un sillón continúa siendo tan vigorosa y potente como cuando los miembros obedecían sus impulsos. Por un defecto físico, los nervios ya no actúan sobre los músculos; luego aquí tenemos un caso en que el alma continúa gozando de todas sus fuerzas, a pesar de haberlas perdido por completo el cuerpo. Verdad es que la materia influye sobre el espíritu, mas esta influencia no reviste los caracteres de una servidumbre. Una enfermedad nos causa tristeza, el cansancio postra las facultades intelectuales y un agudo dolor nos irrita y desespera. Mas es evidente que el espíritu domina sobre la materia como el soberano sobre el esclavo. Prueba de ello es que lo contraría en cuanto se le antoje. El cuerpo pide descanso, y el espíritu lo obliga a trabajar; el cuerpo enfermo anhela el reposo, y el espíritu lo muele a fatigas; el cuerpo desea comer, y el espíritu lo hace ayunar; el cuerpo siente apetitos bestiales, y el espíritu lo refrena y calma. ¿Quién, si no el espíritu, cura a los enfermos y reanima a los moribundos? Plinio cuenta que al cónsul Delio lo curó la victoria que alcanzó sobre los partos, y Benvenuto Cellini refiere que una violenta emoción lo salvó de una fiebre mortal. He oído decir a algunas personas, refiriéndose a un moribundo: "Ya no le restaban más que breves instantes de vida y lo sostuvo el deseo vehemente de ver a su hijo, cuya llegada esperaba de un momento a otro". Un filósofo griego, para demostrar a sus discípulos hasta dónde podía llegar el poder de la voluntad, murió de pie. Esto prueba, hasta la evidencia, que hay en nosotros algo más que este cuerpo deleznable y perecedero. ¿De dónde sacó Demóstenes aquella maravillosa elocuencia con que deslumbró a los atenienses y espantó a Filipo? ¿Cómo un tartamudo llegó a ser el príncipe de los oradores? ¿De dónde tomó Mucio Escévola aquel admirable valor con que, sin proferir una queja, dejó que su mano se consumiese en el brasero ardiente? ¿De dónde, Caupolicán la olímpica altivez con que rechazó al verdugo y se sentó en la aguda estaca que le perforó las entrañas sin que sus cejas ni sus labios se torcieran? ¿De dónde, los indígenas quichés y cachiqueles aquella indómita fiereza con que sufrían el tormento cantando himnos patrióticos y belicosos e insultando con la mirada y el

gesto al enemigo? ¿De dónde, Sócrates aquella heroica serenidad con que, hablando de la inmortalidad del alma a sus amigos, se llevó a los labios el emponzoñado brebaje? ¿De dónde, Biron, el general francés, aquella siniestra calma con que la víspera de su ejecución presidió el fúnebre banquete, y apostrofó al verdugo diciéndole: "Buenas noches, camarada"? ¿De dónde, el revolucionario Danton aquella sublime frase dirigida al ejecutor que no lo dejaba aproximarse a Hérault, su compañero de infortunio: "Bárbaro, no impedirás de seguro que nuestras cabezas se besen dentro del cesto"? ¿De dónde, Reileff, el republicano ruso, aquella frase sublime que pronunció al subir de nuevo la escalera del patíbulo (pues al ser lanzado al vacío la primera vez, se rompió la cuerda y cayó a tierra): "Desgraciada nación donde ni aun saben ahorcar a un hombre"? ¿Y de dónde, en fin, tomaron los mártires cristianos aquella fe inquebrantable en el divino maestro y aquella serena intrepidez con que morían bajo las garras de las fieras en el circo o convertidos en antorchas humanas en los jardines del César? Todos estos hechos, y otros muchos que refiere la historia y los hombres ensalzan, no pueden ser hijos de una materia cuyos anhelos sólo son comer, refocilarse y dormir, de una materia en perpetua lucha con nuestras generosas aspiraciones y cuyos deleites nos mancillan y embrutecen.

"El alma, empero, se opone al cuerpo y con su voluntad lo domina como a un salvaje a quien hay que tener estrechamente vigilado. Además, las continuas rebeldías del espíritu contra las torpes insinuaciones de la carne, demuestran su naturaleza divina. La planta no se rebela a la fecundación, la mujer sí; el estambre no se niega a derramar su polen sobre el pistilo palpitante de la flor, el hombre sí; ningún árbol se suicida ni languidece a consecuencia de un dolor moral, el ser humano sí. Esa misma rebelión contra la vida prueba su naturaleza elevada. Si el pensamiento fuera producto del frágil cuerpo, lo lógico sería que acatara, con la humildad del esclavo, los deseos de éste. Pues los contraría y son distintas sus aspiraciones, evidente es que su naturaleza no es la misma".

—Vuestra elocuencia, doctor —dijo Hare—, conmueve, mas no convence. ¿Por qué no ha de ser capaz la materia de actos sublimes? El cerebro, como bien sabéis, es una máquina delicadísima. Para el observador superficial, como dice Tuttle, sólo ofrece la apariencia de una masa blanda y homogénea, pero un examen más profundo nos enseña que la estructura de su organismo es delicadísima y de la más acabada perfección. Además, está probado que el fósforo…

—¡Qué! ¿Sois de los que opinan con Moleschott que sin fósforo no hay pensamiento? De la misma

manera podríais afirmar que sin grasa no hay movimiento, confundiendo las sustancias orgánicas con la causa generadora del movimiento y la vida. El fósforo, la colesterina y las sales son elementos indispensables para la actividad del órgano, como la grasa es conveniente, y aún necesaria, para la rotación de las ruedas de un carromato. Con más propiedad pudo Moleschott haber dicho: "Sin cerebro no hay pensamiento".

—Sin duda, sin duda —murmuró Hare—. Sin cerebro no puede haber pensamiento. Prueba de ello es que, cuando la enfermedad destruye una parte de la sustancia cerebral, se pierden muchas facultades, y que la menor lesión en cualquiera de los centros nerviosos produce la locura. La más ligera presión en las membranas que rodean esa portentosa máquina origina una hemiplejia. Es como un reloj: apoyáis suavemente el dedo en la espiral de la cuerda, en el puente o en cualquiera de las ruedas, y el movimiento cesa. Lo apartáis, y continúa la marcha regular y armónica del reloj. Un escocés, que tenía más de veinte años de vivir en Londres, a consecuencia de una lesión en el cráneo olvidó la lengua inglesa y principió a hablar, con asombro de los médicos, en el dialecto de su país natal, que había perdido casi por completo. Debemos referir, pues, al cerebro el admirable fenómeno de la consciencia, y relegar el alma a la categoría de una simple hipótesis

que sólo ha servido para mantener a la humanidad sujeta por el terror al yugo de la casta sacerdotal. El día en que los pueblos rechacen los delirios de la metafísica y estudien la fisiología, la física, la química y la astronomía, la libertad de consciencia será un hecho. Los sacerdotes de todas las religiones amedrentan a los pobres de espíritu pintándoles cuadros tremendos de la vida de ultratumba, y los incitan a padecer en esta existencia para alcanzar la perpetua bienaventuranza en la otra. Nosotros debemos abrir los ojos a esos infelices y decirles: "¡Gozad aquí del fruto de vuestros afanes! ¡No hay nada más allá de la tumba! ¡Seguid el ejemplo del sacerdote, que come bien, cena mejor y duerme sosegadamente! ¡El alma es una quimera!".

"Por otra parte, ciertos fenómenos prueban que pensar es una de las formas de la mecánica. De un ilustre matemático se refiere que, no pudiendo obtener la resolución de un problema, se durmió fatigado con un sueño muy profundo, y al siguiente día, al despertar, se le representó en la mente con una claridad portentosa la resolución que tanto se le había dificultado. Es indudable que el cerebro, durante el sueño del sabio, siguió trabajando de una manera completamente mecánica. Además, los actos reflejos nos demuestran que el automatismo no se circunscribe al dominio de las ideas, sino que se extiende a acciones muy complejas,

desde el movimiento de la mano que, sin que nos demos cuenta de ello, se dirige a librarnos de un parásito molesto, hasta el sonambulismo y las alteraciones de la personalidad de un sujeto".

—Mi querida amiga —dije dirigiéndome a Gloria—, dejo a vuestras lindas manos la tarea de reducir a este furibundo materialista. Vuestro es, os lo entrego. Eso sí, tratadle con delicadeza, aunque, en todo caso, él no debería ofenderse, sino decir como aquel célebre ministro: "Manos blancas no ofenden, señora".

—Ya que apeláis a mí, doctor —replicó la hermosa criatura—, procuraré sostener el punto como digna discípula vuestra. En primer lugar, Guillermo afirma que la maravillosa estructura del cerebro capacita a este órgano para pensar. A esto se responde que en nuestro cuerpo hay otros órganos tan complicados como el cerebro. El sistema digestivo es admirable; los pulmones, el páncreas, el hígado, los riñones, etcétera, son aparatos asombrosos; una sola glándula salival revela una riqueza de detalles que ninguna obra humana es capaz de alcanzar. Sin embargo, ¡qué diferencia en los productos! ¿En qué se parecen la bilis o la saliva al pensamiento? ¿En qué, los jugos pancreáticos o el sudor a una máxima de Sócrates o a una estrofa de Homero? "Un átomo de hierro es, y será siempre lo mismo, así cruce el espacio en un aerolito, resuene en la vía férrea, o vibre, como glóbulo sanguíneo, en las sienes de un poeta". Si esto es así, ¿por qué vibrando en las sienes de un rústico produce sólo vulgarísimas ideas, y en las de un sabio, la gran lógica de Hegel? Vamos, Guillermo, la constitución de una planta también es maravillosa, y no creo que hayas dado en la manía de dotar de pensamiento y aun de voluntad a las plantas.

"Respecto a los actos reflejos, hay algunos que parecen tales y no lo son. El sonambulismo es una prueba de ello. La experiencia permite aseverar que, cuando el cuerpo duerme, el alma no está desprendida total sino parcialmente de él, pues continúa unida al organismo por un lazo fluídico que la Biblia llama "hilo de plata" y que sólo se deshace con la muerte. En la hipnosis profunda, el espíritu abandona su envoltura, y entonces se verifican esos fenómenos de clarividencia y clariaudiencia inexplicables para la ciencia materialista".

—Muy bien, amiga mía —dije con una sonrisa de satisfacción—, no de otra manera hubiera yo contestado. Únicamente he de añadir que mis experiencias con numerosos sonámbulos me permiten afirmar que ni en el sueño más profundo la consciencia se pierde. Lo que llamamos sueño no es más que la transición de un estado a otro. Mis sonámbulos al despertar no se acuerdan de nada de cuanto hicieron dormidos, siendo así que durante su sueño suelen revelar más inteligencia

que durante la vigilia. De esto deduzco que, posiblemente, aquel sabio matemático en sueños resolvió el problema, cuya resolución se le vino a la memoria de manera tan repentina.

”Generalmente, durante mis sueños me doy perfecta cuenta de mi verdadero estado. En cierta ocasión, yo contemplaba un magnífico palacio de escalinatas de mármol y puertas salpicadas de piedras preciosas que se alzaba en medio de unos jardines hechiceros, y me decía: ‘Esto no es verdad; yo sueño; jamás he visitado estos lugares ni puede ser que en la Tierra esto exista… Me encuentro en Barcelona, y aquí no hay nada que se parezca a lo que veo; además, en los jardines se yerguen palmeras reales y parásitas cubren las ramas de casi todos los árboles, entre los que se destacan algunos gigantescos multiplicantes originarios de la India… Indudablemente, soy juguete de una ilusión’.

”¿Por qué, si el espíritu es un conjunto de fuerzas, mi razón supo en medio del sueño separar lo falso de lo verdadero y darse perfecta cuenta de la irrealidad del espectáculo? Algo velaba en mí que no participaba del brillante juego de la imaginación sobreexcitada, y que, como un espectador imparcial, analizaba las situaciones y emitía su juicio sobre el fenómeno. Porque ¿cómo era posible que el autor de esas escenas disparatadas, esto es, el cerebro, dudara de sus propias creaciones?

”En cuanto al sonambulismo, nada tiene que ver este fenómeno con los actos reflejos. El sonámbulo no es un autómata, sino un ser en quien se revela una consciencia más elevada; con los ojos cerrados, realiza mil actos prodigiosos, viene, va, sube escaleras, abre puertas, aparta obstáculos, escribe, toca instrumentos, etcétera. En ocasiones, llega a hablar en idiomas desconocidos. Estos hechos innegables desmienten la famosa doctrina aristotélica que dice: ‘Nada hay en la inteligencia que no haya pasado antes por los sentidos’. El caso de Félida, que refiere el doctor Azam, y el de la famosa campesina que dormida ejecutaba en un violín difíciles trozos de música clásica con singular maestría, prueban de manera absoluta la existencia de una doble personalidad que permanece oculta bajo la máscara de nuestra personalidad terrena. ‘El rostro de nuestra alma divina —dice el laureado Maeterlinck— sonríe muchas veces por sobre el hombro de su hermana, el alma humana entregada a las humildes faenas de su condición terrestre’.

”No en todos los casos los ensueños son producidos por causas físicas, pues los hay reveladores de hechos que se verifican a veces a grandes distancias. Tales son los ensueños telepáticos. Una señora, que estaba en Londres en la época de la desastrosa muerte del duque de Orleans, presenció en sueños la catástrofe que privó

a Luis Felipe del más querido de sus hijos. Hechos de esta naturaleza se refieren a millares. Voy a referiros ahora un caso de clarividencia durante la vigilia.

”En 1856, doña Concepción Corrales, mujer muy devota, pero de sanísima inteligencia, tenía a su marido, joven y valeroso oficial del ejército costarricense, en la campaña en que estaba envuelta Centroamérica con los filibusteros del Norte. La pequeña república hispanoamericana había enviado la flor de sus hijos a la guerra. Entonces no se conocían telégrafos ni ferrocarriles. El ejército se encontraba a varios días de marcha de la capital, cerca de la frontera con Nicaragua, y esperábanse con ansia noticias de las operaciones. La expectación y la angustia de todos los ciudadanos sólo se podía comparar a la de los atenienses la víspera de Maratón. Presentíase que se estaba verificando una batalla y, como de ésta dependía la suerte de la República, todos los vecinos de la capital rogaban a Dios en las iglesias que se dignase concederles la victoria. Doña Concepción Corrales fue, como todos, a la iglesia. Las mujeres lloraban, los ancianos golpeábanse el pecho fervorosamente, los clérigos pedían al cielo, trémulos de emoción, el anhelado triunfo… Terminaron los oficios divinos, y la muchedumbre, esperanzada, abandonó el recinto de la majestuosa catedral; cuando he aquí que, al bajar la señora Corrales las gradas de la iglesia,

vaciló durante algunos momentos como víctima de un terrible accidente, y profiriendo un gran grito cayó al suelo sin sentido. Vuelta en sí, refirió entre sollozos que había visto una batalla en la que su esposo, víctima de su heroísmo, había caído, con la espada en la mano, acribillado a balazos delante de una trinchera enemiga. ‘Pero los nuestros llevaban la victoria —concluyó aquella espartana—. ¡Dios está con nosotros!’.

”Algunos días después, llegó la noticia de la victoria, al mismo tiempo que la de la muerte del bravo oficial. De este hecho fue testigo todo el pueblo de la capital de la referida república”.

—No es la primera vez que oigo relatar hechos de esa naturaleza —dijo Hare—, mas siempre los he atribuido a fábulas o consejas… Si os parece, ya que hemos concluido de cenar, tomaremos el funicular, y luego haremos a pie el resto del camino hasta Bonanova. Gloria nos referirá de paso un sueño curioso que tuvo en Granada, digno de la imaginación de un poeta árabe.

Así lo hicimos, en efecto, y mientras descendíamos a pie el camino de automóviles que conduce de la estación del funicular a Bonanova, Gloria, asida al brazo de su esposo, principió a hablar de esta manera:

—Pertenezco, como bien lo sabéis, doctor, a una familia de nobleza rancia y de creencias aún más rancias

que su linaje. Mi padre es íntimo de los Pidales y mi madre es presidenta de una sociedad católica. Sin embargo, yo soy espiritista, y lo soy a despecho de mi familia, de las monjas que me educaron y de las amigas de mi infancia. Voy a referir cómo se verificó este milagro.

”En el mes de julio de 1904, fuimos con los condes de Villamediana a hacer una excursión por Andalucía. Después de pasar unos cuantos días en Sevilla, nos dirigimos a Granada con el objeto de visitar la Alhambra. Había leído yo los *Cuentos* de Washington Irving y *El último abencerraje* de Chateaubriand, y era uno de mis sueños dorados conocer la encantadora mansión de los monarcas moros. Subimos por entre las tres filas de árboles que sombrean la cuesta de los Gomeles, y penetramos en el palacio por la sencilla, pero hermosa puerta Judiciaria. Después de recrear la vista en las mil preciosidades que encierran el patio de los Leones y el de los Arrayanes, mientras mi padre discutía con el de Villamediana acerca de no sé qué detalle simbólico de la puerta Judiciaria, me dirigí al mirador de Lindaraja, cuya extraordinaria belleza me habían encomiado. Doctor, vos que conocéis esa poética habitación donde la fantasía evoca la imagen encantadora de la princesa que le dio su nombre, decidme, ¿en vuestros largos viajes por Europa y Asia habéis visto algo semejante? Deslumbrada, atónita, me apoyé en la esbelta columna central de

uno de los ajimeces de arcos dentellados, y me puse a contemplar el jardín de los Arrayanes con la vaguedad del que duda si sueña o está despierto… El perfume de los naranjos flotaba en el ambiente fresco y reconfortante de la tarde. La suave luz del crepúsculo bañaba los poéticos arrayanes. ¿Cuánto tiempo pasé absorta en esta contemplación? No lo sé. De pronto sentí una sensación inexplicable, un choque magnético, y me así a la columna para no venirme al suelo. Alzando la vista, observé delante de mí una figura extraordinaria. Era un anciano moro de blancas y pobladas barbas, que vestía a la usanza de los cadíes de tiempos de Boabdil, el Chico.

”—Morayma —dijo clavando en mí la mirada grave y profunda de sus ojos negros— te esperaba, hija mía… No te espantes; mas no hablas con ningún mortal, sino con el espíritu protector de esta reliquia suntuosa, a la que estoy ligado por el amor del artífice a su obra, porque yo, Morayma, antes de ser el médico y astrólogo del pérfido Boabdil, fui, en una existencia anterior, el arquitecto que ideó y llevó a cabo esta obra que los hombres admiran, pero no son capaces de conservar…

”Viendo que yo le escuchaba entre medrosa y asombrada, el anciano continuó:

”—Tú no puedes acordarte de tus existencias pasadas, porque estás unida a la Tierra por groseros lazos. Hija del cielo, vas a recuperar tus alas.

”Diciendo esto, me tocó la frente con una varita que llevaba en la mano izquierda, y a su magnético contacto me estremecí como la pitonisa en el trípode.

”—Mira —me dijo el fantasma, y dirigí la vista a mi alrededor. El palacio se pobló como por encanto de nobles agarenos que transcurrían, con visible agitación, por los patios y los salones, envueltos en sus blancos albornoces, de guardias que con las cimitarras desnudas parecían aguardar algún suceso extraordinario y de servidores de diversa categoría cuyo aspecto ceñudo no parecía presagiar nada bueno.

”—¡Sígueme! —dijo el anciano. Lo seguí estremecida. Llegamos a la sala de los Abencerrajes. Estaba llena de nobles y servidores. De pronto el concurso se abrió, y vi en medio de la estancia a Boabdil, el rey de Granada, alto, delgado, nervioso, que, con la mano apoyada en su riquísimo alfanje, parecía devorar con sus ojos de demonio a un prisionero cristiano cuyo rostro no pude en un principio observar, porque estaba vuelto de espaldas.

”—¡Mira! —continuaba diciendo el fantasma. Entonces, a los pies de Boabdil vi una figura que me hizo retroceder confusa y espantada, pues, a no dudarlo, era yo misma (¿comprendéis mi asombro y mi pavor?), pero no exactamente cual soy ahora sino como era en la época a que mi extraño compañero me había retrotraído. Llevaba una opulenta ropilla árabe y las alhajas

que me cubrían revelaban mi elevada alcurnia. El prisionero volvió el rostro, y hube de contenerme para no lanzar un grito, pues había reconocido en él, a pesar de que la fisonomía no era exactamente la misma y de que vestía un traje árabe que no armonizaba con sus facciones de cristiano, a mi esposo de ahora, a Guillermo.

”—Morayma —me dijo el fantasma tocándome nuevamente con su varita—, escucha.

”Entonces oí un murmullo sordo, y luego la aguda voz de Boabdil que decía insultando al prisionero:

”—¡Perro cristiano, revélanos al punto los planes de Gonzalo, o por Alá que morirás aquí mismo! —Luego añadió, dulcificando la voz—: No intentéis hacernos creer que por amor a Morayma habéis penetrado en la ciudad como un espía. No ignoro que, cuando por primera vez fuisteis prisionero, antes de la toma de Alhama, os enamorasteis perdidamente de mi prima, siendo correspondido por ella. Mas ¡por Alá que no son sus ojos negros los que os han traído a la plaza!

”El prisionero contestó con noble acento que resonó en mi alma con la incomparable dulzura de la voz amada:

”—Podéis matarme, mas nada sabréis acerca de los pretendidos planes de mi glorioso capitán. Sólo el deseo de ver a Morayma me hizo introducirme en la plaza disfrazado.

”Boabdil lanzó un juramento y, en el colmo de la ira, gritó:

”—¡Muere, pues, perro condenado! —y a una señal suya se aproximaron dos hombres de semblante siniestro para ejecutar la terrible sentencia.

”El joven cristiano me lanzó una mirada de amor y de agonía, no a mí precisamente, sino a mi imagen, que continuaba abrazada a los pies de Boabdil, e irguiéndose luego con noble intrepidez, exclamó con voz vibrante:

”—¡Malvado; quizá éste será tu último crimen, porque Dios te ha entregado en manos de mi rey y te anuncio, como Daniel a Baltazar, que mis vengadores pronto estarán dentro de las puertas de Granada!

”Un tumulto indescriptible siguió a estas palabras. ‘¡Al arma! ¡Al arma!’, se oía gritar por todos lados. Boabdil hizo un gesto de rabia, vi alzarse sobre el cautivo arrodillado una brillante cimitarra y, al oír el horrible chasquido del hierro sobre el cuello de mi amado, lancé un grito espantoso, y la visión fantástica se desvaneció de súbito. Reapareció el anciano y me dijo:

”—Has vuelto a contemplar una de las escenas más terribles de tu vida, la que he evocado del plano astral por medio de mi arte. Yo te amé mucho, Morayma, más que a las huríes del profeta. Sentada sobre mis rodillas, ¡cuántas veces tus manecitas de criatura mimada jugaron con mis barbas blancas! Porque yo fui tu tío, el hermano de tu madre. Ahora, gacela de mi alma, vas a ver el mundo donde serás feliz, ¡oh, sí, muy feliz!, al lado de tu amante compañero.

”Y asiéndome de una mano, se remontó conmigo en un vuelo fácil y rápido a inconmensurables alturas. Cruzábamos sin esfuerzo ninguno los océanos del éter, en medio de muchedumbres de seres, de los cuales unos brillaban como soles y otros despedían un fulgor pálido, indeciso. Cada una de las esferas producía, en su marcha portentosa por el espacio, una nota, formando el conjunto una armonía sublime que no se puede expresar con el pobre lenguaje de los hombres. Seguimos la Vía Láctea, dejamos atrás a la brillante Antares, a Arturo y a Vega; salvamos el laberinto de estrellas de las dos Osas, Casiopea y Perseo y, más allá de Capella, a una distancia enorme de la Tierra, en un mundo de la constelación de Andrómeda, el buen genio me mostró nuestra futura morada. Admiraba yo la belleza de ese mundo, cuando una sensación violenta me obligó a regresar a este Globo, donde había dejado mi envoltura carnal. Y fue entonces que, al volver en mí, me encontré otra vez en el mirador de Lindaraja, rodeada de mis padres y de los condes de Villamediana, que habían oído mi terrible grito y habían acudido en mi socorro.

”Me encontraron desvanecida al pie del ajimez, sobre las baldosas de la estancia, e intentaron en vano

hacerme volver en mí durante media hora, hasta que compareció un mozo con una redomita de éter.

”Mis padres y los señores de Villamediana atribuyeron el extraordinario fenómeno a un delirio de mi imaginación calenturienta; más yo os aseguro que ni el calor ni el cansancio me hicieron desvanecerme, pues la tarde estaba fresca y yo no me sentía fatigada lo más mínimo. En cuanto a mi salud, era inmejorable.

”He aquí por qué soy espiritista. Después de esa aventura, he vuelto a ver varias veces al anciano astrólogo de la barba blanca, bien que ya hace más de un año que no me visita”.

—Y vos, ¿qué habéis pensado acerca de tan maravilloso fenómeno, materialista irreductible? —dije volviéndome a Hare.

—Que fue un sueño —respondió el aludido— tan rico en detalles y tan bello como el de la médium que, según Flournoy, se trasladó imaginariamente de la India al planeta Marte.

Las doce y media de la noche señalaban las manecillas del reloj de la plaza de Cataluña cuando entramos en el hotel Colón, donde nos hallábamos hospedados.

¡Noche hermosa, llena de recuerdos y de armonías celestes, cuántas veces en mis horas de abatimiento y soledad mi corazón te evoca y vuelve a vivir aquellas horas sublimes en compañía de los seres queridos,

cuyos inmortales espíritus quizá ya gozan de la dicha prometida en el seno de la hermosa estrella que contempló en el archipiélago de Andrómeda la enamorada Morayma!

II
DE LA NATURALEZA DEL ALMA

There are more things in heaven and earth, Horatio,
than are dreamt of in your philosophy.

Shakespeare, *Hamlet*

Después de una encantadora excursión a Mallorca, mis jóvenes amigos me invitaron a pasar con ellos unos días en Montserrat, y, a pesar de que tenía algunos negocios urgentes que atender en Barcelona, accedí a sus reiteradas instancias.

No abrumaré al lector con la descripción del viaje desde que salimos con nuestros maletines del hotel Colón hasta que nos encontramos en las espaciosas celdas del tradicional monasterio. Como en un cinematógrafo, contemplamos aquellos admirables paisajes desde las ventanillas de nuestro vagón, mientras la poderosa locomotora jadeaba, contrayendo sus músculos de acero, en el ascenso del monte. A veces parecíamos suspendidos sobre el abismo y otras el tren se arrastraba serpenteando por las pétreas gargantas de la montaña. Como

monolitos milenarios, rocas de forma rara bordeaban el camino, trayendo a la memoria los paladines encantados de los cuentos árabes que un genio infernal había convertido en piedras. Tarea interminable sería, ciertamente, describir los hermosos monumentos o "misterios" de que está sembrado el monte, y las preciosidades naturales que tanto llaman la atención al viajero, como el Cap de Mort y el Gegant Encantat. Tampoco hablaré de la hermosa iglesia ni de las imponentes ceremonias del culto que se llevan a cabo todos los días para excitar el sentimiento religioso de los peregrinos, y pasaré en silencio, de igual manera, las excursiones a San Jerónimo a lomo de los típicos borricos.

Sírvase el lector acompañarnos a un pintoresco rincón del monte donde, saltando alegre entre las caprichosas peñas, ríe una fontana pura cuyas límpidas aguas convidan a beberlas en el hueco de la mano.

Acabábamos de merendar y, después de leer el admirable pasaje de la primorosa obra de mosén Jacinto Verdaguer, *Canigó*, en que el conde Guifre encuentra a su sobrino Gentil olvidado de sus deberes y entregado a la molicie y a los deleites del amor en compañía de un hada voluptuosa, y le tacha su cobardía y le recrimina su infamia, y exasperado lo arroja con su laúd desde lo alto del despeñadero, Gloria, recostando la encantadora cabeza en el hombro de su marido:

—Doctor —dijo—, ¿no os parece este lugar indicado para vuestras disquisiciones filosóficas?

Hice un signo de asentimiento con la cabeza.

—Bien, doctor —dijo Hare adoptando un aire de gravedad—, me agradaría conocer vuestra opinión acerca de la naturaleza del alma. Ibn Gabirol, en *La fuente de la vida*, dice: "La sustancia del alma es muy sublime; es simple, espiritual y anímica". ¿Qué significa esto? ¿Es un jeroglífico como los de *mister* Coussin? La sustancia del alma… Luego, ¿el alma es sustancia? Yo siempre había considerado el alma como una entidad metafísica, esto es, insustancial.

—A mi humilde juicio —contesté—, afirmar que una cosa es insustancial y afirmar que no existe, es lo mismo…

—¡Cómo! —exclamó Hare admirado—, ¿vos sois, pues, materialista?

—¡Alto ahí, discípulo de Büchner! —repliqué con viveza—. ¿Desde cuándo acá sostener la materialidad de las cosas es ser materialista? Para mí, la materia no es más que un estado de la sustancia.

"Yo creo, como los filósofos de la India antigua, y como Giordano Bruno y Spinoza, que la sustancia que integra el universo es una. ¿Cómo salió esa sustancia simplísima de su primer estado? ¿Cómo entró en periodos de condensación? ¿Cómo se concentró, replegán-

dose sobre sí misma, para originar los diferentes grados de materia? La sustancia universal en su pureza suma, en su estado único, en su inconcebible simplicidad, era inerte… Movimiento significa progreso y ella estaba inmóvil. ¿Quién la espoleó? ¿Quién la hizo salir de su inercia? ¿Cómo fue que principió a combinarse consigo misma, a dividirse y a subdividirse, ella que era simple y que no ha dejado de serlo, para formar los mundos que ruedan en el espacio, la vegetación que los cubre y la animalidad que los puebla? No me arguyáis que el universo, tal como lo vemos, ha existido de toda eternidad. Necesariamente tuvo un principio, aquél en que la sustancia prima salió de su primitivo estado. El progreso, que doquiera se manifiesta, prueba un principio. Pues el universo progresa —y esto es evidente—, no es perfecto. Al llegar a este punto, el filósofo se siente rodeado por el misterio y sus labios pronuncian, aun a su despecho, el nombre de Dios.

”Hemos afirmado la existencia de una sola sustancia. Este fluido universal, o agasa, integra lo mismo el informe trozo de cantera que el genio del artista convierte en estatua, que la flor de esmaltados pétalos que adorna la cabellera de una hermosa, o los labios trémulos de emoción que a Dios envían la plegaria que brota de lo más profundo del alma. Vos, que habéis estudiado tanto las ciencias físicas, ¿sabéis qué es la materia? Es

el Proteo de mil formas que engaña a los observadores superficiales. Ya es sólida, ya líquida, ya gaseosa o radiante. ¿Y hemos de creer que a estos tres o cuatro estados están circunscritas sus actividades? Ciertamente lo visible no nos da derecho de negar lo invisible, y allí donde terminan los dominios de la física, principia el dilatado reino del espíritu.

”La teoría de Lamarck, robustecida por Darwin, sobre el origen de las especies, es un hermoso corolario de la teoría de Laplace acerca de la habitabilidad de los mundos. Russell Wallace, colaborador de Darwin en su obra inmortal, no se limitó al mundo conocido, sino que, rompiendo el estrecho molde de la ciencia oficial, lanzose a investigar regiones casi vírgenes, y afirmó que sobre el hombre existen millones de millones de seres que moran en un mundo muy superior al nuestro.

”¿Por qué si la naturaleza es infinita y ha dispuesto de un tiempo incalculable para desarrollar todas sus formas en ésta y en otras esferas, se ha detenido en el hombre? ¿Es decir que ella al crear este mísero parásito ha realizado un esfuerzo supremo, y luego ha caído de rodillas en actitud de adoración ante su propia obra, diciendo rendida, fatigada, sin aliento: ‘No puedo más’? No; la naturaleza ha proseguido más allá del mundo visible su portentosa labor. En *El paraíso perdido* de John Milton, un ángel explica a Adán el misterio de la formación de

los mundos, y cómo nuestro primer padre se asombra de que el ángel coma de las mismas viandas que él, el divino huésped le dice: 'No te debe esto asombrar desde el momento en que todas las cosas son transmutables. De los toscos minerales sale la hermosa planta con su verde traje, las flores ricamente esmaltadas que exhalan aromáticas esencias y los sabrosos frutos de dorada piel. Lo que tú comes se transforma en hueso, en carne, en nervio y en cerebro, y alimenta tu vida. Así no es de extrañar que, como tú en la tuya, transforme yo estos groseros manjares en sustancia angélica'.

"Taliesin, el poeta galo, decía: 'No he nacido de un padre y una madre, sino de las formas elementales de la naturaleza, de las ramas del abedul, del fruto de las selvas, de las flores de la montaña… He sido víbora en el lago, águila en las cumbres, lince en el bosque'.

"Los reinos naturales no son autóctonos o independientes, sino que están unidos por fuertes eslabones. El inferior sostiene al superior, y así viven unos de otros. La misma sustancia, como ya os lo he dicho, integra al hombre, a la bestia, a la planta y al animal. Nuestro mismo cuerpo, nuestro pequeño mundo, es la representación de esta verdad, pues nuestros huesos pertenecen al reino animal y nuestros cabellos no son más que plantas. Al pasar de un estado a otro, la sustancia no adquiere, sino desarrolla propiedades. Así, vemos aparecer en los vegetales un rudimento de sistema nervioso, luego observamos brotar tímida y vacilante la chispa de la inteligencia en las especies inferiores de la animalidad, en las que el instinto hace las veces de una consciencia provisional, y observamos, por último, en el hombre la gloriosa llama de la razón que alumbra con sus vivísimos resplandores ese 'más allá' misterioso, en el que nos abismaremos todos para surgir más bellos, más radiantes, más divinos.

"El alma es sustancia…, pero en un estado de imponderable purificación y simplicidad; sustancia que ha alcanzado la prodigiosa meta del pensamiento, emigrando a través de las formas elementales de la naturaleza. Por eso Ibn Gabirol decía: 'La sustancia del alma es muy sublime'. ¡Qué lenta, pero qué majestuosa ascensión hacia la luz! Así es como yo interpreto al universo, el pensamiento de Dios impreso eternamente en el ligero átomo y en el Sol enorme. Un grano de polvo, que es un mundo, integra otro mundo, que es una planta, la que a su vez forma parte de un planeta. Y ved, ¡oh, sacerdotes de la ciencia!, a ese átomo ascender, perfumar en la flor, palpitar en el cerebro de la hormiga, subir aún más y convertirse en ave, y, por último, darse cuenta de su existencia, razonar y refulgir, ¡oh, alma soñadora de Cristo!, y sorprender con la magia de su lumbre a las constelaciones.

”Nuestras inteligencias, Hare, no son hijas del ayer, sino de millares de millares de siglos. ¿Creéis que porque nacisteis con un cerebro privilegiado gozáis de una inteligencia mayor que la del campesino que os corta la leña y la de la criada que os sazona la comida? ¿De dónde os ha venido ese amor a las ciencias naturales y a la filosofía que os distingue del infatuado pisaverde que cifra su felicidad en el hallazgo de una excéntrica corbata? Pascal a los diez años resolvía difíciles problemas algebraicos, y Mozart, a los seis, componía sonatas muy notables. ¿No hay también algo de extraordinario en lo que llamamos aptitudes? Un individuo se dirige con pasmosa seguridad a través del laberinto de la metafísica y ese individuo, que se llama Pitágoras, en vano se fatiga por imitar a Homero. El sublime Lope de Vega le tiene horror a los guarismos y emplea el mismo tiempo en resolver un sencillísimo problema que en escribir la mejor de sus inmortales comedias. ¿A qué se debe, pues, este fenómeno de las aficiones, habilidades, aptitudes, etcétera, sino a conocimientos anteriores que, pues no se adquirieron en esta vida, debieron de adquirirse en otra? Por algo se dice que el poeta nace y no se hace. Igual podemos decir del pintor, del músico, del matemático, del astrónomo, del filósofo, etcétera. Todos nacemos con gustos, aficiones y aptitudes que se determinan después. Napoleón, en su niñez jugaba a la

guerra, defendía castillos, enfilaba soldados de plomo y leía la historia de los grandes capitanes. En el colegio militar de Brienne, durante las horas de recreo, encerrábase en una pequeña estacada que él mismo había construido, y allí reconstituía con figurillas de plomo y de madera las luchas de los persas y de los griegos y las de los romanos y galos con maravillosa precisión. Jesús tenía doce años cuando se escapó de casa de sus padres y discutió con los doctores del templo. Una vez encontraron a César llorando y preguntáronle la causa de su aflicción. ‘Lloro —contestó el adolescente—, porque Alejandro a mi edad ya había triunfado en las márgenes del Gránico, y yo aún no he hecho nada’. James Watt no contaba ocho años cuando, absorto en la contemplación de una tetera, descubrió el vapor. Luis XVI desde muy pequeño mostró una afición vehemente por la cerrajería; pasábase las horas componiendo relojes y era muy hábil en este género de trabajos. ¿A qué citar más casos, si casi todos somos poetas, pintores, comerciantes, físicos o filósofos obedeciendo a nuestras aficiones? *Vocación* es una palabra que habla mucho al espíritu indagador. Esos conocimientos anteriores, esa predisposición del ‘yo’, esos irresistibles impulsos, son los que hacen un Lincoln del oscuro hijo de un leñador, un Cromwell de un tonelero, un Toussaint Louverture de un negro esclavo, un Cristóbal Colón de un carda-

dor de lana, un Viriato de un pastor, y un Shakespeare, un Esquilo o un Molière de un humilde comediante. ¿Qué era Esquines?, ¿qué, Voltaire? A todos estos hombres los ha sacado de la nada la maravillosa intuición de lo que antes habían sido. Grandes eran en su condición humilde y como grandes se alzaron a brillar entre las pléyades de genios.

"Somos muy orgullosos al creer que nuestras aptitudes y nuestros conocimientos los hemos adquirido en breves años. ¡Cuántos siglos se necesitaron para que la Tierra se solidificase! ¡Qué digo!, ¡cuántos, para que el cuerpo humano perdiese el intestino cuyo resto es el apéndice cecal! Asusta pensar cuánto tiempo debió transcurrir para que perdiésemos por atrofia el movimiento de las orejas. Y si para que un miembro se recoja y desaparezca se necesitan millares de años, ¿cuántos transcurrirían para que Newton fuese Newton? Deliran los que piensan que estas aptitudes, estas aficiones y estos conocimientos sublimes se adquirieron en diez o en veinte años, segundos en el océano sin playas de la eternidad. ¡Y qué triste idea de los trabajos del hombre! Copérnico, hijo del acaso, descubrió los cielos a la tierra estupefacta, no porque sus maravillosas intuiciones las hubiese adquirido en el transcurso de muchas existencias a costa de innúmeros esfuerzos, sino porque encontró en su cerebro, ya ordenado, el sistema solar.

Víctor Hugo, casual combinación de átomos, escribió las *Orientales*, no porque hubiera desarrollado en él en otras vidas su maravillosa facilidad poética y robustecido sus pensamientos, sino porque también encontró en su cerebro el rico manantial de sus brillantes obras. Ningún mérito tenemos que reconocer en Stephenson, porque éste tenía ya en la glándula pineal, desde que las moléculas lo integraron, el diseño de la primera locomotora. Todo esto, señor Hare, ¿no es absurdo? ¿No es cuerdo admitir que nuestra inteligencia, nuestros sentimientos, en fin, todo cuanto constituye nuestra personalidad, lo hemos adquirido poco a poco, a fuerza de fatigas sin cuento, de agudos dolores, en el transcurso de muchos siglos, aquí cayendo, allá levantando, hasta alcanzar, emergiendo de las sombrías profundidades de la animalidad, nuestro grado actual de progreso?".

—¿Luego vos no creéis, como los católicos, que Dios creó al hombre perfecto, inmaculado, angelical? —objetó Hare—. Vuestra teoría parece indicar que el alma humana tuvo una cuna miserable…

—No —dijo Gloria terciando con viveza en la conversación—; las almas salieron puras de manos del Creador, como afirma Moisés en el Génesis, mas desobedecieron a su Padre, y por ello se vieron obligadas a encarnar en cuerpos de brutos.

La extraña salida de la joven nos dejó perplejos. Gloria observó nuestra sorpresa y se apresuró a continuar.

—¡Vamos, doctor; vamos, Guillermo!… ¡Cualquiera creería que he dicho alguna barbaridad!… No, no temáis que resurjan en mí las antiguas ideas monásticas. Al referirme al Génesis, lo hice desde el punto de vista del simbolismo. Dios creó a los espíritus puros, y les dio por morada el infinito espacio, mas, en su estado de pureza suma, las almas no eran buenas ni malas; inconscientes de su propia existencia, vagaban al azar, y así hubieran permanecido siempre si el deseo de animar formas mortales no las hubiera empujado hacia estos mundos, que son verdaderas fraguas donde se templan los corazones y brota la hermosa llama de la razón. El alma, al descender a la materia, es como el diamante en bruto que el lapidario faceta y abrillanta. Adquiere el conocimiento emigrando de forma en forma y de mundo en mundo hasta que, vencedora del pecado y del dolor, libre del renacimiento y de la muerte, penetra en la mansión de los bienaventurados. Éste es, a mi juicio, el símbolo que encierra el Génesis mosaico. Adán y Eva, creados por Dios puros como la primera aurora que iluminó el paraíso, desobedecen al Señor y comen de la fruta del árbol del bien y del mal; sus ojos se abren al conocimiento; abandonan el edén y

se revisten de una forma terrestre, por lo cual la muerte es introducida en el mundo y ellos tienen que trabajar para sustentarse, y sufrir múltiples dolores. Terminado el ciclo de las reencarnaciones, volverán a su primitiva patria, pero con la frente iluminada por los resplandores de la sabiduría. A la verdad —concluyó sonriendo la hermosa criatura— así explicada, la conducta de Adán y de Eva, en vez de censuras merece alabanzas, pues, desdeñando los estúpidos goces del edén de la ignorancia, prefirieron sufrir para merecer y elevarse.

—¡Bravo, Gloria, bravo! —exclamó Hare frotándose las manos—. Mas ¿por qué hay seres buenos y seres malos y por qué los unos son inteligentes y los otros imbéciles? ¿No creó Dios a todos los espíritus iguales?

—Sí, Dios creó a todos los espíritus iguales en naturaleza y les infundió los mismos anhelos de progreso; mas, una vez entregados a sus propias fuerzas, los unos progresaron más rápidamente que los otros y se constituyeron en guías de los rezagados. Dios, al dejarnos el libre albedrío, nos dejó toda la responsabilidad de nuestras acciones, de manera que a nadie podemos culpar de nuestras debilidades, sino a nosotros mismos.

—No recuerdo en dónde leí que los espíritus se distinguen por el esplendor de su envoltura celeste… —dijo Hare, volviéndose a mí.

—En efecto —contesté—, los seres superiores brillan con la luz deslumbradora del más hermoso de los soles, en tanto que los seres atrasados vagan por el espacio arrastrando su opaca envoltura de fluidos groseros. La aureola que resplandece en la cabeza de los santos es una verdad comprobada por la ciencia. Es la luz psíquica que irradiaba el divino cuerpo del Salvador. Con vuestra licencia paso a referir, en apoyo de esta teoría, un fenómeno de cuya realidad respondo, pues lo observé yo mismo.

”Hace la friolera de unos quince años, encontrándome en Alicante, el director de un círculo espírita se empeñó en desarrollar en mí la mediumnidad escribiente, esto es, la facultad de que, por medio de mi mano, se comunicaran los seres de ultratumba. Después de un mes de pacientísimos ensayos, y cuando ya principiaba a dudar del éxito, mi pluma, movida por una fuerza extraña, trazó el nombre de un ser querido que yo apenas conocí, el de mi hermana Aurora. Aquel descubrimiento estuvo a punto de costarme la vida; pues, encantado en mis experiencias extraterrestres, a pesar de los consejos y advertencias de mi hermana, abandoné todos mis negocios y me dediqué por completo a explorar el ‘más allá’. Apoderose de mí el furor medianímico; perdí la cuenta de los días; flaco, pálido, ojeroso, vivía más en el mundo espiritual que en el material; mis mejores amigos eran los espíritus que por mi medio se comunicaban; ya casi no salía de mi despacho, y mi único anhelo era abandonar cuanto antes esta lóbrega mazmorra para volver a la patria celestial. No satisfecho con las comunicaciones escritas, deseé ver a todo trance a mis amigos del espacio; mi hermana intentó disuadirme, pretextando que yo no tenía la mediumnidad vidente; mas, al fin, acosada por mis instancias, decidiose a darme una lección provechosa.

”Apagué la luz eléctrica y me recosté en mi sillón. El suave fulgor de la Luna menguante bañaba la biblioteca… A los pocos minutos sentí la impresión de una mano en la frente. Me estremecí como si me hubieran aplicado una corriente eléctrica. Luego, una luz vivísima, pero que no alumbraba, *negra*, por decirlo así, hirió mis pupilas. El efecto fue terrible. Me llevé las manos a los ojos cubiertos de lágrimas, y a través de las manos aquella luz continuaba torturándome el cerebro con sus miles de ígneos dardos. ‘¡Basta!, ¡basta!’, grité alarmado, y cesó el fenómeno. Encendí la luz eléctrica y me apliqué a los ojos, que parecían abrasados, un pañuelo empapado en agua de rosas. Luego tomé la pluma. ‘Ya lo ves —me dijo mi hermana—, no has podido sufrir siquiera el principio del fenómeno. Sabe que hay seres de orden tan elevado y luz tan intensa que, si se os manifestaran en la plenitud de su gloria, harían vibrar de tal manera

vuestra débil envoltura que pereceríais sin remedio. La sustancia de esos seres es tan sutil que escapa a nuestras mismas miradas. Sentimos su presencia por la manera extraña con que hacen vibrar nuestro cuerpo fluídico. Se nos manifiestan como nosotros a vosotros, y sabe que, sobre ellos hay innumerables categorías de seres cuya existencia apenas sospechamos'.

"Esta dolorosa experiencia me fue de gran utilidad; comprendí el abuso que estaba haciendo de mis facultades medianímicas, temblé por las consecuencias y, castigada mi curiosidad en la forma que os he dicho, resolví reanudar mis tareas normales, sin dejar por eso de hacer de vez en cuando una pequeña excursión al mundo de los espíritus".

—¡Oh —exclamó Hare riendo a carcajadas—, cómo se ve que ignoráis cuán maravillosa máquina es el cerebro! ¡Vuestras excursiones al mundo de los espíritus se parecen a las fabulosas aventuras del regocijado autor de *Un viaje alrededor de mi cuarto*! ¡Sin salir de las paredes del cráneo, vuestra imaginación os ha hecho viajar por un mundo extraordinario! Decidme que sois un habitante de la Luna, y os creeré…

—Reíd a todo trapo —repliqué—, mas recordad que la burla no ha tenido jamás consecuencias y que, como dice el gran poeta, el sabio que se ríe de lo posible está en camino de ser un idiota…

"La teoría alucinatoria no explica los fenómenos llamados medianímicos. Por otra parte, ¿qué tiene de risible una doctrina científica sustentada por sabios de la talla de Lombroso, Crookes, Flammarion, Gibier, Weber, Fechner, Thury y cien más que han honrado sus respectivas patrias con sus descubrimientos admirables y sus maravillosas invenciones?".

—Doctor —replicó Hare, dando a sus palabras una expresión de piadosa ironía—, yo no pongo en tela de juicio la autoridad de los profesores por vos citados, pero, francamente, el descubridor del talio, el inventor del radiómetro, el maestro Crookes *fotografiando espíritus*, me hace el efecto del ilustre Newton ocupándose en su vejez de descifrar el Apocalipsis de san Juan. ¡Bella tarea!…

—¿Es decir —exclamé con fuerza—, que vos sólo admitís como verdades los absurdos razonamientos de Holbach, Vogt, Büchner, Haeckel y demás sacerdotes del materialismo? ¡Vive Dios, yo no soy un peregrino de esa Meca, de esa Roma, de ese Jaggrenat! Vosotros habéis ultrajado la razón, encadenado la ciencia. ¿Con qué derecho habéis escrito en sus columnas *non plus ultra*? Además, ¿qué crédito se les puede dar a esas secreciones albuminoideas y alcalinas llamadas *Cartas fisiológicas*, a esos conjuntos de impresiones y apariencias que se llaman Berkeley y Hume, a ese infeliz

hipocondríaco que se firma Jouffroy y a esa criatura sin albedrío, mezcla de mezquindad y soberbia, a quien apellidan Büchner?

—¡Cuán exaltado estáis, doctor! —dijo Hare con una finura que contrastaba con mi aspereza—. Dominaos, por Dios, ved que no soy Haeckel ni Moleschott y que no estamos en la academia…

—¡Ah, señor mío! —repliqué con aire de triunfo—. ¿Luego puedo refrenarme? ¿Luego no soy un autómata, como supone el profesor de Jena, ni un conjunto de apariencias, como dicen vuestros filósofos? ¡Confesáis, pues, que tengo dominio sobre mí mismo, esto es, libre albedrío! Mucho me place, caballero. Señora, vuestro marido acaba de afirmar que el hombre no es un conjunto de impresiones y apariencias; que la sustancia del alma es muy sublime, pues está provista de pensamiento y armada de voluntad; que no obedecemos a los impulsos de la materia, sino a las inspiraciones de nuestro espíritu y que, por lo tanto, somos señores y no esclavos de nuestros nervios. Estas cualidades, ¿las posee la grosera materia que nos rodea? No. Luego pertenecemos a un mundo incomparablemente más elevado, el alma existe y ya estamos en camino de reconocer su inmortalidad. Aquí sienta de perlas el profundo pensamiento del ilustre filósofo árabe Ibn Gabirol: "Pues probado está que el alma existe y es susceptible de progreso, el

objeto de nuestra existencia debe ser alcanzar la perfección de que somos capaces".

—¡Muy bien, doctor! —exclamó Gloria batiendo palmas—. Os agradezco el empeño que os tomáis en arrancar esta hermosa inteligencia de las garras del Materialismo…

—¡Qué! —exclamó Hare con ímpetu—. ¿Queréis hacerme creer que he vivido hasta ahora equivocado acerca de los enigmas de la naturaleza, y que vosotros sois los precursores de no sé qué mesías que ha de venir a restablecer el reino de Dios entre los hombres? Pero ¿es posible que aún haya quien defienda, en el terreno de la ciencia, la hipótesis de un alma inmaterial, de un espíritu puro, casuística invención de los padres de la iglesia? Supongo que vosotros no priváis a los animales de ese adminículo tan precioso, pues negar que los brutos tienen alma es aceptar la posibilidad de que los hombres tampoco la tienen… ¿Qué decís de esto, querida mía?…

—Digo —respondió Gloria— que nadie os ha hablado de un alma metafísica, insustancial, pues no nos es dable concebir nada fuera de la naturaleza. En cuanto al alma de los brutos, el Espiritismo no sólo la acepta, sino que afirma que nuestro espíritu, antes de animar formas humanas, animó posiblemente cuerpos de bestias. Los teólogos tampoco desconocen la existencia del

alma en los brutos; mas, para aislar al hombre del resto de la creación, se han visto obligados a suponer que esa alma es puramente sensitiva y, como sensitiva, mortal. No tienen en cuenta, quienes así raciocinan, que hay en la raza humana seres desgraciadísimos cuya capacidad intelectual es inferior a la del perro. Salvajes hay en el interior del África, en América y en Oceanía, que viven la vida de los gorilas y chimpancés. Hay más distancia entre un hipopótamo y un mono que entre éste y un igorrote de las Filipinas… Los poetas y filósofos del Indostán reconocían un principio divino en los animales. De ahí la bellísima leyenda de Hanuman guiando un ejército de monos en el asedio de Lanka. Nosotros, antes de ser hombres, posiblemente vivimos como ellos en las ramas de los árboles, en las oscuras madrigueras, en las cavernas de los topos, en las subterráneas galerías de las hormigas, en los panales de las industriosas abejas, en los pantanos, como las serpientes, y en las grutas de coral, como los peces, entre los esplendores de la vegetación submarina. ¡Quién sabe en qué mundo fuimos protozoarios, en qué océanos construimos palacios de nácar y de perlas, en qué roca anidamos como el águila y en qué aleros, oscuras golondrinas, nos detuvo el amor al reinar la primavera!

”Cristo repetía a cada instante a su discípulo: ‘Piedra eres’, Taliesin decía descender de las formas elementales de la naturaleza; Zoroastro hablaba de ‘nuestro progenitor el fuego’; los egipcios adoraban a los animales y hacían encarnar en ellos a sus dioses, por lo que Alejandro logró vencerlos poniendo al frente de sus tropas unas cuantas ‘bestias sagradas’, los brahmanes enseñaban la doctrina de la metempsícosis; san Jerónimo llamaba a una fiera ‘hermano lobo’ y la historia conserva el recuerdo de perros y caballos inteligentísimos, desde el que viejo y ciego reconoció a Ulises en Ítaca, hasta el que dio el trono, con sus relinchos, a Darío.

”¿Por qué no hemos de considerar a los animales como ‘candidatos a humanidad’? ¿No vemos en brevísimo tiempo transformarse un gusano en mariposa y un renacuajo en rana? Es verdad que no se tiene memoria de que ningún orangután o gibón se haya transformado en hombre… Mas ¿sabemos acaso si los espíritus de los monos que guio Hanuman al asedio de Lanka, moran ya dentro de la forma humana, encarnados en los humildísimos sudras o quizás en nosotros mismos? Que los animales siguen idéntico proceso de evolución que nosotros, pruébalo el mismo sentido común, que nos dice que no somos una creación aparte, sino un eslabón del reino animal que, por estar colocado en el extremo de la cadena, nos hace la ilusión de un reino distinto, semidivino. La fotografía trascendental, merced a la cual se han obtenido imágenes de perros y de gatos,

prueba que el espíritu de los animales sobrevive a su forma corporal. Hermanos son el hombre y la bestia. Más distancia hay entre Milton y un idiota que entre un maorí del Zambeze y el perro que roe los huesos bajo la mesa del señor. El cafre que se tiñe los labios de azafrán, el wanyoro que vive en comunión con las bestias, los hombres mono que desde lo alto de sus viviendas aéreas lucharon con los guerreros españoles en las inmensas selvas del Brasil, el indígena de Australia, de abdomen prominente y largas y velludas piernas, el esquimal obeso y aceitoso, el antropófago ribereño del Putumayo, y otros muchos que se confunden con las alimañas bravías de los bosques vírgenes, ¿no están más lejos del hombre civilizado que el pacífico elefante que obedece al garrotillo del cornaca, que el mono que nos asombra y regocija con sus juegos de acróbata y sus bromas de payaso en los circos, y que el dócil Terranova que cuida de los niños y es capaz de morir en su defensa? El sátiro lascivo que persigue a la celeste ninfa; el criminal iracundo que asesina y roba obedeciendo a los impulsos de su naturaleza depravada; el borracho infame que ultraja y pega a su esposa; el padre incestuoso que mancha el lecho de sus propias hijas; el sanguinario Atila que se da a sí mismo el título de 'azote de la humanidad'; el malvado Tiberio, que se regocija arrojando esclavos desnudos a los tiburones en Caprea; el déspota Ricardo, que mata al padre y se casa con la hija; la infame Medea, la lujuriosa Mesalina, la terrible Locusta, ¿en qué se parecen a la tórtola amante que arrulla a sus pichones, al perro que da la vida por su amo, a la paciente vaca que lame a su gracioso ternerillo, al elefante que se oculta en sus amores, al enorme cóndor que en las crestas de los Andes acomete a los cazadores que intentan arrebatarle sus hijuelos, a la bondadosa gallina que adopta a los huérfanos patitos? Concedo que los animales obran más por instinto que por reflexión, pero niego absolutamente que sean juguetes mecánicos, autómatas de feria que se mueven y chillan bajo la presión de un dedo. Son almas que sufren nuestro despotismo con dolorosa resignación y que sólo algunas veces se rebelan airados cuando recrudece nuestra crueldad. Ved, si no, a nuestro fiel amigo bajo el látigo de un colérico rufián. ¡Cómo fija en él los ojos llenos de temor y mansedumbre! ¡Cómo le reprocha su injusticia! ¡Parece que quiere hablar!".

—El buen Leal —murmuró Hare pensativo— me salvó la vida… Fue en 1892, en Murcia. Un gañán, enfurecido porque el carricoche en que yo iba le derribó un puesto de frutas, se arrojó sobre mí con una navaja en la mano… Leal le saltó al cuello y casi lo estranguló. Confieso que, si alguno tenía allí derecho a la inmortalidad, era el animal y no el hombre.

—¿Y qué fue de Leal? —pregunté con interés.

—Me lo mataron —contestó Hare poniéndose sombrío—. Un día vino a mí arrastrándose sobre su vientre en las convulsiones de la agonía. Un vecino, pretextando que el perro "le gruñía", le arrojó un pedazo de carne envenenada. Hice enterrar al perro en un rincón de mi jardín, cubrí de violetas su sepultura, compré un látigo y azoté al hombre. Tal es la historia.

Durante algunos segundos permaneció Hare en silencio, abstraído en sus recuerdos y, luego, como quien sale de un sueño, continuó:

—Decíamos que los animales, y aun las plantas, tienen alma; mas ¿de dónde procede este principio inmortal que emigra de forma en forma y va de la arcilla al ángel?

—A mi juicio, procede del *akasha* o éter de los antiguos. Los soles y los planetas que pueblan el espacio proceden de una nebulosa, enorme masa caótica que, al condensarse, originó innumerables núcleos, en torno de los cuales los flotantes vapores, atraídos por las materias más compactas, extendieron la impalpable gasa de la atmósfera y el tul vivísimo de los mares. Igual proceso de formación siguieron posiblemente las almas. Existe una inmensa nebulosa psíquica, en medio de la cual irradian, como soles, los espíritus sublimes que se han individualizado. Esa sustancia sutilísima es

la que, evolucionando sin cesar, se advierte en los movimientos, al parecer mecánicos, de la sensitiva y de la dionea atrapamoscas, en el instinto de los brutos y en la divina inteligencia del hombre. Es eterna, increada, indestructible; ni el fuego la quema, ni la secan los vientos, como dicen los filósofos indios. Nuestro espíritu vive en esa sustancia como el pez en el agua. Es un océano agitado por continuas vibraciones; nuestros pensamientos lo rizan o encrespan, provocando a veces verdaderas tempestades, y monstruos inimaginables, larvas, demonios horribles, etcétera, se agitan en torno nuestro, atraídos por nuestros vicios y rechazados por nuestras virtudes. Es preciso no olvidar que existe una estrecha solidaridad entre todos los seres, que estamos en íntimo contacto con todos ellos. Nuestros malos pensamientos envenenan la atmósfera fluídica, y así inconscientemente podemos causar la desgracia de muchos seres de mentalidad inferior que evolucionan en la zona de contagio. En cambio, nuestros pensamientos elevados son a manera de rayos de luz que alumbran la profunda noche en que viven sumidas tantas almas.

"La inmensa nebulosa de que todos provenimos cubre la superficie de los mundos, penetra en sus lóbregas cavernas y palpita doquier en el espacio. Cuando una planta muere, la invisible fuerza que irguió su tallo y asistió a su floración no desaparece, sino que emigra a

otro germen. En el estado vegetativo no tiene consciencia, mas ésta se suscitará con el transcurso de los siglos, lentamente en un principio y con rapidez inconcebible luego. Es como una llama que brota tímida y vacilante entre la ceniza y luego se eleva triunfal, lamiendo con sus rojas lenguas las paredes del hogar.

"Esta sustancia anímica o *psicodo*, que todo lo fecunda y vivifica, sirve también de lazo de unión entre el periespíritu y el cuerpo físico. Es el 'fluido vital' o *spiritus vitarum* de los ocultistas de la Edad Media.

"El espíritu, la incomprensible mónada, está revestido de un cuerpo que es el almacén de sus recuerdos y el centro de sus sensaciones. En los seres inferiores, como ya dije, este cuerpo es denso y opaco; como una lepra asquerosa, en él dejan sus huellas las pasiones, y los más desenfrenados apetitos, como un fuego devorador, lo consumen sin tregua. Incapaces de comprender la vida espiritual, esos seres infelices encarnan en organismos adecuados a su grado de progreso y, cuando vuelven al espacio, sufren de una manera indecible, porque no pueden satisfacer sus apetitos bestiales. Durante un periodo más o menos largo, se ven acometidos por voraces deseos y sufren alucinaciones espantosas; no se dan cuenta de su nueva condición y cuanto les pasa lo atribuyen a trastornos de sus sentidos; vagan en derredor de las tumbas; permanecen cerca de su cadáver, y

cuando éste se desintegra, regresan a sus hogares, turban con sus lamentos la tranquilidad de los vivos; persiguen y obsesionan a quienes aborrecen, y llevarían a cabo terribles venganzas si los espíritus buenos, encargados de su vigilancia, no lo impidieran".

—¿Y estos seres —interrogó Hare— son los que se comunican por los médiums?

—Buenos y malos acuden a las sesiones. Si éstas son frívolas, podéis tener la seguridad de que sólo espíritus de un orden muy inferior comparecerán. La atmósfera fluídica que rodea el planeta está poblada de esos desgraciados "sufrientes" que, por la densidad de su envoltura y por su triste condición mental no pueden remontarse a los planos superiores.

—Algunos médicos —dijo Hare— consideran peligrosísimas las prácticas espiritistas. Según ellos, los mejores médiums, como *mister* Home y Slade, han sido internados en hospitales de dementes…

—Algo hay de cierto respecto a las terribles consecuencias que acarrea el abuso de las facultades psíquicas, mas el ejercicio de la mediumnidad en sí no es peligroso. El escollo principal con que se tropieza en este género de experiencias es la ignorancia de los experimentadores respecto al mundo invisible. Los espíritus inferiores suelen hacerles objeto de sus pesadas bromas, y con facilidad los engañan y obsesan. Sin co-

nocimientos preparatorios no es prudente aventurarse en esta oscura senda que, si lleva por lo regular a los umbrales del mundo espiritual, en ocasiones conduce a la locura. No impunemente penetra un necio en un laboratorio de química y se pone a jugar con sustancias explosivas y con ácidos mortales.

—Es maravilloso cuanto decís, doctor, y francamente…

—¡Qué!, ¿imagináis que fantaseo a toda vela? No, amigo Hare, no; el mundo espiritual existe; las hadas, los genios, los duendes, las ondinas, las salamandras, los gnomos, los silfos, los demonios, los ángeles, etcétera, tienen una existencia tan real como vos y yo.

—Luego la fantasía popular…

—La fantasía popular, aun con todas sus exageraciones, nunca ha podido, ni remotamente, sospechar la existencia de infinidad de extraños seres que moran en el plano astral. Por otra parte, las manifestaciones espíritas son más antiguas de lo que vulgarmente se cree. Sócrates sentía la presencia de un "demonio familiar"; Escipión, el Africano, se le apareció a su hijo; en Salamina, un genio animó a los atenienses a cerrar contra el enemigo; el fantasma de Calígula por largo tiempo turbó con sus gemidos la tranquilidad de los jardines reales; un espectro anunció a Bruto su derrota y su muerte en los campos de Filipos, etcétera. Posiblemente, las religiones tuvieron un origen espiritista. Los griegos creían conversar con sus dioses en Delos; el templo de Esculapio era un centro de curaciones medianímicas, como modernamente Lourdes; Numa recibió las leyes que debían regir al pueblo romano de una deidad a quien llamaba la ninfa Egeria; Moisés, al aparecérsele entre un marco de llamas un genio en el Horeb, se creyó en presencia de Jehová, el dios de sus mayores; lo mismo le sucedió a Zoroastro con otro genio a quien llamó Ormuz; los patriarcas y los profetas de Judea tomaban a los seres que se les aparecían por emisarios de Jehová, y Mahoma recibió las enseñanzas del Corán de labios de arcángel Gabriel. Hora es ya de que la ciencia demuestre que no existen tales "dioses" y que los "ángeles" son seres como nosotros. Hora es ya también de que sea estudiado el mundo de los fluidos y de que sean conocidas las maravillosas propiedades de éstos. La naturaleza es una vieja pitonisa que habla un lenguaje divino. El poeta que escribe un poema muy lejos está de suponer que cuanto imagina se realiza en el *akasha*. La mente tiene un poder mágico sobre la sustancia fluídica, y ésta a su vez actúa sobre nuestra imaginación de muy diversas maneras. Si tuviéramos una sensibilidad exquisita, podríamos conocer, por la naturaleza de los fluidos, el carácter, los gustos, las costumbres y el grado de progreso de la persona en cuya

habitación nos encontramos o cuyas prendas tenemos a la vista. Hay algunas personas que tienen este don. ¿No habéis experimentado vos, al penetrar en la habitación de un malhechor, una sensación desagradable?

—Recuerdo, amigo mío, haber sentido algo de lo que indicáis. Una vez, al visitar el presidio de Ceuta —de esto hace ya muchos años—, me enseñaron el calabozo de un viejo criminal que había fallecido en la semana anterior. No sé qué lúgubres pensamientos nos asaltaron; de las macizas paredes renegridas, de los oscuros rincones, del mismo techo, de todas partes, en fin, parecían emanar extraños fluidos que producían en mí sensaciones de repugnancia y de temor. "Me parece —dije a mi acompañante— que el presidiario que últimamente habitó esta celda debió de tener una conciencia muy negra. Su imaginación quizá sólo se ocupaba en escenas de venganza y exterminio. Salgamos de aquí. No soy supersticioso, pero, con franqueza, ese camastro me produce horror". Recuerdo también que, cuando mi padre me llevó a Sevilla, sentí una sensación semejante visitando el regio alcázar. Después de recorrer los maravillosos salones y los magníficos jardines, descendimos a los subterráneos donde nos mostraron el famoso baño de las cien doncellas, con su cascada milagrosa, y luego nos hicieron penetrar en un horrible calabozo, donde, según la leyenda, el rey don Pedro

emparedaba a sus enemigos. Mi padre me dijo: "Salgamos, Guillermo; me parece vivir en otra época; estos muros hablan por todas sus grietas; este suelo bebió lágrimas y sangre; aquí se escuchan lamentos". En efecto, yo había sentido una impresión dolorosa.

—¿Y a qué la atribuisteis entonces?

—Al aspecto fúnebre de aquella mazmorra.

—¿Conocíais la historia del rey don Pedro?

—Sí; pero ignoraba que en aquel calabozo hubiese hecho emparedar hombres. Mi padre me lo dijo luego.

—Al penetrar en una caverna, ¿no habéis sentido la misma impresión dolorosa?

—No; una vez penetré en la guarida de un lobo y sólo sentí algo así como la presencia de la fiera…

—Entonces, ¿a qué atribuís la impresión dolorosa?

—¿A los fluidos de que ha poco nos hablabais, doctor? Me parece que unos cuantos años bastan para que todas esas emociones se desvanezcan, y varios siglos ya habían transcurrido…

—No, amigo mío; ni en diez siglos se borran las huellas de nuestras acciones. Destruidas Menfis y Tebas, es muy posible que en las columnas y en los obeliscos de sus ruinosos templos aún se conserven las huellas de los cautivos que trabajaban bajo el látigo de los soberbios hijos de Ramsés. En las piedras de Nínive y Babilonia deben de conservarse impresas las imágenes su-

perpuestas de Nabucodonosor, Daniel, Baltazar y Ciro, y ¡quién sabe si cada peldaño de los viejos templos es un fonógrafo que habla a la edad presente con la voz de David y de Salomón, y si en los restos de las murallas de Betulia vibran aún las alegres aclamaciones de los hebreos a Judit y los ayes de los asirios en presencia del cadáver mutilado de Holofernes! La naturaleza es portentosa…

”Yo de mí sé decir que no he podido permanecer mucho tiempo en el calabozo de un presidiario, porque doquiera advertía extrañas influencias que me oprimían el alma. Las paredes emanaban odio, rencor, del miserable camastro parecían desprenderse pensamientos coléricos; todo allí exhalaba un aliento de desesperación y perversidad, un vaho siniestro que infundía pavor… En cambio, ¡cuán suaves y dulces impresiones he sentido delante de la cuna de una niña! ¡Cuán puros pensamientos me han enaltecido el alma en la habitación de un hombre justo y amable! ¡Cuán sonrosadas ideas han ocupado mi imaginación en el encantador cuartito de una tierna doncella ignorante de las impurezas de la vida! Allí las colgaduras, las alfombras, el lecho inmaculado, las ventanas, las puertas y los muebles, me hablaban en un lenguaje inocente, sereno, dulce, retozón y ameno. Los pensamientos de la virgen parecían hondamente grabados en todos los objetos; las mismas flores del risueño balcón hablábanme, desde sus tiestos

rosados, de su amable dueña y revelábanme sus sueños, sus costumbres y su carácter con tanta o más elocuencia que ella misma me los hubiera podido explicar.

”En el laboratorio de un químico sentí, en ausencia de él, impresiones que me revelaron su carácter y sus gustos mejor que el practicante que me acompañaba. Respiré allí un ambiente de ciencia, de paz y de austeridad.

”En cambio, una vez penetré en el despacho de un abogado y, aunque me recibió con exquisita cortesía y me lisonjeó no poco, hablándome con afabilidad encantadora, en mis adentros yo sentía una repulsión invencible, un disgusto inexplicable… Cuando salí a la calle, sentime mejor, cual si me hubiera libertado de las emanaciones venenosas del manzanillo; pensé que ese hombre no era digno de mi amistad, que su cordialidad era hipócrita y que en algo perverso ocupaba su imaginación. Todos estos presentimientos más tarde se confirmaron, y entonces no dudé de que, como Maeterlinck afirma, nuestras almas, por encima de la conversación vulgar que sostienen y que no les preocupa en lo más mínimo, se entienden en un lenguaje sublime, y se comunican a través de la materia como aves que se rozan con la punta de las alas.

”Los fluidos que nos rodean nos sirven de medios de transmisión impalpables e invisibles, y así se explica el fenómeno de la simpatía y la antipatía espontáneas”.

—No hace mucho —dijo Gloria, levantándose de su cojín de florida retama—, leí en un autor americano, Mulford, observaciones muy curiosas acerca de la influencia de los fluidos sobre nuestra naturaleza anímica. Indicaba la conveniencia de cambiar de traje en las horas de comida, y recomendaba que, a ser posible, tuviésemos un vestido especial para cada una de nuestras ocupaciones, "porque —decía— nuestras ropas de trabajo están saturadas de fluidos que pueden ser muy perniciosos en el hogar".

—No sé si los fluidos de que habláis existen o no —dijo Hare, levantándose a su vez—; mas de mí sé decir que siento siempre una agradable impresión al cambiar de ropa. ¡Quién sabe si me he libertado de agentes muy perniciosos!

—A mi juicio —dije, disponiéndome como ellos a dejar aquel sitio encantador—, cambiar de ropa es higiénico en todos sentidos; pero mejor es despojarnos de la envoltura mental que cada uno de nosotros nos formamos con nuestras diarias preocupaciones. Además, he notado que, si la mente se fija con intensidad en una idea grosera, nuestra naturaleza íntima se pervierte. Es, pues, necesario despojarse de esas ideas, apartar de ellas nuestra imaginación, y procurar siempre mantener puro el santuario del alma. No a otra cosa se refería Moisés cuando manifestaba a los hebreos que Jehová, en la zarza ardiente del Horeb, le había indicado que se quitara las sandalias antes de aproximarse a Él, es decir, que se despojase de sus pasiones y de sus pensamientos groseros.

La noche descendía melancólica sobre el monte cuando regresamos al monasterio. Al día siguiente visitamos la famosa gruta donde, según la tradición, vivía como una bestia fray Garín, el monje pecador a quien Dios castigó quitándole el habla y reduciéndolo a la condición de los animales más salvajes; fuimos también a Collbató, a visitar las famosas cuevas a la fantástica luz de las antorchas y regresamos a Barcelona, cargados de estampas y reliquias de la sagrada montaña.

Dos días después, nos despedimos en la estación de Francia, ellos para regresar a Madrid y yo para dirigirme al Havre, de paso para Inglaterra a donde me había convidado *lord* Earle el año anterior para una excursión cinegética por sus dominios. Gloria se despidió de mí con visible emoción, no así Hare, que me tendió sencillamente la mano, y me dijo: "Hasta luego". El tren arrancó de la estación. Gloria asomó su encantadora cabeza por la ventanilla de su lujoso departamento, y agitó varias veces su pañuelo. El corazón se me crispaba dentro del pecho, como si presintiese que no nos volveríamos a ver más en esta vida… El tren desapareció en la primera curva de la vía. Permanecí un momento

pensativo entre el gentío que llenaba el andén, arreglé lo concerniente a mi equipaje, y media hora más tarde otro tren me llevaba, entre revueltos remolinos de humo, con rumbo a Francia, donde ya me esperaba impaciente mi buen amigo *lord* Earle.

III
EL ABISMO

Para marchar con paso firme en este mundo, para
precaverse de los desfallecimientos y las caídas,
es indispensable una convicción robusta,
una fe que nos levante
por encima del orden material.

Léon Denis, *Después de la muerte*

Cuatro meses hacía que gozaba de la hospitalidad de *lord* Earle cuando, cansado de las brumas inglesas, de las continuas cacerías y de la pesca con caña, decidí emprender el regreso a mi querida patria, a la tierra del sol y de la poesía, al jardín del profeta, cuyos encantos sólo pueden debidamente apreciarse bajo el eterno cielo gris de la soberbia Albión, o en las silenciosas e interminables estepas rusas. Mi noble huésped, muy a mi pesar, me detuvo unas cuantas semanas más, de manera que, por primera vez en mi vida, pasé la Navidad lejos de mi adorado sol de Andalucía. *Christmas Day!* Paralizada la vida comercial, interrumpido el tráfico diario y la misma circulación de tranvías, coches y automóviles

dificultada por la nieve que caía sin interrupción del cielo color pizarra en espesos remolinos, la gran ciudad parecía una vasta necrópolis sepultada en el silencio que, como un paño funeral, cae sobre las cosas muertas… La forma particular de los pórticos ingleses, la severa arquitectura de los edificios, y, más que todo, las coronas verdes que decoraban casi todas las ventanas, como es costumbre inmemorial de los sajones, contribuían a dar a la ciudad un fúnebre aspecto. En cambio, en el interior de las casas, todo era luz y alegría. La sala del palacio de mi huésped era un ascua de oro y el comedor podía compararse con una tacita de plata, de tal modo resplandecían los magníficos espejos y la regia vajilla, heridos por la luz de innumerables focos eléctricos. El indispensable árbol de Navidad, con sus brillantes adornos y sus preciosos juguetes, ocupaba el centro de la sala, y aún podían verse, en la monumental chimenea de mármol blanco, las huellas que Santa Claus había dejado en la ceniza del hogar al descender cargado de regalos para los buenos niños de ojos azules y cabellos blondos, que aguardan todos los años su visita… *Lord* Earle y su elegantísima esposa, que eran en su vida social la más severa representación de la etiqueta británica, hacían los honores de la casa. *Lady* Earle por su opulenta belleza, la blancura de su cutis, la frialdad de su semblante y la inalterabilidad

de sus facciones, parecía —para valerme de la vigorosa expresión del poeta— "un mármol habitado por una estrella".

Perdido en medio de la muchedumbre de convidados, mi corazón estaba muy lejos de aquel sitio; mi pensamiento revoloteaba, como una mariposa ebria de luz y armonía, por las rientes vegas andaluzas; el rumor del viento agitando los naranjos llegaba a mis oídos, y aún parecíame escuchar los murmurios del Darro y del Genil al pie del Generalife… ¡Oh, Granada! Preciosa como es tu Alhambra no vale lo que uno de tus pequeños cármenes lleno de perfumes, de risas y de luz, donde regocijados los amores tejen sus luminosas redes y donde los sueños besan aun la frente de los ancianos. En aquellos momentos, sin duda al compás de las guitarras y al repique de las castañuelas, danzaban los guapos mozos con las bellísimas muchachas, y los bravos y los olés resonaban por doquiera… Y al evocar estas escenas tan gratas del terruño, desvanecíase mi pensamiento en una oleada de perfumes, cintas, músicas y flores, en una visión tan real que no sin profundo disgusto y sobresalto volví, al llamado de mi honorable huésped, a aquel lujoso salón en que se había dado cita la flor y nata de la aristocracia londinense. *Lord* Earle deseaba que jugásemos una partida de *whist*. Todos sus esfuerzos por desvanecer mi creciente nostalgia fraca-

saron. Aquella misma noche quedó convenido que me dejaría partir para el Havre al día siguiente.

Partí, en efecto, y dos días después paseábame por los resplandecientes bulevares, admirando a las encantadoras parisienses, que con sus movimientos llenos de gracia y de vida me hicieron olvidar muy pronto a las esculturales, pero apáticas, inglesas. Compré en un quiosco *El Imparcial*, de Madrid, y tiritando de frío, a pesar de mi abrigo forrado de pieles de nutria y de mis guantes de gamuza, me refugié en mi hotel, donde, al amor de las estufas, en breve recuperé mi temperatura normal. Después de enterarme de la opinión española respecto al inopinado viaje del *kaiser* a Tánger, que había conmovido a toda Europa, leí temblando la siguiente noticia:

> La aristocracia madrileña está de duelo. La espantosa catástrofe del barranco del Guadarrama ha tenido un desenlace trágico. La joven esposa del distinguido *sportman* don Guillermo Hare, Gloria, la hermosísima hija de los condes Del Río, murió anoche, a pesar de todos los auxilios de la ciencia, representada por los médicos de mayor renombre de esta corte.
>
> Hay varias versiones respecto a la catástrofe, pero la más autorizada es la que damos a continuación. Parece que el auto del señor Hare, en el que paseaban la

> señora de nuestro infortunado amigo y las señoritas De Villamediana, caminaba a una inmoderada velocidad, a pesar de que ya era la hora del crepúsculo y los objetos principiaban a confundirse en la creciente oscuridad. El *chauffeur*, que pagó con la vida su imprudencia, no disminuyó la velocidad, a pesar de las órdenes de su señora. De improviso, en una revuelta muy violenta del camino, el automóvil se precipitó en el vacío y cayó en el fondo de la barranca, quedando materialmente deshecho entre las agudas peñas. El *chauffeur*, con la cabeza horriblemente destrozada, murió en el acto. La señora de Hare y las dos señoritas De Villamediana fueron recogidas, en lastimoso estado, dos horas más tarde por los vecinos del lugar que oyeron salir lastimosos gemidos de la oscura sima. El infortunado esposo acababa de dar en el ateneo una brillante conferencia sobre los progresos de la química, y agradecía las felicitaciones de sus amigos y admiradores cuando recibió la terrible noticia. Su semblante se demudó de una manera espantosa; toda su sangre afluyó a su corazón, y pareció que iba a sufrir un síncope. Sin embargo, con ese portentoso dominio que tiene sobre sus nervios y que revela su sangre anglosajona, el señor Hare se dirigió a su lujoso palacio de la Castellana, en donde se encontraba ya su infeliz esposa rodeada de sus padres y hermanos, que fueron los primeros en recibir la noticia. El señor Hare con una calma

aterradora dictó todas las disposiciones encaminadas a salvar a Gloria. Durante dos días luchó como un héroe por salvarla de las garras de la muerte. Como ayer, a las cinco de la tarde, recuperó el sentido, se creyó posible salvarla, y así lo hicimos constar con júbilo en nuestra edición de la noche. Gloria, sin embargo, desengañó a sus parientes. Se le ocultó la muerte del *chauffeur* y, cuando se le dijo que los médicos respondían de la salvación de las señoritas De Villamediana, dio gracias al cielo, porque les conservaba sus hijas a los ancianos condes. Se despidió de sus padres y de su esposo con una serenidad extraordinaria, asegurándoles que la muerte no era más que el tránsito a una vida mejor, y que ella velaría por ellos constantemente desde su nueva morada; hizo varias mandas de dinero para los pobres, consignó, entre otras cosas, la venta de sus alhajas para la creación de un hospital que sería sostenido con las rentas del capital que había aportado en dote a su marido, y sin que por un instante se desmintiese su asombrosa calma, acarició con su marchita mano la cabeza de su marido y, mirándolo profundamente, le dijo: "Amigo mío, no olvides que me juraste amarme por toda una eternidad. Piensa que, aunque invisible, mi alma no dejará de estar a tu lado. Confía siempre en Dios". Dicho lo cual, expiró.

Entonces Hare sintió todo el peso de su desgracia. La máscara de bronce que cubría su rostro se rompió.

Dos ríos de ardientes lágrimas surcaron sus mejillas, y mordía las sábanas del lecho para ahogar sus sollozos. De pronto, se levantó, y tambaleándose se dirigió al balcón, lo abrió e iba a lanzarse de cabeza a la calle, cuando su suegro lo contuvo abrazándolo estrechamente.

El entierro de la que fue la flor más preciosa del jardín madrileño se efectuará esta misma mañana, a las diez, en el cementerio de San Justo. La alcoba fúnebre, en la hora en que escribimos estas líneas, está materialmente atestada de coronas, testimonio elocuente de las simpatías de que disfrutaba la hermosa y caritativa dama.

¡Qué contraste! No hace seis meses, Gloria, en compañía de su feliz esposo, luciendo en la frente la corona y el velo de la desposada, descendía la escalinata de la regia mansión de sus padres para ocupar el carruaje que debía conducirlos al templo donde sus destinos iban a ser unidos para siempre… Hoy, al pie de la escalinata de su palacio de la Castellana, la espera otro carruaje…, un carruaje fúnebre, y la que fue el principal ornato de nuestros salones, descenderá a la mansión oscura de la que jamás se vuelve…

Una dolorosa sonrisa desfloró mis labios.

—He aquí, pues, el resumen de la dicha terrestre —murmuré, y una lágrima brotó de mis ojos—. ¡Oh, niña infeliz!, ¿qué hiciste para merecer tan cruel destino? Tu corta vida la empleaste sólo en hacer el bien;

tu paso por la tierra fue el vuelo de un ave… ¡Cuántos infelices llorarán su orfandad! Porque tú eras su providencia, su alegría… ¿Y Hare? ¡Qué golpe más terrible para él! No me asombra que haya intentado poner fin a sus días… Un materialista no podía obrar de otra manera. ¡El sueño eterno, la extinción, la nada!… ¿Quién inventó estas palabras? ¿Qué infeliz las introdujo en el lenguaje de los hombres? ¡Oh, si Hare participara de mis ideas! ¡Desgraciado y querido joven, yo te arrancaré de las garras de esa doctrina funesta y haré renacer en tu alma la bendita esperanza!

Abreviando mi estancia en París, al día siguiente partí para Madrid, por la vía de Hendaya, después de ponerle un cariñosísimo telegrama a mi pobre amigo.

En la estación me esperaba mi criado Francisco, a quien encargué de la conducción del equipaje, y sin cambiar de vestido, sin sacudirme, por decirlo así, ni el polvo del camino, ordené a mi cochero que me llevase a casa de Hare.

Un silencio sepulcral reinaba en aquella morada que antes era el verdadero palacio de la alegría. Atravesé el jardín con paso rápido y alcancé el vestíbulo. El viejo Antonio, el antiguo criado de los condes Del Río, a cuyo lado había crecido Gloria entre mimos y caricias, me salió al encuentro y, al verme, prorrumpió en sollozos.

—¡Qué desgracia, doctor Conrado, qué desgracia! —repetía juntando las manos y sacudiendo la cabeza encanecida por los años y las penas.

—¿Y Hare? —prorrumpí, lanzándome a la escalera.

—¡Oh, señor! Ahí está en su biblioteca, paseándose de arriba abajo como un sonámbulo, envuelto en su sobretodo gris, que hace cuatro días que no se arranca del cuerpo, pronunciando palabras incoherentes y con el puño amenazando al cielo. Después de una de estas crisis, se queda sentado en su sillón, inmóvil, con la vista en el suelo, como una estatua. Sus amigos en vano han intentado verle. Se ha refugiado en su dolor con una extraña tenacidad. Por último, se ha negado terminantemente a recibir a sus amigos más íntimos, a excepción de sus padres políticos, que ejercen sobre él una estrecha vigilancia, a fin de que en un arranque de desesperación no atente contra su vida.

—Es necesario que yo lo vea —dije.

—Venid, venid —contestó Antonio—; sólo vos podéis arrancarle de este desdichadísimo estado…

Eché a andar en pos del fiel servidor, que me condujo a la biblioteca.

—¿Os anuncio, señor? —me interrogó, encaminándose a la puerta.

—Es inútil —le contesté, poniendo en sus manos mi sombrero y mi sobretodo, y penetré en la estancia.

Hare estaba vuelto de espaldas, hundido en su sillón, con la cabeza entre las manos y los codos descansando sobre la hermosa mesa de nogal que le servía de escritorio. Las ventanas del salón estaban entornadas, como respetando el dolor de su dueño; sin embargo, a través de un resquicio se colaba un alegre rayo de Sol matinal que jugaba con los dorados cabellos del joven. Un profundo silencio reinaba en la estancia. La alfombra ahogaba el rumor de mis pasos. Me incliné sobre su hombro y vi que tenía apretado entre las manos un pequeño retrato de Gloria, de un parecido perfecto, cuyo marco, de oro macizo, al parecer, tenía incrustaciones de brillantes. La joven estaba en traje de baile. Los contornos ideales de su rostro habían sido dibujados con singular maestría; los ojos grandes y de una expresión muy dulce parecían animados por el gozo indefinible del amor correspondido; la cabellera abundosa y rizada servía de marco a su adorable rostro y algunos rizos jugueteaban graciosamente sobre su cuello de alabastro; su escote mostraba un seno que era un nido de rosas y jazmines; en sus labios florecía una sonrisa de felicidad. La imagen respiraba, por decirlo así; causaba la impresión de una persona viva.

Después de un instante de muda contemplación, hice un poco de ruido para que Hare notara mi presencia; mas, como él continuara absorto en su dolor,

le puse una mano en el hombro y lo llamé con ternura. Hare volvió el rostro, me miró y se arrojó en mis brazos sollozando. Abrí los míos para recibirlo y lo estreché entre ellos con el pecho palpitante.

—¡Oh, amigo mío! ¡Oh, amigo mío! —gimió el desdichado.

—Todo lo sé —respondí con voz alterada—, pero también sé que hay una Providencia que guarda misericordia sobre sus hijos y cuyos actos, a pesar de las engañosas apariencias que parecen acusarla de cruel y antojadiza, son el reflejo de su infinita bondad…

—¡No me habléis de la Providencia! ¡No me habléis de Dios! —exclamó el infeliz crispando los puños de cólera—. ¿Es acaso Dios esta estúpida fatalidad que pesa sobre todos los seres y que hiere al niño y al anciano, a la tierna doncella y a la amorosa madre, que juega con todos los corazones y se burla de nuestros ensueños de felicidad? ¡Un bandido hubiera tenido piedad de ese ángel que tantos bienes hizo en este mundo, de esa criatura celeste que era la providencia de los menesterosos! ¡No; Dios no existe; si existiera sería un infame!… ¡Ah, infeliz de mí; de la cumbre de la felicidad he caído en el abismo de la desesperación!… Porque, cuando creemos poseerla, la felicidad huye de nosotros como una brillante mariposa. ¡Eterna veleidad de la naturaleza que crea flores, niños, aves, diosas y luceros,

nada más que para tener el gozo estúpido o inmenso de destruirlos!

—Ayer no más, amigo mío —repuse—, erais feliz, en tanto que a vuestro lado millares de infelices eran víctimas de esa fatalidad que vos llamáis ciega y que yo tengo derecho de considerar de otra manera… Cruzabais sonriente sobre su infierno, sin escuchar sus preces, sus quejas o sus maldiciones… Hoy el dolor os ha herido, y por primera vez os dais cuenta de que vivimos en un mundo donde hay espinas que desgarran las carnes y desgracias que torturan el alma. Ésta no es la mansión de la felicidad, sino el valle de lágrimas de que hablaban los profetas de la antigua Salem. Y pues aquí todo se deprava, corrompe y desvanece, nosotros debemos conceder sólo un valor transitorio a las flores terrenales que, como hijas del fango, vuelven al fango, a pesar de su bellísima corola y su gratísimo perfume. En cambio, debemos fincar todas nuestras esperanzas en ese mundo invisible donde los espíritus moran y donde nada se corrompe. Gloria, al morir, os recomendó que tuvieseis confianza en Dios. ¿Por qué, pues, desesperáis, hombre de poca fe? ¡Vamos; salid de esa horrible pesadilla que os tortura el espíritu; alzad los ojos al cielo y humillaos ante el Todopoderoso, cuyos secretos designios somos incapaces de comprender! A los ojos del sabio, el hombre que llora ante un cadáver es tan insensato

como el que se lamenta ante un traje desgarrado o una mazmorra vacía… Para el hombre que ha penetrado el misterio de la vida, el cuerpo de una hermosa joven que desciende al sepulcro vale tanto como el guiñapo que descubre en un muladar el gancho de una trapera. "Muerto el César altanero —dice Shakespeare—, el polvo de su cuerpo, amasado con el lodo del camino, quizá sirva a un labriego para tapar la grieta de su choza por donde silba el viento helado de la noche". ¿A qué, pues, lamentarse por esta inmunda arcilla que está sujeta a corrupción como todo lo que procede de la tierra? ¡Qué triste idea os hubierais formado de Gloria si la hubierais considerado únicamente formada de huesos, nervios, músculos y piel! Ése era su traje, porque, ante todo, ella era espíritu, pensamiento, sentimiento, amor. No su carne, sino su espíritu fue lo que os amó en esta vida; su cuerpo yace en la sepultura; indagad dónde está el ave que moraba en esa jaula.

—¡Ay! —murmuró mi pobre amigo sollozando—, yo bien quisiera creeros, mas, cuando se apaga una vela, ¿a dónde va la llama? Cuando se extingue la postrera vibración de una campana, ¿a dónde va el sonido? Cuando cesa el corazón de latir, ¿a dónde va la consciencia? La llama va a la oscuridad, el sonido al silencio y la consciencia a la nada. En las losas sepulcrales, el sabio ve la misma inscripción que vio el Dante en la portada

del infierno: "¡Perded toda esperanza!". Perdida la esperanza, ¿qué me resta que hacer en este mundo en que todo es tinieblas y dolores?

—Ni la oscuridad, ni el silencio ni la nada existen —repuse—. Lo que es oscuridad para nuestros ojos materiales, es una aurora brillante para los espíritus libres; el silencio está poblado de rumores, y la *nada* es tan sólo una palabra sin sentido. Aunque fuese el espíritu nada más que una entidad transitoria resultante de las fuerzas cerebrales, no se perdería en absoluto al morir el cuerpo, porque nada de cuanto existe puede dejar de existir y la fuerza como la materia es indestructible. Por otra parte, ninguna combinación de fuerzas puede originar el fenómeno maravilloso de la consciencia, y esto creo ya habéroslo demostrado.

—Yo bien quisiera creeros —repitió el infeliz—; mas ¿cómo dudar de que somos muñecos de barro con que la naturaleza juega y se divierte hasta que se rompen? ¡Oh, amigo mío, Gloria era la luz de mis ojos, la alegría de mi corazón! Muerta ella, ¿qué queréis que yo haga? La muerte me reclama; cuando caiga en la fosa, ésta no recogerá sino un corazón marchito, tumba de mi felicidad, de mis ilusiones, de mis ensueños y de mis esperanzas.

Ante la grandeza del dolor de Hare, enmudecí, no encontrando razonamientos capaces de disipar las

sombras que envolvían su espíritu. Al despedirme de él, sin embargo, noté que se había animado un poco y que su frente aparecía menos encapotada. Me franqueó la puerta de la biblioteca, y, ¡cosa extraña!, me acompañó hasta la escalera, con grande asombro de Antonio, quien me aseguró que ni sus suegros, los señores condes Del Río, habían logrado que el joven abandonase su retiro.

Al día siguiente, volví a la carga, sin lograr conmover con mis razones el alcázar de diamante de su fe materialista. Su semblante me pareció más sombrío y apenas si contestaba a mis argumentos, notándose que lo hacía únicamente por delicadeza. Aprovechando un instante en que el conde Del Río procuraba distraerle, refiriéndose a asuntos de política que antes le preocupaban en sumo grado y que ahora no le hacían la menor mella, tomé un cuaderno que Hare había dejado abierto sobre su mesa y leí estos pensamientos, escritos, al parecer, la noche anterior:

> En este mundo donde no hay más que tinieblas y silencio, tan solo el hombre vela y padece. Empieza a comprender la vanidad de todo cuanto ha creído, de todo cuanto ha amado, la nada de la belleza, la ironía de la ciencia.
>
> (Soury)

Si algo vano hay en el mundo, es el nacimiento, la existencia y la muerte de los innumerables seres que vegetan en la superficie de nuestro planeta. Esta existencia que tiene por condición la lucha encarnizada de todos contra todos, la violencia o la astucia, parecerá a todos los seres conscientes un sueño siniestro, una alucinación dolorosa, en cuya comparación la nada sería un bien.

(El mismo)

La felicidad es una sombra; la vida, una decepción; nuestros deseos, lazos engañadores.

(Jouffroy)

La cumbre de la vida nos oculta su declive. De sus pendientes no conocéis más que una: la que subís. Es risueña, es hermosa, es perfumada como la primavera. No os es dado, como a nosotros, contemplar la otra con sus aspectos melancólicos, el pálido Sol que la ilumina y la helada ribera en que concluye. Si nosotros estamos tristes es porque la vemos.

(El mismo)

¡Todo es mentira, vanidad, locura!

(Espronceda)

No diré a la humanidad: ¡progresa!; le diré: ¡muere, pues ningún progreso te arrancará jamás de las miserias de la condición terrestre!

(Madame Ackermann)

Muchas otras citas leí de escritores materialistas, como Büchner, y de pesimistas, como Schopenhauer. Todas ellas destilaban veneno en el espíritu, insinuando la idea del suicidio. Dejé el cuaderno en su sitio y leí los títulos de los diversos volúmenes que estaban esparcidos sobre la mesa. La plana mayor del materialismo estaba allí representada por sus mejores obras. No necesité más para comprender la causa de la creciente desesperación de mi amigo. Tan *consoladora* compañía no podía menos de influir desastrosamente sobre su espíritu. Sus autores favoritos eran Haeckel, Büchner, Carl Vogt, Soury, Schopenhauer, Leopardi, etcétera. En sus libreros, a excepción de una obra del sabio Louis Figuier, hasta los grandes diccionarios y las geografías llevaban impreso el sello de esas fatales doctrinas.

La tarde del siguiente día me preparaba para dirigirme al ateneo a oír una conferencia del ilustre Labra, cuando entró Antonio en mi cuarto como un huracán.

—¿Qué pasa? —exclamé alarmado.

—En estos momentos, nada —contestó el fiel criado—; pero puede suceder algo terrible. De una manera furtiva, mi amo acaba de salir de casa, rumbo al cementerio de San Justo, al parecer.

—Pues vamos —grité, poniéndome el sombrero y enfundándome en el sobretodo a medida que bajábamos la escalera. En dos segundos nos precipitamos a la calle y nos metimos en un coche, el que nos condujo a todo el volar de los caballos a la sacramental de San Justo, el más moderno de los cementerios de Madrid, donde tenía la familia Del Río su espléndido panteón.

No intentaré describir esta fúnebre necrópolis, pues apenas pude darme cuenta de su aspecto general. Mi estado de ánimo no me permitía fijarme en los soberbios túmulos ni en las sencillas lápidas circundadas de flores. Todos los cementerios se parecen; en todos hay melancólicos cipreses, coronas de flores marchitas, tumbas descuidadas, fosas recién abiertas, cruces por tierra, mármoles y bronces, lámparas y floreros, juguetes de niños malogrados, bustos, retratos, etcétera. Sólo diré que el silencio augusto que allí reina, la soledad y la paz —sólo interrumpida por la conversación indiferente de los sepultureros que piensan en la taberna y sueñan con los naipes y las botellas al tiempo que su azadón choca, al abrir una olvidada fosa, con el cráneo de algún infeliz que quizá vivió y soñó como ellos—, el aspecto de los túmulos, las inscripciones y, más que todo, la presencia indefinible de la muerte, tonifican el alma y convidan a reflexionar sobre la vanidad de las cosas y la inconstancia de la vida…

—Allí, señor, allí; miradle —dijo de pronto Antonio, tendiendo el brazo y señalándome a Hare, que pasó por detrás de la avenida principal con paso firme, el aspecto severo, la levita cruzada sobre el pecho y un ramo de rosas blancas en la mano—. ¿Veis como no me equivocaba? —añadió.

—Silencio —le dije, llevándome el índice a los labios, y echamos a andar en pos de él.

Hare siguió la calle de cipreses, volteó a la derecha y se detuvo ante un hermoso mausoleo de mármol blanco; pronunció unas cuantas palabras ininteligibles, depositó el ramo en la losa que cubría la entrada del sepulcro, con el aire de quien se desposa con la muerte; deshojó unas cuantas flores con sus dedos trémulos y esparció los pétalos por el suelo; luego, apoyó un brazo en una columna de las cuatro que, unidas por gruesas cadenas, guardaban el fastuoso monumento, y se puso a reflexionar con el sombrero en la mano. El viento

fresco de la tarde mecía sus cabellos; su noble frente se inclinaba a tierra. De pronto, pareció volver en sí; murmuró algunas palabras que nosotros no alcanzamos a oír, se desabrochó rápidamente la levita y vimos brillar entre sus manos algo así como el cañón de una pistola. Entonces, dando un salto prodigioso, lo así del brazo; Antonio, llorando como un niño, le arrancó el arma de la mano, y él quedose trémulo, con los ojos extraviados y la respiración fatigosa.

—Dejadme, amigos míos… —dijo al fin, recobrando la serenidad.

—Guillermo Hare —exclamé con acento solemne—, hemos llegado a tiempo de evitar un crimen. Sí, un crimen —repetí con energía—, pues nos está vedado atentar contra nuestra vida. ¿Por qué desesperar? —continué con dulzura, mientras lo mantenía estrechamente abrazado—. Gloria vive; Gloria quizá nos escucha; Gloria en estos momentos es muy posible que esté a nuestro lado. Si pudierais verla, la veríais espantada del acto indigno que ibais a cometer…

—¡Gloria ha muerto! —sollozó Hare—, bien lo sé. Hace seis días que lucho conmigo mismo; he tratado de vivir, y ya lo veis, no me es posible continuar en este mundo miserable. ¿Qué tiene de extraño que un hombre ponga fin a sus días? ¿Qué debe interesar esto a los demás? ¿Nuestra esclavitud llega hasta el extremo

de tener que pedir permiso al vecino para disponer de nuestra propia vida? ¿Sabéis lo que es una pérdida como la que yo he sufrido y sufro todavía? La vida sólo tiene una cosa dulce: el amor. Si éste falta, nuestra existencia se convierte en un erial por donde las ilusiones pasan como las aves: sin encontrar una rama sobre que posarse. Muerta la mujer amada, la mujer que para nosotros era todo el universo, es ilógico continuar existiendo. Gloria era para mí una fuente de vida y de ventura; en ella cifré mis sueños; se ha secado el manantial, Gloria no existe; luego es forzoso que yo me mate.

—No —repliqué con energía—; es necesario vivir; es preciso que abráis los ojos a la verdad y que vuestra alma se acrisole en la desgracia. Solemnemente os declaro ante estas losas, bajo la limpia bóveda del cielo, en medio de este augusto silencio poblado de imperceptibles rumores, de suspiros y acentos de adoración que no escuchamos, y en presencia de vuestro profundo dolor, que Gloria no ha muerto, sino que ha pasado a un plano superior de la vida espiritual. La vida no es una historia contada por un idiota con roncas y estentóreas voces, como dice Macbeth en la inmortal tragedia shakesperiana, sino un poema sublime en que cada estrofa es una invocación a la dicha, un himno a la esperanza. Las consecuencias terribles de las doctrinas materialistas las estáis palpando ahora… Vuestro espíritu contur-

bado vaga en estos momentos por las tenebrosas orillas del Aqueronte del fatalismo. ¡Vivir!, ¿y para qué en un mundo de sensaciones y apariencias, de luchas egoístas y de eterno engaño, en una charca nauseabunda donde el fango sube a los labios y anega el entendimiento? Mas no es ése el mundo en que vivimos ni es ése el porvenir que nos espera. Oíd a Maeterlinck que dice: "Es necesario vivir, oh, vosotros que atravesáis días y años sin acciones, sin pensamientos, sin luz, porque nuestra vida, a pesar de todo, es incomprensible y divina". Y escuchad a Baudelaire, que exclama: "¡No estar conformes, éste es el mayor crimen!". Diógenes, saliendo de su tonel, oyó un día lamentarse a un filósofo en un tono que hubiera envidiado Jeremías, y exclamó: "En verdad, atenienses, tiene razón este hombre. La vida es mala…, cuando es mala". Cuenta Víctor Hugo que un obrero, contemplando a su esposa enferma, a sus hijos sin ropas en medio de lo más crudo del invierno, su habitación desmantelada y sin carbón el hogar, exclamó: "¡No creo en Dios!". Mas he aquí que en esto entró un buen sacerdote, puso unos panes sobre la mesa, dio ropa a los niños y dijo al obrero: "Aquí tienes, hermano mío, para comprar medicinas, pan, carbón, vestidos y cuanto necesites. Yo te procuraré trabajo. El invierno es muy crudo y es preciso que te arropes y que te alimentes bien. Ahora, hablemos de Dios". El obrero

entonces exclamó: "¡Ya creo en Él!". Si alguien bajara, como Hércules, a los reinos tenebrosos y os restituyera a vuestra amada Gloria, ¿creerías en Dios, amigo mío?

—¡Sí! —afirmó Hare irguiendo la cabeza—: ¡creería en Él!

—Pues bien, ese milagro lo va a hacer el espiritismo, Hércules que descenderá al orco y volverá con la reina de vuestro corazón.

Hablando así, salimos del cementerio. El viejo Antonio de vez en cuando arrojaba inquietas miradas sobre Hare, temiendo que éste volviera a su funesta resolución. Pero el semblante de mi amigo permanecía sereno; ninguno habría dicho que entre nosotros caminaba un hombre a quien acabábamos de arrancar de las garras de la muerte. Aquella calma asustábame más que una tempestad, pues presentía un espantoso estallido. Sin embargo, aquella vez, no acerté en mis conjeturas. Hare desde entonces cambió radicalmente. Delante de la tumba de su amada, empeñaron las dos teorías opuestas un combate desesperado. Fue el postrer esfuerzo del materialismo. Aquella hermosa inteligencia quedó libre de sus sombras y el titán vencido huyó, como Luzbel, a refugiarse en su lóbrega mansión.

IV
DE LA BONDAD DIVINA

Hay una fuerza moral, justa, que mide
en todas partes con equidad el merecimiento.
Cada espíritu ha de ganar su reino
y fabricar su trono si quiere entrar en el paraíso.

Marietta, *Páginas de ultratumba*, "Introducción"

Escribo para los que lloran; para los tránsfugas de las religiones; para los que, sumidos en las turbias aguas del Aqueronte de la desesperada escuela materialista, no ven más que sombras en la vida. Y escribo también para el soberbio y el hipócrita; para los que desdeñan a sus hermanos y se entregan a la perezosa existencia del sibarita, olvidando que hay quienes duermen a la lumbre de los astros y serían dichosos con la posesión de una cabaña.

Para todos vosotros escribo, hermanos míos, felices o desgraciados; para todos mi corazón exhala amor.

Hay un paraíso: la inocencia, y una sola consigna: el bien. Sabedlo, hermanos míos: para entrar en la

mansión divina es necesario conocer la palabra mágica que os abrirá el sésamo de la dicha. Esta palabra es…, no lo olvidéis, hermanos míos, es… amor.

El mundo en que vivimos es una prisión sombría para el desgraciado: es menester iluminarla, cubrirla de flores, embalsamarla, dorar sus rejas y cerrojos; hacerla, en fin, amable, dulce al corazón.

Sufrís porque aún no ha llegado la hora de la consciencia; porque crímenes y vicios, roedores de la viña del Señor, devoran vuestras cosechas, talan vuestros campos.

Cuando la desgracia os hiere, dudáis de la bondad de Dios, sin pensar en los motivos que os han conducido a la desesperación; sin ver en ella la natural consecuencia de vuestros desaciertos, extravíos o ruindades. Sabed que Dios no tiene parte en los males que nos afligen de continuo y que de ellos sólo nosotros somos responsables.

Para aclarar este concepto, os llevaré a un sitio donde conversan varios estudiantes de filosofía. El cuadro que se ofrece a vuestra vista es altamente desconsolador. En un zaquizamí desmantelado, cinco jóvenes, pobremente vestidos, rodean una mesa de pino coja y carcomida por el tiempo, en la que se ven hasta seis botellas de cerveza.

Uno de ellos exclama:

—¡Triste situación la nuestra! Esto es todo cuanto poseemos. El invierno es crudo y nuestros abrigos están en casa del prestamista. ¡Y hay quien asegure que la vida es buena!

Otro estudiante:

—Si Dios hizo el mundo, debió verlo en el fondo de una botella de cerveza.

—He de decir como aquel sencillísimo africano: “Si la divina Providencia trata así a los que la aman, le suplico encarecidamente que no se acuerde de mí”.

—¡Dios! Dios es un ignorante. No sabía lo que Kepler ni Laplace; afirmaba que la Tierra era plana y el firmamento de cristal; creó al Diablo, para que le robase el imperio de las almas; se divertía paseándose por un huerto llamado paraíso, donde la serpiente le echó a perder la mejor de sus obras; era un imbécil y creo que no se ha reformado todavía. ¡Abajo el universo!

—Kant era un jumento cuando afirmaba que Dios es un ser eminentemente lógico. Tiene millones el que no trabaja; goza de envidiable felicidad quien no la merece; la ignorancia ensoberbecida gasta coche y discute en las cámaras y la sabiduría anda descalza y mendicante. ¿Dónde está la lógica?

—Saturno tiene nueve lunas y dos anillos que a Neptuno, por razón de su lejanía del Sol, le hacen más falta. Dios es un asno.

—Entre todos nosotros no sumamos un franco y Rockefeller sólo dispone de centenares de millones.

Heliogábalo se hacía servir viandas valiosísimas en platos de oro con incrustaciones de brillantes, y Diógenes no tenía más que su tonel. Buckingham sacudía su capa y llovían perlas; Cincinato comía en una escudilla de barro. El negro Zamora vestía de mariscal y se hartaba de confituras, en tanto que Rousseau vivía escribiendo música. Los perros de las favoritas de Luis XIV y de Luis XV eran más felices que Homero, que estaba ciego y pedía limosna. Dios es la injusticia.

—Yo digo como Proudhon: "¡Dios es el mal!".

—¡Alto ahí! —interrumpió en esto uno de los estudiantes—. Discurrís como bestias. Dios no es culpable de los yerros ni de la mala fe de las gentes. Nos quejamos de que nos falta pan e in…vertimos nuestro dinero en cerveza. ¿Es esto lógico? Roberto no tiene abrigo, porque su querida tiene una boca muy grande y unos dientes muy agudos. Raymundo no tiene reloj, pero en su casa no falta ajenjo. Julián empeñó la sortija de su madre, pero fue al teatro con Rosaura. Y así todos nosotros. ¿Qué tiene de particular que hoy nos encontremos en la miseria? La vida es eminentemente lógica… Nosotros somos los que la vemos en el fondo de una botella de cerveza… Venid acá, empedernidos filósofos y decidme: ¿qué harías si Dios os pasara la sola cuenta de la luz de que gozáis gratuitamente desde que venisteis al mundo? ¿Podría Rockefeller pagar con su

fortuna, sumada a la de Vanderbilt y a la de Rothschild, la energía solar de que cada uno de ellos ha disfrutado durante el transcurso de treinta años? Y no os hablo de los metros cúbicos de aire que han respirado, ni de todo aquello de que gozan por la gracia del Creador… ¿Creeréis que son mejores que Dios el capitalista que os estruja, el casero que os echa de su casa si no pagáis el alquiler, el fabricante que os vende productos envenenados, el negrero que negocia con vuestra sangre, el Estado que os muele a contribuciones, el político que os engaña y la mujer que os explota? He aquí que las compañías de gas nos quitan un ojo de la cara por esa luz tan débil que no alcanza a iluminar esta habitación y nos daña la vista, y, en cambio, el Señor nos regala esa claridad incomparable que embellece el espacio, ese Sol inmenso, millones de veces mayor que el mezquino globo que ilumina, calienta y vivifica con sus rayos. Y en cambio de esa lumbre, de esa aurora sonriente, de esa poética Luna, de ese estrellado cielo, de la tierra coronada de flores y de verdura, de la atmósfera respirable y de todo cuanto disfrutamos por su benevolencia, ¿qué nos pide el Señor y no nos exige? Que seamos virtuosos, que procuremos hacernos dignos de sus prodigalidades, y que nos protejamos mutuamente a fin de ser felices sobre la tierra. Y recapacitad, señores, que no nos pide nada que no esté a nuestro alcance, pues su

providencia nos ha puesto en las manos los elementos indispensables para nuestra edificación y grandeza. Es más: nada nos pide para Él, ni aun el reconocimiento de su amor. Si nos ruega que seamos mejores es porque en nuestro interés está el serlo.

”Cuando Dios creó el mundo, a todos nos hizo iguales. Las desigualdades que hoy vemos son hijas de nosotros mismos. Él a nadie enriqueció más que a otro; la tierra era de todos y los hombres de aquella feliz edad vivían en santa comunidad, sin que alteraran su natural sosiego las disputas de esto es ‘tuyo’ y esto es ‘mío’. Pero el hombre estableció fronteras, desfiguró con líneas geométricas la superficie de la virgen tierra, levantó diques, estableció linderos, puso un valor a las cosas, que no lo tenían, porque todo era de todos, dictó leyes prohibitivas, y ya que no podía amojonar los océanos del aire y del agua ni repartirse las facultades morales o intelectuales, sí procuró diferenciarse de sus hermanos, hizo de su compañera una sierva, rigió despóticamente la familia, arrojó los niños raquíticos desde lo alto del Taigeto, guerreó con los pueblos vecinos; armado de su lanza de punta de sílice y de su hacha de piedra fue a la gruta de su semejante, le arrancó la vida y se llevó a su mujer… Y hubo ricos y pobres, verdugos y víctimas, señores y esclavos, felices y desgraciados. Y entonces se oyó por vez primera la

palabra ‘robo’, que nuestros sencillos padres no habían conocido, y hubo crímenes, guerras, tribunales de justicia, fraudes, incendios, calabozos, cadalsos, ergástulas, estrapadas, y llovió todo género de calamidades sobre la humanidad dividida. Considerad que todos los males son hijos de la incultura e insensatez de las gentes. ¿A qué culpar a Dios? Y para que veáis que Él en todo pensó y a cada mal dio su remedio, recordad que infundió en todos nosotros anhelos divinos que labrarán nuestra futura dicha. El Redentor anunciado vendrá, se llama Amor, y, cuando aliente en el corazón de todos los hombres, este mundo, hoy manchado por todo género de iniquidades, será un paraíso más bello que el fabuloso edén. Desconoceremos las ventajas de la bala cónica sobre la cilíndrica, nos ruborizará la vista de un cadalso, y la Paz, diosa fecunda, como dice Víctor Hugo, se sentará majestuosamente entre los hombres”.

Así habló el estudiante y sus compañeros celebraron muchísimo el buen sentido de sus palabras. Atended, pues, vosotros a las razones expuestas y no culpéis a Dios de vuestros yerros y desgracias, los que reconocen por única causa la perversidad de las gentes, o la vuestra propia. Sed mejores, sed compasivos, sed tolerantes y serviciales, y os aseguro que el mundo, prisma multicolor, será desde entonces para vosotros clarísima lente de sinceridad y belleza. *Cada cual considera a los demás por*

sí mismo: el hipócrita ve sombras, lazos y engaños por doquiera; el criminal, sangre, fraudes y persecuciones; el irascible, ojos coléricos y dientes apretados. Es necesario que seáis mejores, para que viendo al mundo con el cristal de vuestra consciencia desempañado y puro, lo consideréis más digno de vuestros humanitarios esfuerzos.

Convengo en que nuestra actual existencia adolece de innúmeros defectos; los hombres de esta edad están empeñados en luchas egoístas que desdoran sus facultades e inutilizan sus energías; no nos hemos despojado aún de la corteza de barbarie de los tiempos antiguos; cuando se cae el barniz de la civilización, aparece el viejo señor de horca y cuchilla…; Saint-Simon habla de unas duquesas que, habiéndose disputado el puesto de honor en una conferencia pública, se injuriaron, se empujaron con el codo y al fin "sacaron las uñas".

Hippolyte Taine dice:

> Se sabe el número infinito de disputas, de negociaciones, de tratados en regla que produjeron las cuestiones de "taburete". Presentar la camisa al rey y a los príncipes, obtener el candelero, tener el derecho de constiparse en los coches reales y de ahogarse en un entresuelo de Marly: tales son los graves intereses que absorben la fuerza y el pensamiento de los hombres más capaces y que, según el resultado, los transportan de júbilo o los sumen en la mayor desesperación.

Sabed, hombres, que nosotros somos reyes, emperadores y pontífices de nosotros mismos; que el conde que pasa es un rey y que rey lo es igualmente y digno de que se le tenga el candelero y de que se le presente la camisa, el vagabundo gitano que duerme bajo los puentes y vocifera en los mercados públicos. Todas esas cosas envilecen a la humanidad, y no vale más Inglaterra enamorada del hacha de Cromwell que Francia rendida, como D'Aiguillon borracho, a los pies de la Montespan o de la Du Barry desnudas.

Es necesario ser mansos de corazón, pero no hipócritas. "El hombre virtuoso al caer bajo los golpes de los malvados —dice Krishna—, debe hacerlo como el sándalo, que perfuma el hacha que lo derriba". "Besad la mano que os hiere", dice también la moral de Cristo. Mas ni uno ni otro predicaron que ensalzáramos a los poderosos, que nos rindiéramos serviles ante quien nos ultrajara: o que lisonjeáramos los oídos del tirano y del verdugo. Perdonad las ofensas, sí, pero no las aplaudáis.

No imitéis al corso en sus pasiones. El rencor y la venganza son los peores males que pueden llover sobre la tierra. Cuando un corso muere asesinado, todos sus deudos, al pasar por el sitio del crimen, arrojan una pie-

dra, y así se forma un montículo que, imagen viva del rencor, crece y crece hasta que la víctima es vengada. Mas nunca este rencor se extingue, porque una víctima trae consigo muchas más. Las familias se arman unas contra otras, aspilleran y fortifican sus casas y en ocasiones verifícanse verdaderas batallas campales. "Las heridas del odio sólo con el amor se curan y no con nuevos odios", dice el poeta.

Penetraos bien de estas verdades y atribuid los males que pesan sobre vosotros a la falta del amor.

Fijaos en las consecuencias de la doctrina materialista.

Acabamos de ver a un hombre de clarísimo entendimiento, grande por sus virtudes, sabio por su ciencia e ilustre en todos sentidos, precipitarse al abismo del suicidio a cuyo borde llegó empujado por el ateísmo del siglo y sus apóstoles. La muerte de la mujer amada le sumió en un profundo dolor, y no viendo ya más que sombras en su vida, determinó destruirla. Si en su espíritu hubiera alentado una filosofía distinta, posiblemente habría dicho, como el cristiano, lleno de mansedumbre y resignación: "Hágase, Señor, tu voluntad". Yo creo que esta vida merece ser vivida, mientras haya un corazón generoso, una consciencia pura, un alma llena de amor, y mientras en nuestra naturaleza exista una fuerte tendencia al bien.

Escuchad lo que dice Léon Denis:

> Se juzga sobre todo una doctrina filosófica por sus consecuencias morales, por los efectos que produce en la vida social. Consideradas bajo este aspecto, las teorías materialistas, cimentadas en el fatalismo, son incapaces de servir de móvil a la vida moral ni de sanción a las leyes de la consciencia. La idea enteramente mecánica que dan al mundo y a la vida, destruye la noción de libertad y, por consiguiente, la de responsabilidad. Hacen de la lucha por la existencia una ley ciega, inexorable, en la cual los débiles deben sucumbir a los golpes de los fuertes; una ley que destierra para siempre del planeta el reinado de la paz, de la solidaridad y de la fraternidad humanas.

Sin libre albedrío no hay responsabilidad. "Las acciones del hombre —dice Balmes— serían emanación de causas necesarias residentes en su interior y no merecería por ellas más vituperio o alabanza que por un dolor, una enfermedad, una infección cualquiera de su organización, que no ha podido remediar ni prevenir".

Para los materialistas somos víctimas de leyes fatales y necesarias. Nuestro pensamiento se dirige al bien o al mal como la piedra al centro de la Tierra o la aguja imantada al norte. El criminal obedece a su organismo y

su voluntad es nula. Un miserable mata, incendia, roba o tala, de la misma manera que la pólvora se inflama y que un lienzo de muralla se derrumba. Una mano nos abofetea, como una rama de árbol, movida por el viento, nos hiere; ni podemos exigir más responsabilidad al hombre que nos pega que al jumento que nos muele a coces o a la teja que cae y nos fractura el cráneo. Obedecemos a los vicios de nuestra flaca organización; un nervio que se movió en tal sentido determinó un crimen, una célula que no llegó con presteza a cubrir un sitio determinado en una glándula, impidió la previsión de un delito, una fibra que se partió a destiempo trastornó a un juez y le hizo fallar *contra derecho*… ¿No diríamos mejor que una mano corruptora deslizó una letra de cambio o un billete de banco en su bolsillo y le hizo fallar *contra conciencia*? Esclavos de la materia, nuestro mundo es una mazmorra mefítica y helada cuya llave perdió la naturaleza el día en que nos creó. Nosotros, prisioneros, somos también calabozos ambulantes de otros seres. ¡Horror; somos sepulcros y cunas, víctimas y verdugos, presidiarios y carceleros!

La teoría materialista de un sólo golpe destruye toda la legislación penal que, como es sabido, descansa sobre la responsabilidad humana. Un hombre roba: hay que dejarlo en libertad, obedece a su organismo. Culpad a una zarza porque tiene espinas o a una serpiente porque tiene veneno en las encías. Otro hombre asesina: la sociedad no debe privarlo del goce de sus derechos, porque obedeció a un conjunto de causas necesarias. ¡Legislad, si no, contra el fósforo porque se inflama, contra el petróleo porque arde, contra el láudano porque envenena y contra el fuego porque quema! Condenad a prisión a un asno, enviad un alguacil a un hipopótamo y al colegio correccional a una jirafa. ¿Os reís? Pues éstas son las consecuencias que lógicamente se desprenden de las teorías materialistas.

Nosotros no sostenemos que el hombre es completamente libre. Por eso hablamos de tolerancia, de compasión, de dulzura y misericordia infinitas. Establecemos grados en la responsabilidad, clasificamos la culpa; distinguimos entre el ignorante malhechor y el malvado erudito y consciente. El hombre no es libre en el sentido absoluto de la palabra; está condenado por sus propios defectos a *cadena temporal*. Un delito es tanto más grave cuanto más ilustrada e inteligente es la persona que lo comete. El idiota no delinque, porque ignora que hace mal. Es decir, las leyes castigan la intención, no el hecho. Una persona examina en su casa una pistola, ésta se dispara en el momento en que se abre una puerta, y otra persona recibe el proyectil en el pecho; la justicia no puede condenar a nadie, porque no hubo un matador consciente. Es indudable que el

criminal entre más inteligente es más responsable, por lo tanto, la responsabilidad está en razón directa de la inteligencia del individuo. Los ignorantes y obtusos obedecen servilmente a su defectuosa organización; las pasiones hablan en ellos con más fuerza que en los otros; su voluntad es casi nula y no son capaces de dominar sus impulsos.

En cambio, los hombres de inteligencia despejada se sirven de su voluntad como de un freno poderoso para dominar sus pasiones; sus nervios se contraen a impulsos de la ira, las manos se levantan para golpear, pero, de pronto, la razón, un momento destronada, reaparece, una sonrisa de lástima o desprecio se dibuja en sus labios y las manos descienden sin herir. La voluntad ha triunfado. Podemos comparar el alma más o menos culta y moderada a un jinete hábil y vigoroso o torpe y raquítico, y el organismo a un potro salvaje, indómito y furioso. Difícil es gobernar esta materia viva que corcova, salta y bota y en vertiginosas carreras se arrebata. Es necesaria una mano firmísima, una resistencia portentosa y la habilidad de un consumado jinete para no perder los estribos. Los nervios, que son nuestros servidores, también son nuestros enemigos. El sistema del gran simpático parece un pulpo armado de miríadas de ventosas. Asido a la columna vertebral como el cefalópodo a la roca, envuelve al alma en la red de sus

finísimos tentáculos, la encadena a la tierra; cada nervio silba y muerde como una serpiente; por medio de todos ellos el organismo entero pesa sobre la razón vacilante y confundida que se entrega por último, tras breve o larga resistencia, al animal hambriento de goces. El nervio se ha apoderado de la idea; el alma palpitante y vencida yace entre la urdimbre del gran simpático, como un pez entre las mallas de la red o como Eva inexperta en brazos de Satán. Mas ¡ay del organismo cuando encuentran un jinete vigoroso y hábil! ¡Ay de las pasiones cuando tienen freno! La bestia pugna por derribarle, pero por último fatigada, sin aliento, se humilla a su vencedor y dócil sigue las indicaciones del alma. El que abusa de su naturaleza se parece al torpísimo jinete que afloja la brida al fogoso caballo y sin tregua lo espolea hasta que el animal en su veloz carrera lo despida a tierra, o hasta que, fatigado y moribundo, caiga, con las entrañas deshechas, en medio del camino.

El círculo de nuestra acción se ensancha a medida que nuestra alma se instruye y nuestra voluntad se vigoriza. La libertad del individuo está en razón directa de su ilustración, inteligencia y voluntad. Cultivad esas tres facultades y energías y os sentiréis más libres. Si, por lo contrario, os entregáis a las pasiones, veréis cada vez más estrecharse vuestro círculo de acción, sentiréis acortarse la cadena y aplastaros contra el muro espeso, un garfio de

hierro surgirá de la sombra, se enroscará a la manera de una serpiente a vuestro cuello y os ligará aún más a la materia. Más libre es el ave que vuela que el reptil que se arrastra. Esto no es una metáfora sino una innegable realidad.

La voluntad es una fuerza divina, aprovechadla para vuestra liberación. El ignorante es una gran fuerza latente, ponedla en movimiento por medio de la ciencia. Una inteligencia virgen, en bruto, cubierta de malezas como una selva tropical, me hace el efecto de una caída de agua no aprovechada por la industria. Una mente prodigiosa ocupada en intrigas palaciegas, o en disputar, como Napoleón, por un calcetín, me parece un niágara empeñado, ¡oh, puerilidad de los colosos!, en mover un ligero molinete.

Decís que no sois felices y que envidiáis la inconsciencia del idiota. Atribuís a la razón vuestros dolores y creéis que la dicha está en la estupidez. Yo os probaré cuán errados estáis. ¿Es dichoso el idiota? "Sí", respondéis. ¿Por qué? "Porque no razona". ¿Se da cuenta de esa dicha? "No". Luego no es dichoso, porque no tiene consciencia de su felicidad.

Os engañáis también si creéis que la riqueza es gran auxiliar de la dicha. Os relataré un apólogo de un filósofo árabe:

Un príncipe poderoso, cuyo nombre no hace al caso, padecía de esa enfermedad del espíritu que los médicos llaman melancolía. Llamó a los sabios más eminentes, ninguno logró curarle; recurrió a los magos, y no obtuvo mejor resultado. Entonces consultó a una vieja bruja, la cual, después de un detenido examen, le dijo:

—Vuestra enfermedad, señor, es la melancolía, y sólo una cosa hay que la cure: la camisa de la felicidad. Encontradla y ponéosla: curaréis al momento. El mortal que la lleva es el único dichoso en este valle de lágrimas.

Nuestro príncipe se despidió de la vieja y se puso a recorrer sus estados. Imposible sería deciros el número de camisas que se probó; básteos saber que se puso las de casi todos sus súbditos. Ninguno era feliz; la anhelada camisa no parecía. Mas he aquí que una vez, estando de caza, vio, entre un matorral, a un hombre que dormía con un sueño profundo y plácido. Se le veía la piel a través de los incontables agujeros de su traje, no llevaba zapatos ni sombrero y observábanse a su alrededor los restos de una frugal comida. El príncipe consideró al hombre, lo despertó y, fiel a su manía, preguntole:

—¿Eres feliz?

—Sí, señor.

—¿Absolutamente feliz?

—Jamás he conocido una tristeza ni un dolor.

—¿No deseas nada?

—Todo es mío: el aire, la luz, los campos, las frutas de los árboles; duermo en los matorrales y tengo un palo para defenderme de los perros, y hasta en reñir con ellos encuentro deleite —respondió el vagabundo.

El príncipe llamó a su gente:

—¡Quitadle la camisa! —gritó con voz de trueno.

Apresuráronse todos a obedecerle. Mas, ¡oh, decepción!, aquel vagabundo, único ser que se consideraba dichoso…, ¡no tenía camisa!

"¿Dónde está, pues, la felicidad? ¿No existe?", preguntaréis vosotros. Mas yo os digo que sí existe y que se encuentra en el seno de la *conformidad*.

Todo es armonía en la creación. Nada existe en la naturaleza que sea inútil. Una cosa es buena porque existe; esto es, el solo hecho de existir nos demuestra su bondad.

Generalmente, nosotros consideramos las cosas por sus relaciones con nosotros y no con el todo. Así decimos: "esto es bueno" o "aquello es malo", no porque en realidad lo sean, sino porque en sus relaciones con nosotros así se manifiestan. Decimos, por ejemplo: "Las aves canoras son buenas, porque nos deleitan con sus dulces arpegios". En cambio, para el gusanillo de los campos, el ruiseñor, la alondra, el jilguero y otros trovadores de la selva, son ogros insaciables, más horribles que los que turban el sueño de los niños. De esto se deduce que *no debemos considerar la bondad de las cosas por sus relaciones con nosotros, sino con el todo.*

Siendo todo lo existente bueno, los elementos que constituyen nuestra vida deben ser buenos y bueno el objeto de ella. ¿Cuál es este objeto? Vamos a verlo.

Nosotros, seres dotados de espíritu y materia, realizamos dos clases de funciones, unas que corresponden a la vida intelectual y otras que atañen a la vida vegetativa. Las primeras tienden a embellecernos y elevarnos espiritualmente; las segundas, a conservar el organismo. Ciertos órganos tienen por objeto la conservación del individuo, y otros, la conservación de la especie. Si sentamos como principio que la razón de la existencia de una cosa no puede radicar en la existencia de la cosa misma, forzosamente debemos admitir o que la vida no tiene objeto o que éste no se finca, como hemos dicho, en la existencia misma de las cosas. Si el objeto de nuestra vida fuera únicamente existir, este objeto estaría cumplido, y no se comprendería que continuásemos existiendo, porque la lógica pide que una cosa concluya una vez agotada la razón de su existencia. Veamos ahora el fin que nuestra existencia presupone.

¿Cuál es la parte más noble del individuo? "La inteligencia". El fin, ¿debe estar en lo inferior o en lo superior? "En lo superior". Luego está en la inteligencia.

Ahora bien, ¿ésta es perfecta? "No". ¿Pero es susceptible de perfeccionamiento? "Sí". Luego, el objeto de nuestra vida es alcanzar la perfección de que somos capaces. Esta perfección no es posible conquistarla en los breves años que tenemos de vida en este mundo. ¿Es lógico, pues, que perezcamos sin haber llenado el objeto de nuestra existencia? "No". Luego, nuestro principio pensante sobrevive a la destrucción del organismo, y continúa desenvolviéndose más allá de la tumba.

Se puede argüir que el objeto de nuestra vida es posible que sea no la existencia misma, lo que sería absurdo, sino gozar de todas aquellas cosas que se nos ofrecen para nuestro regalo, como el amor, los exquisitos manjares, los deliciosos perfumes, los encantadores paisajes y las distintas armonías de la naturaleza.

Aparte del grosero sensualismo que esto revela, los placeres materiales nos convidan amablemente a vivir aquí en la tierra, pero no nos dan la razón de nuestra existencia.

El objeto de la existencia de los órganos generativos no es precisamente el amor sexual, sino la reproducción de los seres. Claro que en el cumplimiento de esta necesidad orgánica hay placer, mas así lo ha querido la Providencia, porque, de otra manera, nada impulsaría a los seres a engendrar nuevos organismos a fin de que

los espíritus libres vengan a morar entre nosotros bajo una forma mortal.

El objeto de la existencia de los órganos nutritivos es la nutrición, no los placeres de la mesa. En cuanto a los demás órganos de los sentidos, como la vista, el oído, etcétera, son puertas del entendimiento más que fuentes de groseros goces para el espíritu.

Se podría argüir también que los placeres intelectuales forman parte de la existencia misma y que, por lo tanto, la razón de la vida estriba en el goce de todos nuestros sentidos y facultades.

A esto se replica que en este mundo son mayores los motivos de infelicidad que de dicha, y que nuestros sentidos y facultades lo mismo sirven para el dolor que para el placer. Es innegable, por otra parte, que los seres cada día se perfeccionan más y más, por lo cual este mundo puede compararse al laboratorio de un alquimista donde se acrisolan las almas y el cobre se convierte en oro. La muerte viene a interrumpir, en la apariencia, este proceso de purificación, y, o convendremos en que nada hay más absurdo que una vida en que todo el progreso adquirido a costa de tantos sacrificios se abisma en un momento, o admitimos de una vez que *el objeto de nuestra vida radica en el espíritu, y no en la materia y que dicho objeto es alcanzar la perfección de que somos capaces.*

Siendo ilimitado el camino de la perfección, y siendo infinitos nuestros anhelos, ilimitada debe ser e infinita en sus posibilidades esta existencia de que nos dotó el Creador.

A mediados del pasado siglo, se levantó triunfante el materialismo sobre las ruinas de las religiones, tremolando, como la única realidad, la enlutada bandera de la muerte. Se inició un movimiento de retroceso hacia la filosofía fatalista. Se pensó en Grecia y en Roma, en la cultura física y en los placeres sensuales. "El hombre —se dijo—, es un juego del acaso, un conjunto de sensaciones y apariencias; el objeto de su vida no debe radicar en la inteligencia, sino en los sentidos; su vida es un tejido de goces y tristezas; tan solo él vela y padece en medio de la absoluta inconsciencia de las cosas; una cuna y un sepulcro le limitan, luego, entre esa cuna y ese sepulcro está la razón de su ser que no puede ser otra que su felicidad material. 'Comamos y bebamos, que mañana moriremos' ".

De esta manera proclamaron esos filósofos mezquinos la vuelta a la antigua Roma. "Cultivad vuestra belleza y vigor físicos; precipitad desde lo alto del Taigeto a los niños débiles; sacrificad a los ancianos como inútiles; satisfaced vuestras pasiones carnales; que la fuerza triunfe; que el que esté mal acondicionado para la lucha, sucumba; hartaos, embruteceos, reventad de gusto. ¡Bravo, Maximino, soldadote vulgar, gigante coronado, emperador de Roma, que derribabas un buey de un puñetazo y consumías más carne y vino que todos los augustanos juntos! ¡Bravo, Lúculo! ¡Salve, Heliogábalo! ¡Salud, Nerón! ¡Vosotros supisteis agotar todos los recursos del vicio y, como los puercos, gustasteis el inmenso placer de revolcaros en el lodo! ¡Tácito es un malvado que os denigra y Juvenal un jumento que os muele a coces! El lecho de Popea vale más que el tonel de Diógenes y que la pocilga de Job. Imitad a Alcibíades y desdeñad a Sócrates. En fin, pues la vida no nos ofrece otra cosa amable que los placeres, atentad a éstos; no cultivéis vuestra inteligencia, dejad los libros que os torturan por los labios de la mujer que os deleita y por el tonel de vino que os emborracha".

¿Qué podían contestar las religiones a estos energúmenos que con tal fuerza de lógica argumentaban? ¿Con el credo o el *Dies irae*? ¿Con las excomuniones y los anatemas papales? ¿Con las enseñanzas del Cristo? ¿Con los preceptos del Buda? En ese terreno tenían que confesarse vencidas. Probado que Dios y el alma no existen, la profunda moral del Crucificado y las brillantes filosofías del Oriente, basadas en la supervivencia, pierden por completo todo su valor y quedan reducidas a la simple categoría de esos espejismos que

en medio de los ardientes arenales engañan al viajero que hace la ruta de Argelia a Tombuctú.

Cuando ya la victoria sonreía a los apóstoles del materialismo, el mundo invisible principió a revelarse por medio de prodigios que parecían anunciar el advenimiento del reino del Crucificado. Pues la única manera de que quedara demostrada la supervivencia del alma era que los mismos muertos vinieran a nosotros, abandonando las serenas regiones de la vida espiritual, el milagro se hizo, y a las interrogaciones de la ciencia respondió, como antaño, la voz de la sibila.

Confiemos en el triunfo de la verdad, hermanos míos, y no olvidéis, sobre todo, que "se juzga de una doctrina filosófica por sus consecuencias morales, por los efectos que produce en la vida social".

Los efectos que produce el materialismo son desastrosos. Por lo tanto, debemos exclamar como Thomas Reid, que no pudo resignarse a creer que su espíritu no era más que un conjunto de impresiones sin más objeto que el placer: "¿Por ventura formaste al hombre, naturaleza, nada más que para burlarte de él? Si esa filosofía es la de la naturaleza humana, no entres en sus secretos, alma mía"…

V
LA FILOSOFÍA DEL DOLOR

Es necesario vivir, ¡oh, vosotros que atravesáis días
y años sin acciones, sin pensamientos, sin luz!,
porque nuestra vida, a pesar de todo,
es incomprensible y divina.

Maurice Maeterlinck

El 15 de abril de 1905 recibí una carta de Guillermo Hare, fechada en Ronda, ciudad de la provincia de Málaga, la que decía así:

Querido y buen amigo:

Me encuentro en este pintoresco lugar, gozando de perfecta salud, y deseo que, a la llegada de la presente, usted disfrute del mismo bien.

Las bellezas naturales de esta encantadora región, la benignidad del clima, la entrada de la primavera con sus encajes de frondas, sus ramilletes de flores y sus alfombras de verdura, la gentileza y bondad de los rondeños y otros tantos atractivos que tiene esta simpática región de

nuestra España, han sido parte para que yo sienta el corazón más sosegado y dispuesto a sobrellevar las brutales contrariedades de la vida.

Ronda es un país pintoresco por excelencia. Venga usted amigo mío, y juntos contemplaremos estas ciclópeas murallas, estos despeñaderos que maravillan y suspenden por la arquitectura variada de sus salientes de piedra, sus miradores aéreos, sus peñascos informes casi suspendidos sobre el abismo, su atrevido puente y otras muchas bellezas que convidan a meditar en las magnificencias de la naturaleza y en su arte inimitable. A veces pienso en nuestras conversaciones, sentado entre estas rocas tan curiosas como las de Montserrat, y contemplando a Ronda asomada a sus bordes de granito. Y recuerdo a Gloria…, mas ya no con profunda tristeza sino con suave melancolía, casi diré con nostalgia de una vida que aún no me explico, pero que en sueños entreveo.

No sé qué pensará usted al leer estas cosas; tal vez que el materialista empedernido se ha transformado en un entusiasta de la doctrina espírita… Aún mi pensamiento vacila, aún mi razón espera… Hoy no sé en qué creer: estoy perplejo, deslumbrado, confundido, mas no ignoro que, fluctuando entre las dos escuelas, mi corazón pugna por alcanzar la orilla en que se encuentra Gloria.

¿Recuerda usted nuestra última conversación y la promesa solemne que le hice ante Bonifacio de no atentar

contra mi vida? No habrá usted olvidado que esa promesa fue condicional… "Estudiaré —dije—, la fenomenología espírita. Si al cabo de un año no me he convencido de la inmortalidad del principio pensante, obraré según me plazca". Usted aplaudió mi resolución y me dijo: "Confío en que usted cumplirá noblemente lo prometido. Guillermo Hare, si es verdad que no hay nada más que lo que usted contempla, existe un completo desequilibrio entre sus anhelos de criatura celeste y la inconsciencia y brutalidad de la naturaleza. Usted es idealista; no reconoce como objeto de la existencia el deleite físico, y si la naturaleza lo ha creado para eso, usted no está conforme con su creación ni con la de ningún ser. La vida encerrada entre la cuna y el sepulcro no ofrece al hombre más perspectiva que la de un festín al borde de una fosa; que la de un tálamo nupcial fácilmente convertible en lecho mortuorio, y, por lo tanto, la nada misma sería un bien, como dice Soury, comparada con este quimérico vivir. Sin embargo, resulta incomprensible que la naturaleza haya dado anhelos infinitos a transitorias criaturas. Este eterno deseo de saber, esta aspiración a la perpetuidad que nos está vedada, este instinto de conservación, estúpido en una criatura mortal, acusan de ilógica a la naturaleza, la que debió darnos anhelos transitorios y no infinitos. Por lo tanto, si esto es así, el mejor partido que podría tomar el hombre lleno de ideales, que

ama la sabiduría y desprecia la miserable lucha por la existencia, es eliminarse, destruirse, decir en un arranque de indignación a la naturaleza: '¡Toma, monstruo insaciable; te devuelvo el aliento, la vida estúpida, la razón efímera, que me diste, y que yo no solicité!' ".

Éstas fueron sus palabras; bien las recuerdo. ¡Cuántas veces, sentado sobre estas rocas, he sentido tentaciones terribles de arrojarme al precipicio hambriento! Mas he pensado en usted, en mi palabra, en sus reflexiones, en la esperanza de comprobar sus teorías, y me he detenido.

El doctor X…, a quien tuve el honor de conocer por su digno medio, es una persona muy ilustrada y agradable. Solemos conversar mucho en el casino y en su casa particular. Me dice que en Málaga hay un médium conocido suyo, quien, atendiendo a sus ruegos, vendrá a pasar una temporada entre nosotros. Experimentaremos con él. Anhelo vivamente ocuparme de estos asuntos, de los que depende mi vida…

Sin embargo…, una idea lúgubre me acosa: demostrada la inmortalidad del espíritu, el ser humano, que anhela el descanso tras la dolorosísima jornada, se encuentra ante un abismo lóbrego, insondable, y se ve condenado, como Ashaverus, el legendario judío, a errar sin tregua en torno de una sepultura a donde en vano encamina sus plantas destrozadas. ¡No poder morir! ¡Qué suplicio más tremendo para el alma dolorida y fatigada!

El dolor, según usted, es tan necesario al espíritu como el acicate a la bestia. Lo creo, sí, lo creo; mas ¡ay!, ¡cuánto diera por arrancarme del pecho este puñal, aun cuando la vida se me escapara con él!

Reciba usted un estrecho abrazo de su inconsolable amigo,

Guillermo Hare.

A la anterior carta contesté en los términos siguientes:

Mi noble y buen amigo:

Con profundo regocijo veo, por su última carta, que usted recobra rápidamente la salud del alma y que se dispone a comprobar la realidad de los fenómenos espíritas. Confío en que sus experiencias se verán coronadas por un éxito brillante, y espero verle regresar tan vigoroso de cuerpo como de espíritu.

Un punto negro advierto en su referida carta. Habla usted del judío errante y parece que en su ánimo produce melancolía la idea de la inmortalidad. Haeckel, en sus *Enigmas del universo* se refirió al mismo mito para demostrar que la tan anhelada inmortalidad, en vez de un bien, sería un castigo horrendo. El concepto es falso. Vivir en este terruño eternamente, no hay duda que concluiría por no ser una cosa muy agradable, pues, por bello que

sea este mundo, el fastidio no tardaría en hacer presa de nosotros, y entonces pediríamos la muerte a gritos, y la recibiríamos con indecible satisfacción, si el cielo se apiadara de nosotros. Comprendo que tal concepto de la inmortalidad espante a Haeckel, mas, ciertamente, no es así como debe entenderse nuestro destino. Según el espiritismo, la Tierra no es más que una estación celeste, mejor dicho, un modesto peldaño de la sublime escala de los mundos, que conduce a Dios. Entre globo y globo, despliegan sus alas los espíritus, o como dice Víctor Hugo: "El alma va de astro en astro libando la luz, como la abeja de flor en flor libando la miel". Después de una lucha constante con la materia, el espíritu, engrandecido por el sufrimiento, se liberta de la rueda de nacimientos y muertes, y con la corona de arcángel en la frente toma asiento entre el coro de los cristos y los budas. ¡Oh, amigo mío, la doctrina de las vidas sucesivas enaltece al hombre y vindica a Dios! El alma no se mueve dentro de un círculo, sino que describe una espiral en su marcha ascendente hacia la luz. Al incorporarse a la materia, principia tan sólo una nueva existencia, mas nosotros, por efecto del eclipse de la memoria, damos en creer que jamás hemos vivido antes de venir a este mundo. Así, libres de prejuicios, de recuerdos dolorosos que podrían estorbar nuestro progreso, desligados de un ayer quizá sombrío, principiamos una nueva carrera. El eclipse de la memoria significa para muchos seres la regeneración.

De esta manera, el bandido de ayer, al reencarnar bajo un techo honrado, puede perfectamente adoptar un nuevo género de vida, libre de prejuicios y de odios, trocarse quizá en un ángel de paz y caridad. La inmortalidad que se ofrece al espíritu, como ya os lo he dicho, no es un triste confinamiento en una mazmorra más o menos sombría, sino el infinito con todas sus perspectivas, con sus mirajes y cambiantes sin fin, sus riquezas inagotables y sus cielos sin límites, porque muchas son las moradas del alma en la casa del Padre, y el espíritu, en su vuelo sublime en pos de la sabiduría y del amor, cuando alcanza alturas vertiginosas, advierte que se encuentra aún en las faldas de la gran montaña, y que la cumbre está allá, muy arriba, bañada de resplandores y circuida de tronos, potestades y dominaciones. Así explicada, la inmortalidad, a mi juicio, no ofrece ninguna perspectiva lúgubre, pues no se refiere a la perpetuidad de los seres en este pequeño Globo, sino en el infinito espacio.

La segunda materia a que usted se refiere es el dolor, considerado desde el punto de vista del perfeccionamiento de los seres.

Hay que acostumbrarse a decir como el filósofo griego: "¡Oh, dolor, no eres un mal!".

Bien hace usted en recordarme aquella frasecilla mía de que el dolor es tan necesario al espíritu atrasado como la espuela al caballo. Así es, en efecto. Posiblemente, en un grado mayor de adelanto, la noble ambición de as-

cender en la escala de las vidas nos hostigue únicamente y no tengamos necesidad de progresar a espolazos como los brutos; pero en nuestro actual grado de adelanto el dolor es imprescindible. Además, el sufrimiento es cualidad indispensable en nuestra triste condición terrestre para que nos demos cuenta de la verdadera dicha, la busquemos con ahínco y huyamos de todo cuanto tienda a mancillarnos y pervertirnos. Amamos el día, porque lo comparamos con la noche. Si gozáramos de perpetua claridad, es indudable que no la consideraríamos hermosa ni deseable. La noche prueba el día; el frío, el calor; y la muerte, la vida. En este sentido, el dolor es condición anexa a la felicidad, por ser su antítesis. ¿Por qué decimos que la salud es un bien? Porque, después de haber tenido *el dolor*, de perderla, tenemos *la alegría* de recuperarla. Y tanto mayor es la alegría cuanto más profundo ha sido el dolor, lo cual nos demuestra que el uno da la medida de la otra, y viceversa. Cuanto más oscura se presente la noche, más resplandeciente parecerá la aurora. Se dice, y con verdad, que las personas no se dan cuenta del valor de una cosa sino cuando la han perdido. El dolor es, por lo tanto, en nuestra baja condición terrestre, necesario como término de comparación y sin él no conoceríamos la felicidad. ¿Cuándo es más grato el reposo sino después de una rudísima labor? Emprendéis una tarea, y, si es fácil, no experimentáis más que un leve sentimiento de placer al verla terminada; en cambio, si es difícil y empeñáis en ella todas vuestras energías, si está sembrada de obstáculos y vuestra paciencia se pone a prueba, al darle cima experimentáis un gozo y un orgullo indecibles. Ello nos prueba que el trabajo no es un mal, sino una fuente de nobilísimos goces y que el dolor es la medida de la felicidad. Cuenta Sócrates una fábula para deducir que debemos aceptar el dolor como un don de los dioses y que en él está el principio de toda sabiduría. Cuando Júpiter creó a estos dos mellizos que se mecieron en una misma cuna (el corazón humano), el mundo clamó afligidísimo, pues, en vez de amarse y protegerse, el Dolor y la Felicidad se declararon insensata guerra. En presencia de tan fieros males, y para que el principio de fraternidad no se menoscabase, determinó el soberano del Olimpo unirlos por los brazos de suerte que anduvieran siempre juntos. Así lo hizo, y, desde entonces, donde acaba el uno principia el otro, y viceversa: no hay dolor que no apareje una felicidad.

Es de observar, amigo mío, que todo alumbramiento es doloroso, y pues es necesario sufrir para gozar, y lo uno da la medida de lo otro, es fuerza reconocer con el filósofo griego que las contrariedades de la existencia no son malas. Únicamente lo malo es lo irremediable, y ¿qué cosa hay que no tenga remedio en el mundo? La misma muerte, ¿qué es, según la doctrina espírita, sino una transformación? El materialismo, que sólo ve la apariencia de las cosas, enseña que el alma muere cuando el

cerebro concluye de funcionar. Esa escuela filosófica cierra el corazón a toda esperanza y nos inmola, como víctimas propiciatorias, en aras de ese Moloch insaciable que se llama la Muerte. Sin embargo, podéis tener la seguridad de que vuestra Gloria vive… Otra vez reposaréis en sus brazos, otra vez vuestra fatigada cabeza reposará en su seno de lirios y azucenas. ¿Quién sabe lo que el porvenir os reserva a los dos? Una nueva existencia de felicidad no interrumpida os recompensará de los dolores sufridos.

¡Ah, el dolor! ¡Él es el ángel que nos guía por la senda luminosa, aunque llena de espinas, que conduce a Dios! ¿Quién, si no él, despertó nuestra dormida consciencia? Posiblemente jamás hubiéramos despertado del profundo sueño en que nos hallábamos sumidos, si una dolorosa punzada no nos hubiera hecho abrir los ojos. A golpes adquirimos la consciencia, y a golpes la desgracia cincela nuestro espíritu, como al informe bloque de mármol el artista.

"Bien —dirá alguno—, mas ¿por qué razón el alma, que es de naturaleza divina, necesita para su progreso descender a la Tierra y encarnar en un cuerpo que sólo puede servir de obstáculo a su glorificación, ya que la filosofía eclesiástica considera como dos de nuestros mayores enemigos el mundo y la carne?". A esto se responde que ni el mundo ni la carne son enemigos del alma, puesto que el uno es la fragua donde ésta se templa y purifica, y la otra es el instrumento indispensable para

nuestras relaciones con la grosera materia. La necesidad es la progenitura del ingenio. Si nuestra vida no estuviera sembrada de obstáculos, si nuestra senda no estuviera erizada de espinas, nuestra inteligencia se debilitaría, como un músculo que por inacción se atrofia.

Nuestro interés está en sacar la mayor suma de bienes del obstáculo, enseñanza del dolor y felicidad de la desgracia. Un golpe es un aviso y el desengaño es una piedra de oro con que tropezamos algunas veces en el camino de la vida.

Abominemos, amigo mío, a los falsos profetas que con sus lúgubres augurios siembran el espanto y la desolación en los espíritus; a los materialistas que, en nombre de la ciencia, esparcen mentirosos conceptos acerca de la naturaleza y del hombre; a los bardos que con sus desesperados lamentos turban la serenidad de nuestros corazones, y a todos los que, ya en una forma, ya en otra, incitan a la orgía, al frenesí y al suicidio.

Platón desterraba de su república, no precisamente a los bardos, como se lee en algunos libros de crítica literaria o filosófica, sino a los falsos profetas, a los sofistas, a los ateos y a los declamadores que, como cuervos funestos, lanzan sus horrendos graznidos lo mismo en las ruinas olvidadas, en los caminos solitarios y en los silenciosos cementerios que en los hogares felices, posándose ya sobre la rama seca de un sauce que da sombra a una sepultura, ya sobre las doradas columnas del tálamo de un emperador,

ya sobre la cunita de un recién nacido, en torno de la cual juguetean los amores, ya sobre el busto de Palas Atenea, batiendo sus negras alas como una mueca irónica sobre todo cuanto constituye nuestra felicidad. Y a fe que Platón hacía muy bien en no quererlos admitir en su República.

Hartas tristezas tenemos que sobrellevar en la vida para que Schopenhauer, Soury, Ackermann, Leopardi y otros pesimistas nos la amarguen aún más con sus lúgubres lamentaciones y sus horrendos augurios.

Necesitamos gentes que nos conviden amablemente a vivir, que nos fortalezcan con el ejemplo de sus virtudes y nos ilustren con sanas y profundas enseñanzas. Si es verdad que estamos fatalmente condenados a muerte, no sabemos de ningún sacerdote que, en el largo vía crucis de la prisión al patíbulo, en vez de consolar al reo, procure angustiar aún más su ya abrumado espíritu, pintándole con los colores más horrendos el supremo instante en que ha de ser precipitado en la báscula fatal, y deteniéndose en la repugnante descripción del funcionamiento de la guillotina…

Büchner, Berkeley, Hume y Haeckel se parecen a los cuatro judíos que con su pesimismo atormentaban a Job leproso, víctima de su podre y de las moscas en el inmundo muladar a donde Dios lo arrojó para probar su fortaleza y su fe.

Cervantes siempre será para mí un amigo cariñoso y lo coloco entre los más grandes bienhechores de la humanidad. Su fidalgo andante con sus disparatadas aventuras ha curado más almas que cuerpos han sanado los médicos de más renombre…

¿Y Sancho Panza? ¡Oh, gracioso, amable rústico, encanto de los niños, deleite de los ancianos, ven a mis brazos! ¡Vales tú más que Schopenhauer y Nietzsche juntos! ¡Tu pollino rebuzna alegremente, mientras la musa de Leopardi, desgreñada como una plañidera, solloza sobre las tumbas!

Hare, amigo mío, fuerza es convencerse de que calumnian a la vida los que la tildan de absurda y la consideran amarga.

Ésta, nuestra pequeña vida, no es ni una sucesión de males, ni una continuidad de goces. En el jardín de la tierra hay toda clase de frutos, unos dulces y regalados como la ambrosía o el *amrita* de los dioses, los otros amargos y venenosos como los jugos fatales que beben Proserpina y las Furias en el averno. Mas en el jardín de la vida celestial, todos los frutos son buenos y no hay un solo árbol que a la par que flores produzca espinas.

Pues este mundo no es la mansión de la felicidad, debemos esperar resignados el advenimiento del reino del Señor y, mientras tanto, dorar las rejas de nuestra mazmorra, iluminarla y cubrir de flores sus negros muros, a fin de hacerla agradable a nuestros ojos. Por otra parte, nuestra ignorancia acerca de la suerte del alma es para nosotros fuente de infinitas amarguras. ¡Qué dolor para quien

no sabe lo que es la muerte, ver expirar a una persona querida! Si supiera que el último estertor de un anciano que en la Tierra muere es el primer vagido de un niño que en otro mundo nace, lamentaría la ausencia, lloraría la separación, ¡pero no la muerte!

Espero con ansia su contestación. ¡Valor, amigo mío; es necesario vivir!

Lo abraza tiernamente, con la esperanza de verle pronto tranquilo y resignado, ya que no satisfecho, su afectísimo y leal amigo,

el doctor Conrado

VI
SONDEANDO EL MISTERIO

A los ojos de ciertas personas vale más una prueba material que todas las enseñanzas morales y todos los tesoros de la filosofía más pura.

X

Una semana después de la partida de Guillermo Hare, recibí de mi excelente y sabio amigo el doctor X la siguiente carta, fechada en Ronda, su ciudad natal:

Querido colega:

Acabo de recibir la visita del estimable caballero don Guillermo Hare, quien me entregó una carta en la que usted, con la amabilidad que le caracteriza, se digna presentarnos el uno al otro, haciendo un verdadero derroche de galantería al cubrirnos de alabanzas que, por lo que a mí se refieren, francamente, estoy muy lejos de merecer.

Le agradezco la distinción de que me ha hecho objeto, y procuraré corresponder con los hechos al buen juicio que usted se ha formado de mí.

El señor Hare, cuyas desventuras usted me ha referido, es una bellísima persona, y creo que no nos costará trabajo llegar a ser dos excelentes amigos.

Conversamos largamente sobre ciencias naturales, y observé con asombro que, a pesar de su juventud, el señor Hare no sólo conoce la física, la química, la zoología, la antropología, la botánica, la geología y la astronomía, sino que las domina hasta el extremo de ser un maestro en esos ramos del saber humano.

Sin embargo, no pude menos de experimentar un sentimiento de profundo disgusto cuando advertí que las consideraciones filosóficas, con que matizaba su discurso, eran de un desconsolador escepticismo.

Luego, me refirió, esforzándose en vano por parecer sereno, la espantosa catástrofe que le privó súbitamente del ser adorable que formaba parte muy principal de su existencia.

Cuando llegó al momento culminante del drama, al minuto angustioso en que la desdichada Gloria, echándole al cuello los brazos lacerados y apretando en una postrera convulsión su rostro contra el suyo, le dio en la frente un beso de eterna despedida…, entonces, una ola de amargura invadió su corazón, su faz se contrajo,

llevose la mano a la frente, como para arrancar de ella el trágico recuerdo que le torturaba el alma, trató de sonreír, y reventó en sollozos.

Lo contemplé con infinita ternura y, poniéndole una mano en el hombro, le dije:

—¡Oh, hijo mío!… (permitidme que os llame así, pues ya veis, soy casi un anciano y vos estáis aún en el principio de la vida…), ¡oh, hijo mío, no seré yo quien detenga el curso de vuestras lágrimas, pues el llanto es el rocío del alma y refresca con sus finas gotas las flores del sentimiento!, mas no juzguéis vuestra pérdida irreparable… ¡Oh, no —añadí vivamente observando en Hare un signo de disgusto—, no quiero decir que hay mujeres de sobra en el mundo que podrían llenar el vacío que ha dejado Gloria en vuestro corazón, sino que Gloria… está tan viva como vos y yo, y más aún, pues, según la feliz expresión de un notable escritor, nunca se está más vivo que cuando se está muerto.

—Doctor —murmuró el joven haciendo un esfuerzo para serenarse—, perdonad si os he causado alguna pena con el relato de mis desdichas, mas ya sabéis que el corazón humano es egoísta y, cuando lo aqueja algún dolor, encuentra cierto placer en descargar sobre otros el peso de sus adversidades. Mas decidme, ¿también vos creéis sinceramente en la posibilidad de una vida extraterrena?

—No solamente creo en la *posibilidad*, sino en la *realidad* de esa vida, que es la verdadera —respondí—. El siglo que se inicia, a mi juicio, será el siglo del espíritu, pues durante él quedará demostrada de una manera absoluta la existencia del alma como una entidad distinta del cuerpo material y capaz de subsistir por sí misma. Igualmente quedará demostrado —añadí, sonriendo en forma que él comprendió que lo sabía yo todo— que el suicidio, sobre ser un acto estúpido y cobarde, es completamente ineficaz, pues, si por medio de él el hombre busca el término de sus dolores, lo único que consigue es alejarlo indefinidamente en castigo de haber intentado burlar la ley de karma o expiación.

"Según Eugène Sue, el *thug* Faringhea y el negro australiano, después de estrangular a Ashaverus, el judío errante, lo enterraron cerca del cadáver de un coronel inglés, apisonando la tierra y cubriendo con malezas la sepultura. Meses más tarde, encontrándose Faringhea a las puertas de Calcuta, vio venir hacia él, envuelto en la luz del crepúsculo, al mismo hombre de la frente rayada de negro que había estrangulado en la ribera del Ganges. Aterrado, cayó de rodillas, y el extranjero se le aproximó y le dijo con voz dulce: 'Sí, soy yo, el hombre que asesinaste en la orilla del río, y cuyo cuerpo cubriste de tierra y de malezas… Sin embargo, aún vivo, y te hablo a ti, mi asesino… ¿A qué matar, si todos cuantos

han muerto a tus manos viven como yo? ¿No comprendes, desgraciado, que en tu lazo no caen las almas?'.

"De la misma manera se podría decir a todo aquel en quien hubiese hecho presa la idea del suicidio: '¿No sabes, desgraciado, que los cuerpos caen bajo el hierro o el plomo, pero no las almas?'".

Vi, por la expresión del rostro del joven, que mis palabras habían hecho profunda mella en su ánimo, y continué:

—Es preciso sobrellevar con entereza las contrariedades de la vida. Todos sufrimos en mayor o menor escala. El que mira atrás, siempre encuentra un dolor más grande que el suyo. Así se expresaba nuestro gran Calderón en el conocido pasaje de *La vida es sueño*:

Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba…

"Un riquísimo *lord*, al salir de su palacio, tropezó con un mendigo, que le dijo con acento suplicante, a par que le tendía la mano: '¡Una limosna, señor! ¡Me muero de hambre, y no tengo nada, ni un mendrugo para la boca, ni un harapo para cubrir mi desnudez!'. El noble *lord* lanzó una mirada de lástima al mendigo; mas, pensando en la inapetencia que de larga fecha lo consumía, exclamó con voz áspera, al tiempo que le arrojaba la bolsa: '¡Mien-

tes, villano; eres más rico que yo, puesto que tienes tu hambre!' ".

Tal fue, en resumen, mi estimado colega, la primera conversación que tuvimos el señor Hare y yo.

Estoy esperando con ansia la llegada de Antúnez, el poderoso médium con quien experimentamos en Málaga en 1903. Con él espero convencer a nuestro joven amigo de una manera más efectiva que lo pudieran hacer Kant, Hegel y Cousin con una montaña de volúmenes.

Temo, sin embargo, que Antúnez no quiera sujetarse a todas las condiciones de un riguroso "control". Ya sabe usted cuán extravagantes y puntillosos son los médiums. Recuerdo que el año pasado, cuando lo atamos fuertemente y sellamos las ataduras, se mortificó algo y estuvo a punto de rebelarse, se calmó, sin embargo; mas, cuando le hablamos de la jaula, se negó en absoluto a ser introducido en ella. "No soy un criminal ni una fiera", dijo.

Por fortuna, poco a poco nos hemos captado su confianza, de manera que, en las próximas experiencias, probablemente su resistencia será menor; mas siempre habrá que tener en cuenta su amor propio.

Querido colega: la estación avanza; la corte debe de estar desierta. ¿Qué hace usted allí entre polvosos infolios y apolillados manuscritos? Si no tiene ningún compromiso que cumplir en Inglaterra o en Italia, véngase a Ronda a respirar aire puro en el pintoresco Tajo.

Conviene, por otra parte, que usted asista a nuestras experiencias medianímicas. La salud de una pobre alma enferma lo requiere así.

¿Cuándo tendremos la dicha de abrazarle?

Su afectísimo amigo y su servidor,

el doctor X

Ocho días después de la carta anterior, recibí de mi estimado colega esta otra, escrita en diferentes fechas:

Mi querido amigo:

El médium Antúnez cumplió su palabra: desde el miércoles pasado se encuentra entre nosotros. El señor Hare está contentísimo. Lo alojó en su propia fonda y lo tiene poco menos que secuestrado. Antúnez no protesta ni hace el menor esfuerzo para libertarse de él, pues se ve tratado a cuerpo de rey.

Ayer llegó Antonio, el viejo servidor de la familia Hare, con unos cuantos bultos llenos de aparatos e instrumentos de física. Con este motivo, el señor Hare estuvo ocupado, toda la tarde y parte de la noche, en preparar un pequeño laboratorio en un cuarto anexo al que ocupa en la fonda. Pude ver allí, ya arreglados y dispuestos, un excelente Kodak, una máquina eléctrica, va-

rias pilas de Leyden, una campana neumática, una vasija de cristal, una balanza de resorte pendiente de un fuerte trípode, y otros aparatos que sería prolijo enumerar.

Dejamos al señor Hare la elección de la sala medianímica, y él eligió una habitación de la fonda, la que mandó tapizar de negro después de cerciorarse de que las paredes eran sólidas y espesas y de que en el piso no existía ninguna trampa. Ha asegurado las ventanas por medio de fuertes barrotes e inutilizado una puertecilla que daba al jardín. Yo le dejo hacer, y sólo me limito a advertirle lo que juzgo conveniente. En un principio, quería obtener fenómenos físicos a plena luz.

—No es prudente ensayarlo —le dije—, pues los experimentadores más sabios están de acuerdo en que la luz ejerce una influencia disolvente sobre los fluidos magnético-animales, que son tan necesarios para la producción de esta clase de fenómenos. Katie King, el famoso fantasma que durante tres años se sometió al estudio de *sir* William Crookes en su propio laboratorio, se fundió como una muñeca de cera bajo la acción de la luz de un mechero de gas que el ilustre químico inglés encendió para comprobar el fenómeno de la materialización. En otra ocasión, un objeto luminoso, de la forma y tamaño de un huevo de pava, que se balanceaba sobre las cabezas de los espectadores, cayó bruscamente al suelo y se deshizo en una nube vaporosa al súbito fulgor de un fósforo que iluminó

la estancia. Como veis, en esta clase de experiencias, es necesario un gabinete oscuro, como el de los fotógrafos.

—Será, pues, menester, tomar todo género de precauciones —murmuró el señor Hare.

—Tomad las que gustéis —le respondí—, mas cuidad de hacerlo de modo que no impidáis la producción del fenómeno.

Mis explicaciones parecieron satisfacerle, y fue entonces que mandó tapizar de negro la sala medianímica.

Un señor farmacéutico, materialista *à outrance*, se ha unido al grupo experimentador. Es una excelente persona, pero apesta a Littré, Haeckel y Reclus, y temo que nos eche a perder las experiencias. Sin embargo, como es hombre de buen sentido, espero que sabrá confesar hidalgamente la derrota de sus principios.

Esta noche se inaugurarán las sesiones. Por tal motivo, dejo sin concluir esta carta, a fin de referirle mañana los resultados obtenidos.

Lunes, 17 de junio

Hemos inaugurado nuestras sesiones. El éxito ha sido muy mediano; sin embargo, el señor Hare está satisfecho. En cambio, don Norberto González, el farmacéutico, ha amanecido de un humor de todos los diablos. Durante la sesión, no tuvimos queja de él, mas ahora jura y

rejura que somos unos desalmados bromistas y que se la habremos de pagar. El caso es que, atado el médium a su silla, en condiciones de riguroso "control", y apagada la lámpara que iluminaba la estancia, después de media hora de paciente espera revoloteó sobre nuestras cabezas una luz clara y brillante, oyéndose al mismo tiempo estallidos como de una máquina de inducción en pleno movimiento. Luego, nuestro amigo el farmacéutico, que se mostraba escéptico acerca de estos fenómenos, que atribuía a nuestra habilidad pirotécnica, de improviso sintió que lo tiraban de los cabellos y que en su respetable rostro le descargaban dos o tres soberanos mojicones.

—¡Vaya, señores —exclamó—, enciendan la lámpara y si alguien quiere continuar este jaleo a plena luz, dispuesto estoy a que se reanude la danza!

Encendimos la lámpara y dimos por terminada la sesión, jurando todos por nuestro honor que no habíamos sido los autores de tan brutal atropello. Aparentó creerlo; mas su mal humor subió de punto cuando el señor Hare manifestó que, al contrario de lo que le había sucedido al señor farmacéutico, una mano fina, como de mujer, le había acariciado el rostro, posándose un momento sobre su frente.

—¡Hum! —murmuró el farmacéutico echando una mirada en torno suyo a ver si descubría alguna sonrisa maliciosa o un gesto de inteligencia—. ¡Muchos deseos

tengo de saber a quién pertenecen esas manos que acarician al señor y a mí me vapulean!

El médium despertó a los pocos instantes sin la menor fatiga. Esta sesión de por sí no vale nada, pero promete muchísimo. Puertas y ventanas habían sido aseguradas, y, al hacerse la luz, se vio que las ligaduras del médium estaban intactas. Esta noche reanudaremos nuestros trabajos, extremando la vigilancia.

Mis temores respecto de la susceptibilidad del médium dichosamente se han desvanecido. Acepta todas las condiciones y se sujeta a ellas dócilmente.

En mi próxima carta espero darle noticias más satisfactorias.

Su afectísimo amigo y colega,

el doctor X

Transcurrieron quince días. Durante ellos, arreglé todos mis asuntos, y ya me disponía a tomar el *sleeping* para Ronda, cuando una nueva carta del doctor X vino a sorprenderme gratamente. He aquí lo que en ella me decía:

Estimado colega:

Debemos felicitarnos por el éxito que hasta la fecha han obtenido nuestras sesiones. Después de la del 17 del pasa-

do junio, que tuve el placer de referirle, se han verificado seis más, muy interesantes algunas de ellas. La cuarta hubimos de suspenderla, por culpa del farmacéutico que, al sentir la aproximación de una forma materializada en la oscuridad, seguro de descubrir el fraude y probar nuestra impostura, se arrojó sobre dicha forma, logrando aprisionarla por un brazo. Al palpar un miembro perfectamente materializado, lanzó un grito de triunfo y reclamó la luz; mas, con asombro y espanto inimaginables, notó que el brazo, que apretaba con fuerza para que no se le escapase, principiaba a disolverse bajo la presión de sus dedos y que se reducía a vapor. Al hacerse la luz, se le vio con los puños crispados y el rostro desencajado, *apretando el vacío*, si es dable hablar así. Mas no fue esto todo. El médium, que al principio de la sesión parecía tranquilo y sin el más leve indicio de agitación nerviosa, fue acometido por un violento ataque epiléptico que pudo tener funestos resultados. Lo despertamos dificultosamente del sueño magnético, y procuramos rehacerle por medio de pases administrados sobre los centros nerviosos, mas como tales providencias no dieran el resultado apetecido, hubimos de recurrir a la farmacia. En suma, gracias a los solícitos cuidados del arrepentido farmacéutico y a mis conocimientos de medicina y espiritismo, salimos de aquel apurado trance sin que el mismo médium se hubiera dado cuenta del peligro que había corrido.

Como medida precautoria, a fin de continuar utilizando sus servicios, acordamos guardar silencio respecto de tan desagradable incidente, mas quedó prohibido de la manera más terminante causar el menor daño a las formas materializadas.

Este suceso, sin embargo, fue de gran trascendencia, pues toda Ronda se enteró de la aventura del farmacéutico y éste, por su parte, se confesó vencido hasta el punto de prenderle fuego en público a una montaña de libros materialistas, celebrando con semejante auto de fe su conversión al espiritualismo y digo *espiritualismo* y no *espiritismo*, porque el buen hombre no quiere aceptar la teoría de la reencarnación ni otros principios reconocidos y aceptados por los filósofos de la escuela kardeciana.

La última sesión, que se celebró anoche, revistió excepcional importancia. Con el objeto de eliminar toda superchería, el señor Hare aseguró y selló las puertas y las ventanas, derramó harina en el suelo, a fin de que las huellas de todo aquél que intentase un fraude quedasen estampadas en el pavimento; nos rodeó de timbres eléctricos y ligó fuertemente las sillas por medio de una cuerda cuyos extremos ató y selló a su propia pierna. Ya con anterioridad nos había hecho cambiar de traje en una habitación vecina, sustituyendo nuestras ropas de calle por un vestido turco de una sola pieza, completamente liso, sin un solo bolsillo. Además, había colocado en el

centro del círculo formado por nuestras sillas, la famosa cubeta de cristal cuya utilidad estábamos muy lejos de sospechar. Hechos estos preparativos, tomó la palabra el señor Hare, y con semblante severo dijo:

—Todos somos buenas personas, mas hay en el corazón humano una tendencia instintiva al fraude, que le impele a desnaturalizar las cosas más sagradas, y como se trata de la solución del problema de la supervivencia, que es el más importante que el hombre desde los tiempos prehistóricos ha tratado de resolver, creo que, por el interés mismo de cuantos nos encontramos en estos momentos en los umbrales de lo desconocido, las precauciones tomadas no están demás, pues nos aseguran una convicción firme al terminar nuestros trabajos. La vasija llena de agua que veis está comunicada por un grueso cable con varias baterías eléctricas que están bajo la inmediata inspección de mi sirviente en el gabinete vecino. La fuerza desarrollada por las baterías es suficiente para matar un buey. El que tuviera la imprudencia de sumergir la mano en el agua electrizada, quedaría muerto en el acto. Ahora, mis buenos compañeros, roguemos a nuestros amigos del espacio que se dignen sumergir en nuestro obsequio una mano o un pie en el agua electrizada, en forma que nosotros podamos apreciar el fenómeno.

Intenté protestar, indicándole que los espíritus raras veces llevaban a cabo las experiencias preparadas de antemano por los investigadores, mas me asaltó de súbito el presentimiento de que el fenómeno se realizaría en la forma indicada, y no desplegué los labios.

Apareció primero un punto luminoso que fue creciendo hasta convertirse en una especie de fuego fatuo de veinte centímetros de diámetro; luego se alargó, contorneose, y adoptó la forma de una mano elegante y graciosa, que terminaba en una nube de encajes vaporosos. Una claridad difusa, que sólo puedo comparar con el primer tinte del alba, iluminaba suavemente la atmósfera en torno de la cubeta. Algo como un fluido mágico que llenaba la estancia producía este efecto crepuscular. El frío era intenso y ráfagas cortantes como las de los Alpes, que pasan rasando la nieve y los enormes témpanos, soplaban sobre nuestras cabezas. A veces parecíame escuchar el aleteo de una bandada de palomas en el cielo de la habitación. Todas nuestras miradas seguían las evoluciones de la mano. Ésta se dirigió a la cubeta y, sin la más mínima vacilación, se sumergió en el agua electrizada; luego, se posó en las rodillas de Hare, y se deshizo dejándole una flor entre las manos. Entonces, nuestro entusiasmo estalló en un estruendoso aplauso y en un "¡Bravo!" que hizo estremecerse la estancia. Una lluvia de flores cayó sobre nuestras cabezas, y el vuelo de varias aves se hizo más perceptible. Iluminada la habitación, nuestro asombro no reconoció límites al ver el suelo ma-

terialmente cubierto de rosas, geranios, claveles, heliotropos y tulipanes tan frescos como recién cogidos de un cercano jardín. Entre las flores, encontramos dos palomas blancas enlazadas por una cinta celeste, símbolo de amor purísimo que entendimos perfectamente y que el señor Hare pareció comprender mejor aún que nosotros. La emoción ahogaba a nuestro pobre amigo, mas dominándola con algún esfuerzo, examinó los sellos de las puertas y las ventanas, y los encontró intactos. De pronto, lanzó un grito de asombro.

—¡Mirad, mirad, señores! —exclamó señalando un rincón, en el que, amontonados, podían verse el fuerte bramante con que habíamos atado al médium y la cuerda con que habíamos unido nuestras propias sillas.

En el momento de hacerse la luz, no nos habíamos fijado en este detalle, cautivada como estaba nuestra atención por los prodigiosos fenómenos que acabábamos de presenciar. Examinadas las cuerdas, encontramos los sellos también intactos. Interrogado Antonio, el sirviente del señor Hare, manifestó que ni un solo momento habían dejado de actuar las pilas eléctricas sobre el agua de la cubeta. En cuanto al médium, quedó muy postrado, como si le hubieran sustraído grandes cantidades de sustancia anímica o psicodo, y con una hiperexcitabilidad nerviosa tal que le causaba dolor aún el roce de su propio traje. El señor Hare, encantado, allí mismo

le regaló un billete de mil pesetas, que Antúnez intentó en vano rehusar. Llevándome luego aparte, el señor Hare me manifestó que estaba seguro de que la mano que había aparecido en la sesión era la misma de Gloria, y que la cariñosa atención con que le había distinguido ofrendándole una flor y desvaneciéndose en sus rodillas, sin hablar del simbólico obsequio de las dos palomas, le confirmaba en esa idea.

—A pesar de todo —añadió—, quiero llevar las experiencias hasta lo último, a fin de adquirir una convicción absoluta acerca de mis increíbles relaciones con mi difunta esposa.

Hermosa, sobre toda ponderación, fue, mi querido colega, la sesión de ayer. Lo que dejo relatado podrá darle a usted una ligera idea de ella. Nuestras experiencias están en su periodo álgido. Más que nunca es necesario que usted, dejando esas cuantas nimiedades que le detienen en Madrid, venga a reunirse con nosotros. Ya no sólo se lo pido, se lo exijo en nombre de nuestra sublime filosofía.

Su afectísimo colega y amigo,

el doctor X

El 20 de junio, después de arreglar todo lo conducente al viaje, me despedí de mis amistades y tomé el tren para Ronda.

No es mi ánimo describiros las bellezas del camino ni contaros los incidentes de viaje. Con la frente pegada al cristal de la ventanilla de mi departamento, *viendo sin ver* el nocturno paisaje alumbrado por hermosa luz de Luna, atravesé las interminables llanuras de la Mancha, meditando en Gloria y en Hare, en aquella historia de amor interrumpida en la Tierra por la caída fatal de un automóvil y anudada luego de tan extraordinaria manera en los umbrales mismos de la eternidad. El tren volaba a través de la desierta llanura, de cuando en cuando prendiendo de la copa de un olivo enano una mota de ceniciento algodón…

Al llegar a Ronda, vi en el andén a Guillermo Hare y al doctor X que, al desembarcar de mi coche, me recibieron en sus brazos. Encargamos al viejo Antonio de la conducción del equipaje, y nos dirigimos a la fonda, donde nos esperaba una suculenta comida. A poco, llegaron el farmacéutico y varios amigos con una excelente orquesta, y la sala del banquete se vio muy animada.

Mientras me despachaba con las sabrosas viandas, como es natural en un viajero que durante más de veinticuatro horas ha tenido su estómago a prueba en un carro de la Compañía Internacional, observé que Hare había sufrido un notable cambio tanto en lo físico como en lo moral. No era ya aquel joven pálido de melancólica belleza y espíritu apagado, aquel sabio adusto envuelto en su inseparable sobretodo, rígido, triste y sombrío como la estatua viviente de la desesperación, sino un robusto britano de facciones tostadas, en cuyos ojos, llenos de juventud y hermosura, resplandecía triunfante la alegre llama de la vida. Él hablaba por todos y acompañaba sus palabras con ademanes que mostraban muy a las claras el fuego de su espíritu; discutía golpeándome las rodillas y casi metiéndoseme por los ojos, y vaciaba de un sorbo su vaso de generoso Málaga.

—¡Albricias, caballeros! —exclamé de pronto—, os felicito muy cordialmente, porque tenéis un país sin rival en el planeta. Ha poco, mi buen amigo el señor Hare era una ruina física y moral. Ahora, ya lo veis: ríe, jura, escandaliza, engorda y revienta de satisfacción y de salud. ¿A qué atribuir cambio tan portentoso, sino al clima, a las aguas y a los aires de esta privilegiada región?

—Por favor —replicó Hare con afectada gravedad—, no bromeemos, amigo mío. Es natural que el clima, las aguas y los aires de este hermoso país han contribuido mucho al restablecimiento de mi salud corporal; mas fuerza es reconocer como causa inmediata de esta transformación que calificáis de maravillosa, la tranquilidad de que aquí he gozado y, más que todo, la esperanza que en mi corazón ha reverdecido, al calor

de los nuevos principios cuya realidad hemos logrado comprobar casi en absoluto en nuestras últimas sesiones. Todo esto os lo debo a vos, en primer término, y después, a los estimables caballeros que me han hecho el favor de admitirme en sus experimentos. Me complazco en declararlo honradamente: yo, el materialista rabioso; yo, el admirador de Lucrecio; yo, el amigo de Moleschott, de Vogt y de Büchner, he sido derrotado por los hechos, los que, permítaseme la expresión, son más fuertes que los dioses y los hombres. He visto lo suficiente para convencerme de que el espacio está poblado de seres cuya naturaleza es muy distinta de la nuestra. Fáltame, sin embargo, saber si algunos de esos seres vivieron aquí en la Tierra encarnados en un cuerpo mortal…

—¡Eso… yo no lo dudo! —exclamó el farmacéutico con una indignación que provocó la risa de los comensales—. ¡Qué!, ¿los mojicones que me dieron en pleno rostro no dicen claramente que el agresor era un individuo que había vivido en nuestro plano y que se aprovechaba de la ocasión para satisfacer una pequeña venganza, verbigracia, mi suegro con quien nunca pude congeniar?

En estas pláticas, nos sorprendieron las dos de la mañana. Hare hubiera deseado continuar el banquete hasta la aurora, mas los demás comensales se retiraron

después de los brindis, invitándome a descansar de las fatigas del viaje.

En vano fue que me encerrara en mi cuarto muy dispuesto a dormir doce o catorce horas de un tirón. Apenas el sueño reparador había destilado en mis ojos y en mis sienes el aromático jugo de sus adormideras, y el cortejo de las fantasmagorías principiaba a desfilar en los vastos salones del encantado palacio de la imaginación, cuando dos o tres golpes dados con los nudillos en la puerta me despertaron, y la voz de Hare resonó en el corredor. Me levanté como un sonámbulo y le abrí, y hube de soportar de nuevo, con un heroísmo que sin duda no pasará a la historia, borracho de sueño, mas con fingida atención, durante dos interminables horas, el relato de la famosa sesión del 17 de junio. Al fin Hare tuvo piedad de mí, y se retiró abrazándome cariñosamente.

Ya la aurora espléndida doraba el horizonte y resplandecía como una cascada de oro a través de los cristales de mi ventana, cuando logré conciliar el sueño, alejándome en silente y misteriosa góndola del triste mundo de los mortales.

VII
OTRA VEZ EL ABISMO

Yo soy uno de éstos que, arrojado del cielo,
ando errante y fugitivo entregado a las furias
de la Discordia fiera. El aire despide con fuerza
al mar a los espíritus que pecaron; el mar los
echa a la tierra, y ésta, lanzándolos hacia lo alto,
los introduce en los ardientes rayos del Sol…

Empédocles, *Poemas de la naturaleza*

Hermosísima tarde! —exclamó Guillermo Hare, mirando a través de los cristales de mi balcón—. ¿Queréis, mi buen amigo, que salgamos a dar un paseo por las afueras de Ronda?

—Sí —contesté, tomando el sombrero—, pero siempre que me conduzcáis por el famoso Tajo, que tengo muy vehementes deseos de admirar.

Salimos, en efecto. Antonio a respetuosa distancia nos acompañaba.

—Ronda, doctor —dijo Hare, mientras nos aproximábamos al gigantesco puente Nuevo—, como ten-

dréis ocasión de observarlo, es una maravilla. El rey cristiano que la perdiera, sin duda la lloraría como el moro lloró a Alhama, y no por sus ajimeces recargados de arabescos, ni por su viejo puente romano, sino por su preciosísimo Tajo, obra de las más curiosas que puede ofrecernos la naturaleza, desde las atrevidas cumbres y los profundos despeñaderos de los Alpes, hasta los valles encantados del Yosemite, donde aún los áridos peñascos se visten de verdura entre el estruendo incesante de las cascadas y los furiosos embates de los vientos. El Tajo, como sabéis, divide a Ronda en dos, de manera que, para ir del barrio de la ciudad al del Mercadillo, es forzoso cruzarlo. Vamos a pasar sobre el puente Nuevo, y admiraréis esta prodigiosa fábrica de mampostería, obra maestra del insigne arquitecto malagueño don José Martín de Aldehuela, quien, ya casi concluida, desgraciadamente perdió el equilibrio y cayó desde lo alto de los andamios, pereciendo en el acto… ¡Oh, amigo mío, cuántas veces recordando este incidente, he sentido el vértigo del abismo y he visto mi pobre cuerpo destrozado en el fondo de la barranca o pendiendo de una arista ensangrentada! En los primeros días de mi permanencia en Ronda, el abismo ejercía una espantosa fascinación sobre mí… Con sus enormes fauces de granito abiertas parecía aspirarme, y yo tenía que hacer un esfuerzo supremo para separarme de allí. Voces misteriosas surgían del fondo de la tremenda sima, invitándome a poner término a mis dolores… "Un salto, nada más, y todo habrá acabado", parecía que ángeles o demonios murmuraban en mis oídos. Sin embargo, en mis momentos de mayor delirio, algo así como una mano invisible paralizaba mis impulsos. ¿La de la diosa que detenía los arranques de Aquiles asiéndole por la rizada cabellera? ¿La de mi difunta amiga que el cielo enviaba en mi socorro? No lo sé; mas es lo cierto que, cuantas veces me aproximaba al hambriento precipicio, una fuerza poderosa me impelía a lanzarme desde lo alto de los antepechos de piedra, y otra fuerza, más poderosa que aquélla, me rechazaba… Además, mucho peso hacía en mí la palabra otorgada de no atentar contra mi vida en el curso de un año.

Hablando de esta manera llegamos al famoso Tajo y contemplé con entusiasmo la soberbia fábrica de mampostería que es el orgullo de los rondeños. Forman el puente dos arcos superpuestos, con dos pequeños arcos laterales en la parte superior. Entre estos dos últimos arcos, y bajo el piso del puente, hay un balcón, que corresponde a unos calabozos interiores que en pasados tiempos sirvieron para reos del orden común. El panorama que se observa desde ese balcón es prodigioso. Como la vista está limitada por las paredes de la referida abertura, parécele al observador que está suspendido

sobre el abismo y como asomándose desde la canastilla de un globo. Enormes peñascos de forma caprichosa amurallan el precipicio, semejantes a torreones construidos por cíclopes. Las últimas líneas de casas se asoman por ambos lados al Tajo, de manera que parecen aéreos palomares que van a desprenderse súbitamente y a caer en la hondonada. En el fondo, a más de doscientos metros de profundidad, corre, estrangulado entre enormes riscos y formando cascadas que desde lo alto simulan hilos de plata, el gracioso Guadalevín, cuyas aguas las ha aprovechado la industria, escalonando en las anfractuosidades del Tajo una serie de molinos que hacen aún más pintoresco el paisaje. Entre los murallones de peladas rocas medran dificultosamente algunos arbustos, mas a las orillas del pequeño río se alza fresca y abundante vegetación.

—¡Magnífico, sublime! —exclamé, contemplando con toda mi alma aquel maravilloso espectáculo.

—En efecto —murmuró Hare—, es un paisaje digno de verse. Si gustáis, daremos la vuelta por el Mercadillo, para regresar a la ciudad cruzando el puente de las Curtidurías.

Abandonamos el mirador, dándole una peseta de propina al viejo guarda, quien nos acompañó, haciendo mil reverencias, hasta la escalerilla de piedra que conduce al piso del puente y pasamos por el barrio del

Mercadillo, siguiendo luego la línea de rocas que bordea el abismo, con dirección a las Curtidurías.

—Vea usted —me dijo Hare, señalando con el índice una roca de forma trapezoidal inclinada sobre el abismo—, en el propio vértice de esa piedra hay una oquedad donde anidan algunas golondrinas. Muchas veces he tenido que apartar de estos lugares a los chicos, porque, con peligro de sus vidas, escalan las rocas para coger los nidos. De los huevecillos hacen collares y otras cosas muy bonitas.

Oí en esto un ligero ruido a mis espaldas. Me volví y, a horcajadas sobre una roca, a diez pasos de nosotros, vi a un chicuelo con un nido entre los dientes, que se disponía a bajar, apoyando las manos y las rodillas en las protuberancias y grietas de la misma.

—¡Cuidado con caerte! —le gritó Hare.

El pilluelo se dejó resbalar sobre la superficie del peñasco, llegó a tierra, cabrioló alegremente, sin soltar el nido, como burlándose de Hare, y se perdió, cantando una picaresca copla, entre las informes moles de granito.

Era ya casi de noche cuando llegamos al puente Viejo. El espectáculo que desde allí se advierte no llega ni con mucho a la sublimidad del que se observa desde el puente Nuevo, mas la sombra que empezaba a invadir el abismo y a borrar los contornos de las cosas, le

infundía al paisaje cierto tinte de misterio que convidaba a la meditación.

En el cielo había una espléndida floración de estrellas.

Hare se quitó el sombrero, se apoyó de codos en la balaustrada y convirtió los ojos a la altura. Su semblante aparecía majestuoso e inspirado.

—*Cæli et terræ enarrant gloriam Dei* —murmuró con un recogimiento que hizo vibrar todas las fibras simpáticas de mi ser.

Involuntariamente, recordé nuestro paseo al Tibidabo, y se me representó la imagen encantadora de Gloria combatiendo el ateísmo de su esposo. ¡Desde entonces, cuánto habían cambiado las ideas de Guillermo Hare!

—Sí —dije yo—; cielo y tierra cantan la gloria del Señor. Dios habita en el corazón de aquéllos que practican la virtud y cultivan la sabiduría.

—Pero ¿qué entendéis por Dios, amigo mío? —replicó Hare con aire pensativo—. ¿Me habláis acaso de aquel buen señor que tenía en más las frutas de su jardín que la felicidad de sus criaturas? ¿Es vuestro Dios el Dios del Sinaí, envuelto en una oscura nube y orlado de relámpagos y rayos, que habla de exterminar a los impíos y que *detiene el Sol* para que Josué pueda degollar hasta a las mujeres y a los niños de los amorreos? ¿O es

quizás el dulce nazareno que murmuraba en el huerto de las olivas, con mortal congoja: "Padre, Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz"?

—¡Oh, no! —repliqué con viveza—, bien conocéis mis ideas al respecto. Aquél a quien yo adoro no tiene forma ni nombre, y es mi Padre, porque antes que mis progenitores existiesen ya mi espíritu flotaba sobre el tiempo, y de Él proviene mi consciencia. Los hombres más sabios en vano intentan explicarlo, porque lo que es claro a la consciencia, a causa de su origen, es oscuro a la inteligencia, a causa también de su origen, pues la una no nació entre el fango, como el loto terrestre, sino que brotó en los campos del cielo, como la divina flor de Brahma; en otras palabras: el corazón, que es un ciego sublime, a través de sus pupilas muertas contempla al Creador, dirigiéndose a Él como la aguja imantada al norte y el girasol a la luz, en tanto que la inteligencia, que ve claro en el plano en que se ejercitan sus facultades, no puede vislumbrar, a través de la opacidad de la materia, el alma o motor de esta infinita máquina que llamamos mundo. ¿Quién es? ¿Cómo es? ¿Cuáles son sus atributos? No me atrevo a responder; tanta es su grandeza. Llámolo Dios, y aun cuando yo lo designara, como los musulmanes, según dice Goethe, con un centenar de nombres, me quedaría corto… Es Amor, es Justicia, es Providencia, es…, ¿qué diré?, lo es todo,

porque en Él se abisman todas las virtudes, todas las ciencias y lo mismo el pasado, el presente y el porvenir… El universo material se desenvuelve según un plan preconcebido, mejor dicho, según una idea que es anterior a todas las cosas. Esta idea única, inmensa, infinita, eterna, abarca la creación entera, presidiendo lo mismo la evolución del grano de arena con que juegan las olas en la playa que los movimientos de un enorme sistema de mundos. "En el principio era el Verbo", decía Platón, y esta frase, que mil años antes la habían pronunciado los lao-tse, o doctores de la razón en China, la repitieron a su vez san Pablo, san Agustín y otros grandes filósofos cristianos. Sí; antes de que existiese el universo material, era Tao, la Razón Suprema, el Verbo, la Voluntad que debía regir los mundos, el Pensamiento que debía animarlos. Así vemos que antes de que una molécula de hidrógeno y dos de oxígeno se combinen para formar una gota de agua, existe la ley que preside esta formación.

"Mi Dios, querido amigo, no es, como pudierais sospecharlo, una Entidad abstracta, metafísica, que tiene su trono solitario e inaccesible fuera de la Naturaleza. Un Dios así no me movería a adorarle, porque escaparía en absoluto a mi entendimiento y aún a mi corazón. El Dios que adoro vive dentro de mí, sin ser yo mismo; está en continua relación con sus criaturas; es infinitamente sabio y misericordioso y, cuando en el altar de mi consciencia mi corazón oficia como gran sacerdote, el fuego del cielo desciende y lo circunda de gloria".

—¡Cuan ignorante vivía yo de estas verdades que hoy aparecen tan claras a mi mente! —exclamó Hare—. Se necesitó que una desgracia hiriera mi espíritu, como el eslabón al pedernal, para que se hiciera la luz en mi consciencia. Hace seis u ocho meses, vuestro lenguaje me hubiera parecido ininteligible. Hoy no tengo más que alzar la vista al cielo para sentir que un torrente de armonía invade mi alma… ¡Cuánto bien me habéis hecho, doctor! ¡Oh, si supierais con qué ansiedad espero el día de mañana, en el que Gloria, según me dijo Antúnez, procurará materializarse a mis ojos! La veré, sí, la veré —añadió con exaltación—; ella lo ha prometido.

Ya era entrada la noche cuando regresamos al hotel, donde nos esperaban el doctor X, su corajudo amigo el farmacéutico González, y el médium Antúnez. Cenamos en compañía y, antes de retirarse nuestros amables huéspedes, celebramos una pequeña sesión de escritura mecánica, en la que Gloria repitió su ofrecimiento de la víspera. Hare examinó cuidadosamente el manuscrito, y declaró que la letra tenía mucha semejanza con la de su difunta esposa.

El anhelado día amaneció espléndido. El Sol brillaba con toda su fuerza, cubriendo de oro las cúpulas

de las iglesias y refulgiendo en las metálicas puntas de los vecinos campanarios, cuando Guillermo Hare, hinchado de salud y rebosante de júbilo, apareció a mi vista en traje de montar a caballo.

—¡Buenos días, doctor! —exclamó sacudiéndose las botas con el látigo—. Poneos un par de polainas, tomad vuestro sombrero de caucho, y veníos conmigo a cabalgar un rato por los alrededores.

—Buenos días, mi querido Hare —respondí sonriendo—. No me disgusta cabalgar, y menos en vuestra compañía, pues sois un consumado jinete y un excelente camarada; pero aquí tenéis una esquela de nuestro amigo X, que ha madrugado más que vos, y que me anuncia su visita para las once. Posiblemente, desea tratar conmigo algún asunto relativo a nuestra profesión y…

—…Y no sois un faquir indio para desdoblaros a voluntad. ¿No es eso lo que queréis decir? —interrumpió Hare.

—Sí, amigo mío.

—Pues bien, me acompañará Antonio en el caballo que tenía dispuesto para vos. ¡Un hermoso potro andaluz!… Mirad, mirad —añadió, asomándose al balcón del comedor del hotel y enseñándome al pie del edificio dos hermosos ejemplares de aquella raza, vigorosa y ágil a la vez, que holló con sus cascos medio mundo,

llevando sobre sus lomos a invictos guerreros de corazón magnánimo—. ¡Qué preciosos animales!

—En efecto, son muy hermosos —contesté—, y si encontráis que su paso está en relación con su figura, prometo acompañaros mañana en vuestras correrías.

—Hasta la vista, pues —dijo Hare, tendiéndome la mano y bajando la escalera—. Saludad en mi nombre al doctor X y decidle…; pero no, no le digáis nada. Le reservo una sorpresa. Pienso fotografiar a Gloria. Creedme que espero la sesión de esta noche con una impaciencia tan sólo comparable a la que debió sentir Romeo al aproximarse al sepulcro de Julieta… ¡Oh, el amor!…

Y riendo acabó de bajar a saltos la escalera. Le vi montar a caballo y desaparecer con Antonio en la primera vuelta de la calle, y no sé qué extraño sentimiento se apoderó de mi espíritu. A veces el corazón se nubla como presintiendo una desgracia. El ciego sublime ve por debajo de sus pupilas muertas. Mas ¿por qué debía temer nada desagradable? Hare se había alejado de mí sonriente, lleno de esperanzas, sano y fuerte como en la primera juventud. El amor a la vida retoñaba en su alma con toda la pompa de una selva tropical. El optimismo, vigoroso y bello, resplandecía en sus ojos. "¡Oh, el amor!"…, había exclamado con una explosión de júbilo indecible, salvando a brincos la escalera. Sí;

era toda su ilusión; la esperanza de ver a Gloria alimentaba su vida.

No habría transcurrido una hora de la partida de Hare, cuando el doctor X en compañía de don Norberto González, el farmacéutico, se presentó en el hotel.

En efecto, traíanle asuntos de nuestra profesión. Tratábase de una consulta acerca de un caso de histerismo, que a la postre resultó mediumnidad. Desde hacía algunos meses, una pariente del farmacéutico venía padeciendo violentos ataques que la dejaban sin sentido durante más de media hora; luego, por sí misma salía de su arrobamiento y principiaba a hablar como si fuera una persona extraña. Esta crisis le duraba cerca de dos horas; sufría un nuevo ataque y volvía a su consciencia normal, sin acordarse absolutamente de nada de cuanto le había pasado. "Histeria con principios de locura", fue el diagnóstico de los mejores médicos de Málaga, que sólo lograron, después de cinco meses de tratamiento, enfermar realmente a la infeliz muchacha. Desesperados sus padres regresaron con ella a Ronda, después de haber oído de labios de los sapientísimos galenos la penosa confesión de que habían agotado todos los recursos de la ciencia sin lograr más que una leve mejoría. Aquella misma mañana, el doctor X había sido llamado para atender el caso, y su diagnóstico fue que se trataba de un caso de posesión espiritual perfectamente caracterizado. Convine con él en que realmente era así, y quedamos en intentar la cura al mediodía en presencia de Hare.

Al nombrar al joven, la conversación giró sobre la maravillosa transformación que se había operado en él.

—Francamente —dijo X—, estoy admirado de un cambio tan radical. Mucho me temo que, si esta noche no se realizan sus deseos, recaiga en sus dudas, y de nuevo se encapote su frente como hace dos meses… Cuando llegó, parecía un anciano de ochenta años, inclinado bajo el fardo de sus dolorosos recuerdos. En nuestras primeras conversaciones, sólo hablaba de la tristeza infinita de vivir. En cierta ocasión, lo vi comprar un pajarillo y soltarlo luego diciendo:

"—Ve y goza en paz de la libertad que Dios te dio. ¡Ay, yo no puedo hacer otro tanto, porque tengo por carcelero al dolor!

"Cuando recibió vuestra primera carta, me dijo sonriendo con aire lúgubre:

"—El doctor Conrado me trata como a un niño. Mi dolencia es más grave de lo que imagina. Estoy herido aquí (señalando el corazón) y aquí (señalando la cabeza). Además, creo que se equivoca al juzgar la doctrina materialista, que es más humana y más altruista que la espírita, pues no ofrece al hombre, en cambio de sus virtudes, más que la consideración y el respeto de

sus semejantes en esta vida, sin preocuparse de la otra. El objeto de nuestra existencia es cumplir la evolución psíquica y corporal que nos ha señalado la naturaleza en el breve espacio que media entre la cuna y el sepulcro, ayudarnos los unos a los otros y laborar por las humanidades futuras.

”—Está bien —le dije—; mas decidme: cuando la vida se haya extinguido en el planeta; cuando el Sol lívido y próximo a apagarse alumbre nada más que un desierto de hielo, ¿a quién aprovechará esta civilización espléndida, cuya realización revela siglos de luchas, de quebrantos y de lágrimas, esta sublime obra de pólipos que con el transcurso de los siglos se ha levantado del fondo de la barbarie? El Adán apocalíptico, ante el cuadro de la Tierra desolada, ¿no tendría derecho de exclamar: ‘Madre Naturaleza, eres una bestia’?

”Bajo el peso de estas razones Hare pareció doblegarse; hoy los hechos le han obligado a pensar de otra manera; mas, recordando su frío escepticismo y sus arraigadas doctrinas materialistas, mucho me temo que si fracasamos esta noche…”.

—¡Ésa sí que sería buena! —interrumpió el farmacéutico con indignación—. ¡Qué! ¿Acaso el señor Hare ha sido jamás en su vida más materialista que yo, que estuve a punto de hundirle las costillas de un puñetazo a un clérigo protestante porque dijo quo Büchner y Vogt

juntos harían una bellísima pareja de bueyes para tirar del carro de la tarasca? ¡Y, sin embargo, yo me he rendido ante la evidencia…, evidencia que me costó unos cuantos mojicones en pleno rostro, es verdad, pero…

—Tranquilizaos —interrumpí a mi vez—; conozco a Guillermo Hare desde hace largos años, y os aseguro que su cambio es completo y definitivo.

A este punto llegábamos de nuestra conversación, cuando estalló abajo una confusa gritería mezclada de sollozos y lamentos desgarradores.

—¿Qué pasa? —gritó el Doctor X precipitándose hacia la escalera y bajándola de cuatro saltos.

El farmacéutico y yo nos quedamos como clavados en nuestros asientos. A poco reapareció el doctor con el rostro lívido, y… lo que fue, lo verá el lector en el capítulo siguiente.

VIII
MUERTE DE UN FILÓSOFO

Critón, le debemos un gallo a Esculapio.

Sócrates

Presentose el doctor X con el rostro lívido y desencajado, y nos dirigió una mirada pavorosa.

—¿Qué hay? —gritamos el farmacéutico y yo, lanzándonos a su encuentro cual si las sillas nos hubieran despedido.

—Una horrible desgracia —susurró el doctor—. ¡Pronto, pronto! ¡Hare se muere!

Yo me quedé petrificado.

—¿Qué decís? —vociferó el farmacéutico.

—Bajemos, bajemos —contestó el doctor con voz precipitada.

Todos a un tiempo nos lanzamos a la escalera, y el farmacéutico en su atolondramiento chocó contra el marco de la puerta y se hirió en la frente.

Delante de la fonda se arremolinaba una multitud que, al vernos aparecer, se abrió respetuosamente, franqueándonos el paso hasta una parihuela en la que se

advertía un cuerpo inmóvil cubierto con un paño manchado de sangre. Las mujeres se cubrían el rostro con las manos, y los hombres, pálidos y conmovidos, contemplaban en silencio la camilla, ante la cual, arrodillado, el viejo Antonio lloraba y gemía, arrancándose lo escasos cabellos grises que aún encuadraban su venerable frente. Presa de un horrible estremecimiento me abalancé a la camilla y, para convencerme de la cruel verdad, alcé un extremo del paño ensangrentado. La hermosa cabeza de mi amigo apareció a mi vista, pálida, mustia, llena de contusiones y desgarraduras, con una ancha herida en el cráneo, ya casi con la expresión indefinible de la muerte. Un grito de horror, mezcla de espanto y de pena, brotó de mi garganta y, temblando de pies a cabeza, le puse una mano en el pecho. El corazón palpitaba débilmente.

Con un cuidado exquisito lo subimos a su habitación y lo colocamos en el lecho.

—El corazón late —dijo el doctor X—. ¡Hay esperanza!

—¡Hay esperanza! —repitió maquinalmente el viejo Antonio.

—Señor González —dijo el doctor con impaciencia al farmacéutico—, ¿qué hacéis ahí como la mujer de Lot? ¡Corred a vuestra farmacia y traed todo lo necesario para practicar la primera cura! Y vos, doctor Conrado —añadió, volviéndose a mí—, pronto, vuestros instrumentos de cirugía.

El farmacéutico salió de la habitación como disparado, y yo hice lo que se me ordenaba.

A los pocos minutos regresó el señor González con un practicante, trayendo varios paquetes de algodón, vendas y algunos frasquitos de éter, ácido bórico, árnica, yodoformo, etcétera.

Cubrimos de hule una de las mesas de la fonda y trasladamos a ella el cuerpo de Hare, improvisando así una sala de operaciones.

El doctor X, en mangas de camisa, dirigía los preparativos, pues yo me encontraba incapaz hasta de ayudarle.

Rápidamente, X desnudó el busto de Hare y examinó su cuerpo.

—Ruptura y hundimiento de varias costillas —murmuró—. El húmero derecho está dislocado. Tiene tres contusiones en la espalda y la piel desgarrada en diferentes puntos. La herida de la cabeza es lo que me da más cuidado. Vamos, Antonio, aproximadme esa jofaina con el agua oxigenada, y vos, mi querido colega, hacedme el favor de sostener en alto la cabeza mientras procedemos a la desinfección.

El anciano servidor y yo hicimos lo que se nos indicaba, y X procedió con una esponja a descubrir

la herida del cráneo. Por fortuna, ésta no era grave y sólo interesaba el cuero cabelludo, el que estaba partido profundamente y replegado a lo largo del parietal derecho. X y yo exhalamos un suspiro de satisfacción, no así Antonio que, al ver manar de nuevo en abundancia la sangre de su amo, se sintió desfallecer y hubo de retirarse.

X concluyó de lavar la herida, la cosió con la exquisita delicadeza que le había conquistado gran renombre en Málaga y Sevilla y, mientras yo procedía al vendaje, encajó el húmero en su alveolo y procedió luego a arreglar la caja torácica, operación laboriosa que llevó a cabo con relativa facilidad.

Practicada la cura, volvimos al lecho a nuestro amigo y de nuevo lo auscultamos.

—No me explico —murmuró X separando el oído del pecho— cómo el corazón no late con más regularidad… Quizás la conmoción cerebral que lo privó del sentido…

Salimos al corredor a cambiar impresiones con el farmacéutico, y encontramos a éste socorriendo al viejo Antonio, a quien le acababa de dar un síncope.

Una sospecha cruel laceraba mi corazón, y así interrogué al anciano servidor, apenas se hubo recobrado.

—Antonio, dime la verdad. ¿Qué motivó esa desgracia? ¿Fue casual… o voluntaria?

—¡Ay, señor! —respondió el anciano deshecho en lágrimas—. Yo no sé cómo explicarme…; mas os juro que mi amo no tuvo la culpa… ¡Maldito muchacho! Él fue la causa de todo… Mi amo subió a la roca y…, ¡Jesús!…, se le fue la cabeza, vaciló y cayó… Yo le gritaba que no subiese… ¡Ay, doctor Conrado, hace dos horas no más salimos de aquí a caballo tan contentos, tan felices!… ¡Quién lo iba a decir! Bordeábamos los acantilados, cuando he aquí que un chiquillo se subió a una de esas peñas, que el fuego de Dios consuma, a coger un nido que estaba en una oquedad al borde del abismo… De pronto, resbaló y cayó. Lo vimos desaparecer, como si la hambrienta sima se lo hubiera tragado… Pero luego unos lamentos desgarradores se dejaron oír demandando socorro. En la caída, se había asido de uno de los salientes de piedra, y estaba colgando sobre el abismo sin poder subirse de nuevo a la roca, a pesar de sus esfuerzos desesperados… Era una cosa horrible de ver… Mi amo saltó del caballo con esa impetuosidad propia de su generoso corazón, y se abalanzó a la roca… Yo le gritaba que no fuese, que me dejara ir en su lugar, que al fin mi vida importaba menos que la suya… Él no me atendía… Para llegar a la roca era necesario cruzar una especie de puente que une dos acantilados, pues en aquel sitio el abismo está limitado por un doble murallón de piedra. Mi amo lo

cruzó con pie seguro. El muchacho, con los cabellos erizados y los labios trémulos, ya no gritaba. Mi amo lo alentaba con sus palabras; llegó a la roca, y principió a escalarla. Con el alma en los labios yo seguía todos sus movimientos, y no me atrevía ni a respirar, temeroso de que el menor soplo le hiciera perder el equilibrio… De improviso, cuando ya estaba cerca del muchacho, le faltó el pie y cayó… Aterrado, corrí a uno y otro lado del camino demandando auxilio… Me oyeron unos campesinos y acudieron con cuerdas, y mientras unos socorrían al muchacho que, con el rostro cárdeno y los dientes apretados, ya llegaba al límite de su resistencia, los otros bajaron al precipicio y subieron el cuerpo ensangrentado de mi señor… Al verle, lo creí muerto, y me arrojé sobre él sollozando; mas aquella buena gente me hizo comprender que, dichosamente, había esperanzas de salvación, pues las heridas no eran graves… Mi amo no había caído en el fondo de la barranca, sino que milagrosamente se vio detenido por una ancha peña que avanza sobre el precipicio a pocos metros debajo de la roca fatal. Luego las mismas buenas gentes se procuraron unas angarillas y…

—¡Loado sea Dios! —exclamé al oír el término de la narración— ¡Guillermo Hare no ha atentado contra su vida!

—¿Sanará, doctor? —preguntó con visible emoción el farmacéutico.

—Respondo de ello —respondió X—. La herida del cráneo es superficial y no tiene dañado ningún órgano.

—¡Dios os oiga! —murmuré con pena, pues yo no estaba tan seguro de la salvación de mi pobre amigo.

Dos noches pasé sin dormir a la cabecera de Hare. Al segundo día pareció querer recobrar loa sentidos; abrió los ojos, agitó un brazo y de nuevo se quedó inmóvil. Rendido por el sueño, me recosté en un sofá. Eran las seis y media de la tarde. Cerré los ojos, oí un momento la conversación del doctor y los practicantes, luego llegaron a mí debilísimos murmullos, y me dormí profundamente. De pronto principié a soñar… ¿Soñar?… No lo sé… ¿Quién es capaz de precisar el punto misterioso en que la luz se confunde con la sombra y el sueño con la realidad?… Soñé que me encontraba en el mismo lugar donde mi cuerpo dormía. El doctor y los practicantes se habían marchado ya. Una viva claridad llenaba el cuarto, y a la cabecera del lecho de Hare vi erguirse una figura indecisa, de vagos contornos. Con asombro me incorporé sobre el sofá, y miré con atención. La persona o fantasma se inclinó y besó la pálida frente del herido; volviose, resbaló sobre el mosaico de la habitación y se aproximó a mí. Era una mujer. Su faz

confusa y como borrosa adquirió más precisión, y la encantadora fisonomía de Gloria apareció a mis ojos. Sí, era ella; su mismo semblante, su misma cabellera abundosa, su mismo cuerpo gentil… Una dulce sonrisa florecía en sus labios. Se llegó a mí, con una mano señaló a Hare y con la otra el cielo. Yo la comprendí perfectamente. Traté de detenerla, asiéndola de la levísima falda, mas la tela se deshizo entre mis dedos como un girón de niebla, y ella pareció fundirse en el aire. Entonces desperté. En aquel preciso instante el doctor X se inclinaba hacia Hare como en actitud de oír.

—Me parece que recobra los sentidos —murmuró.

Me levanté y me aproximé al doctor, que me miró con aire satisfecho y me dijo:

—Recobra los sentidos… Si antes de dos horas nos reconoce y habla…, ¡está salvado!

—¿Lo creéis así, amigo mío? Mucho me temo que Hare no pase de esta noche.

—Ésa es una suposición… Hare pronto recobrará los sentidos. Lo he examinado nuevamente, y no creo que tenga ningún daño interno…

—Es que he soñado, doctor.

Y le conté mi sueño.

X cesó de sonreír y no dijo nada, como si la duda hubiese arraigado en su ánimo.

En aquel momento, Hare abrió los ojos.

Dirigió una mirada a la habitación, agitó los labios y luego se fijó en mí. Yo temblaba como un reo ante la muerte.

Hare pareció darse cuenta de cuanto le rodeaba; trató de hablar y no pudo. Entonces movió un brazo y me estrechó la mano débilmente.

—Guillermo, ¿me escucháis? —le pregunté con suavidad.

Él sonrió y plegó los párpados en señal de que me oía.

—No os esforcéis por hablar, amigo mío —le dijo X.

Hare hizo un gesto de asentimiento, y sonrió al doctor.

Entonces renació en mi pecho la esperanza, olvidé el sueño y di crédito al optimismo de X. ¡Qué dulces, qué consoladores son los primeros movimientos de una persona querida, después de dos interminables días de mudez e inercia! Yo, que ya lo daba por muerto, no pude reprimir una exclamación de júbilo al verle abrir sus inteligentes ojos iluminados por el pensamiento. En tanto no recobró los sentidos, lo creí cadáver, pero el regreso a la consciencia me pareció promesa segura de salvación.

Media hora después, Hare logró hablar. Las primeras palabras de aquella alma generosa fueron para pregun-

tar si se había salvado el muchacho causante del infortunio, y al saber que sí, manifestó su regocijo.

Intervino el doctor X, aconsejándole que no hablara, pues el ejercicio activo de la inteligencia, después del terrible choque que había sufrido su cerebro, podía serle perjudicial.

Hare le interrumpió, dominando un gesto de dolor.

—Amigo mío, no os forjéis ilusiones… Esto… se acaba… El corazón me duele de una manera horrible… Debo de estar reventado por dentro…

Una espuma sanguinolenta orló sus labios.

X y yo nos cruzamos una mirada de angustia. Tenía razón el herido. El sacudimiento de la caída debía de haberle dislocado el corazón. De ahí la tardanza en recobrar el sentido.

—Doctor Conrado —continuó Hare con creciente dificultad—, dentro de una hora…, todo… habrá concluido… Un notario… Mis bienes…, a los pobres… El retrato de Gloría…, ¿recordáis?…, aquella… miniatura…, de marco… de oro…, para vos…

Nuevamente le interrumpió el doctor, y Hare permaneció un instante silencioso. Una serenidad augusta se esparcía por su rostro, que cobraba la impasibilidad de la tumba.

Un rumor de voces se oyó en la puerta. Antonio, llorando, suplicaba al farmacéutico que lo dejara entrar, y éste se resistía. Hare se dio cuenta de ello y me dijo:

—Doctor Conrado…, que entre… ese infeliz… anciano… Viene… a decirme… adiós…

Hice lo que mi pobre amigo deseaba, y envié en busca del notario. Antonio entró enjugándose las lágrimas, besó la mano de su amo y, como un perro fiel, se echó a los pies de su cama.

—Amigos… —murmuró Hare con voz que parecía venir de ultratumba—, soy feliz… En esta hora… suprema… gozo de una… tranquilidad inefable… Ya… no siento… mi cuerpo… Me parece oír una… melodía… celeste… ¿Son… los… ángeles… del Señor… con… sus… arpas… de… oro?… ¿No oís… sus cánticos?… Yo… muero… ¡Oh, amada mía!…, ¿dónde… estás?…

Se abrió la puerta, y presentose el señor González con un notario y un escribiente.

Hare, saliendo de su éxtasis, dictó su postrera voluntad con maravillosa lucidez. Parte de sus bienes, consistentes en varios viñedos y olivares en Andalucía, una fábrica de tejidos en Cataluña, cuatro palacios en Madrid y dos millones de pesetas en bonos de la deuda y acciones de ferrocarril, los donó a la nación para que

con su producto se fundaran escuelas, hospitales y otras instituciones dirigidas principalmente al mejoramiento de las clases desheredadas; medio millón lo destinó a la fundación de un instituto de ciencias psíquicas, y estableció un premio anual de 20 000 pesetas para estimular el gusto por la literatura espírita entre los buenos escritores.

Todos llorábamos. El mismo notario no pudo reprimir su emoción cuando Hare hizo constar en su testamento "que devolvía esos cuantiosos bienes a la humanidad, a la que en realidad pertenecían, y que pedía perdón a sus semejantes por no haberlos sabido aprovechar en su mejoramiento, fin al que sin duda la Providencia los había destinado al hacerlo a él su depositario".

El notario legalizó el testamento y se marchó con el escribiente.

El rostro de Hare se iluminaba cada vez más.

A las once entró en la agonía. Todos rodeábamos su lecho. Nos estrechó la mano con efusión, como un amigo desde la plataforma del tren en marcha. A Antonio fue preciso arrancarlo de ahí en un estado lastimoso. En la estancia reinó largamente un pavoroso silencio.

Hare principió a delirar. De pronto batió el aire con las manos, abrió los ojos claros y fulgentes, alzó un poco la cabeza y gritó con voz vibrante:

—¡La veo!… ¡La veo!…

Y expiró.

Todos nos inclinamos bajo la impresión del golpe. Mi corazón parecía estallar. Sobre las blancas sábanas destacábase aquella hermosa frente cubierta de una terrosa palidez, pero augusta, serena y radiante como en una gloria.

El doctor X le cerró los ojos y, luego, irguiéndose, exclamó con voz solemne:

—Fue un justo en la tierra. Procuremos imitarle.

Sentí que mis piernas flaqueaban; una mano de hierro me apretó la garganta, el aire me faltó; creí ver cruzar ante mis ojos el mismo fantasma de la falda vaporosa, una nube oscureció mi mente, y perdí el conocimiento.

¿A qué describir lo que después sucedió? El lector suplirá el obligado final de la historia de Hare: un cortejo fúnebre, unos cuantos amigos alrededor de una fosa, un ataúd que desciende sostenido por unas cuerdas; ruido de tierra que cae sobre la caja mortuoria y crispa los nervios, discursos conmemorando las virtudes del difunto, una inscripción sobre una piedra, días de recordación y duelo…, el manto de la noche sobre las tumbas, un hombre menos en este mundo y un alma más en el otro.

Hare quiso que su entierro fuera modesto como su vida, y Ronda le dio un lujoso acompañamiento: la suntuosidad de la admiración y del cariño.

Dos días después, los visitantes del cementerio pudieron leer sobre la losa estos versos escritos por una mano incógnita:

Esta es la puerta de la azul morada.
Muchas veces cruzaste sus dinteles,
alma a un grano de polvo encadenada.
El cuerpo se resuelve en humo, en nada,
con sus pompas, grandezas y laureles,
en tanto que, al llegar a la otra orilla,
el celeste marino
suelta el remo, abandona la barquilla,
y sigue alegremente su camino.

México, 26 de marzo de 1907

NOTICIA DEL TEXTO

Rogelio Fernández Güell fue un asiduo colaborador de diversas publicaciones espíritas mexicanas, españolas y estadounidenses. Durante su estancia intermitente en México (1905-1913) perteneció a la Junta Central Espírita de México.

Escrita en México en marzo de 1907, *Lux et umbra. Novela filosófica* (Tipografía Artística, 1911) fue publicada mientras Fernández Güell fungía como jefe del Departamento de Publicaciones del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología.

En su prólogo, el autor invita al lector a conocer las doctrinas espiritistas que lo inspiraron y con las que desea “abrir los corazones lacerados a la esperanza”.

ROGELIO FERNÁNDEZ GÜELL
TRAZO BIOGRÁFICO

La familia Fernández Güell gozaba de una amplia presencia política en Costa Rica: el general Federico Fernández Oreamuno, padre de Rogelio, fue gobernador de Puerto Limón y Puntarenas. Para el 4 de mayo de 1883, nacimiento del futuro político y escritor, el general era el regente de la ciudad capital, mientras que el tío, Próspero Fernández Oreamuno, ocupaba la presidencia del país (1882-1885).

Bajo los cuidados y disciplina de su madre, la cubana Carmen Güell Pérez, Rogelio acudió al Liceo de Costa Rica, donde estudió la primaria y la secundaria a partir de 1890; sin embargo, decidió abandonar los estudios en el colegio y continuarlos de manera autodidacta. Alrededor de 1899 inició su carrera periodística; contribuyó con la fundación del diario *El Tiempo* y envió colaboraciones al periódico *El Día*. Debido al contenido irónico y humorístico del artículo "Los Quijotes de mi tierra" (publicado en *El Tiempo*), Rogelio, que aún no tenía la mayoría de edad, fue llevado a la cárcel, donde permaneció veinte días. En 1901 fundó

la publicación *El Derecho*, donde firmaba los artículos políticos con el seudónimo Pascual.

En abril de 1902, fue agredido por militares debido a supuestas ofensas al ejército: recibió heridas de sable en el brazo y en la mano derecha. Ante la persecución política que sufría la familia Fernández Güell, el 18 de enero de 1904, Rogelio tomó la decisión de trasladarse, junto con su primo Tomás Soley Güell, a España. Ambos recorrieron distintas ciudades de aquel país y, finalmente, se asentaron en Madrid.

En 1905 ingresó a la Universidad de Madrid, donde se tituló en derecho y en filosofía y letras. Por la época, entabló amistad con Jacinto Benavente (1866-1954), Rubén Darío (1867-1916) y José Santos Chocano (1875-1934); además, escribió sus primeros versos, influidos por el Romanticismo. Asimismo, publicó poemas de corte espiritista en las revistas *Luz y Unión* y *Los Albores de la Verdad*. Algunos de ellos fueron recogidos más tarde en *Los Andes y otros poemas* (1913), edición que en su mayoría se destruyó por orden del secretario de educación del gobierno de Victoriano Huerta (1845-1916). En una visita a Barcelona, conoció a su prima, Rosa Serratacó Soley, con quien se casó el 15 de septiembre de 1906. Como consecuencia del rechazo familiar ante la unión, el matrimonio se embarcó rumbo a México.

Aunque existe cierta incertidumbre en la fecha de arribo de la pareja a tierras mexicanas, en 1907 con toda seguridad radicaba en la ciudad: Fernández Güell laboraba en el Observatorio Astronómico Nacional de Tacubaya y, más tarde, ejerció el cargo de cónsul de México en Baltimore, Estados Unidos. Existe ambigüedad en los datos, pues para ocupar el cargo era necesario que Rogelio asumiera la nacionalidad mexicana; sin embargo, en una carta dirigida a su primo Tomás, el poeta niega haber realizado el trámite correspondiente. Por otro lado, Beatriz Gutiérrez Müller asegura que Fernández se nacionalizó mexicano el 23 de mayo de 1907, de acuerdo con el expediente localizado en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores.[12] Tras su regreso a México, se integró a la Junta Permanente del Segundo Congreso Espírita de México, en abril de 1911, y colaboró en la revista *El Siglo Espírita*, que más tarde cambiaría su nombre a *Helios*.

En 1911 se trasladó a El Paso, donde se entrevistó con Francisco I. Madero (1873-1913), con quien tenía afinidades políticas y espíritas. Con el triunfo del mo-

[12] Beatriz Gutiérrez Müller, "Rogelio Fernández Güell. La ciencia filosófica y el gobierno del espíritu", *Dos revolucionarios a la sombra de Madero. La historia de Solón Argüello Escobar y Rogelio Fernández Güell*, México, Ariel, 2016, p. 160.

vimiento maderista, Fernández Güell se instaló en la Ciudad de México y concurrió a las sesiones previas a la fundación del partido Constitucional Progresista. La simpatía por la campaña de Madero se reflejó en el apoyo que Rogelio expresó en *El Amigo del Pueblo. Órgano Oficial del Club Libertador Francisco I. Madero*, dirigido por el poeta entre julio y noviembre de dicho año. Entre sus páginas, publicó el poema "A la Paz", escrito en honor a Madero, y el ensayo *El moderno Juárez. Estudios sobre la personalidad de don Francisco I. Madero*, publicado por entregas y posteriormente impreso como folleto publicitario. También dio a conocer la novela de tono espiritista *Lux et umbra. Novela filosófica*.

Durante el gobierno interino de Francisco León de la Barra (1863-1939), asumió el cargo de jefe de Publicaciones del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología (1911). Fundó, junto con Solón Argüello, *La Época. Bisemanario Político, de Información y Variedades* y publicó *Psiquis sin velo. Tratado de filosofía esotérica* (1912). Del 27 de octubre de 1912 al 28 de febrero de 1913, ocupó la dirección de la Biblioteca Nacional de México, a la cual renunció tras enterarse del asesinato de Madero y partió hacia Costa Rica.

En su tierra natal dirigió *El Republicano* e ingresó al Ateneo de Costa Rica. En 1914 asumió el cargo de subsecretario de Gobierno, más tarde, el de Fomento y, por último, el de director general de Correos. Dirigió *El Imparcial* en 1915, año de publicación del folleto *La clave del Génesis* y de *Episodios de la Revolución mexicana*.

Viajó a Buenos Aires, Argentina, en 1916, como secretario del ministro de Relaciones Exteriores; acudía como representante de su país para tratar asuntos financieros ante la Alta Comisión Internacional de la Legislación Uniforme. Al año siguiente, se dirigió a España, donde publicó *Plus ultra. La raza hispana ante el conflicto europeo*. De igual manera, ganó la elección para diputado por la provincia de San José, en la Asamblea Nacional Constituyente.

El 22 de febrero de 1918 se levantó en armas en contra del presidente Alberto Tinoco Granados (1868-1931). Sin embargo, unas semanas después, fue asesinado en la municipalidad de Osa, en la provincia de Puntarenas, el 15 de marzo de 1918. Días antes, había publicado *Lola, romance de costumbres nacionales*. En el lugar del asesinato se erigió un obelisco. Sus restos se trasladaron a San José, en 1923, durante la administración del presidente Julio Acosta (1872-1964). Fue nombrado, póstumamente, académico por la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes de Cádiz. Su primo, Tomás Soley Güell, publicó *Mi testamento literario*, donde se ofrece una relación de la obra impresa y algunos de los poemas de Fernández Güell.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York
Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca
José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México
Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México
Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México
Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore
Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes
Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México
Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua
Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México
Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán
Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Águila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez Hernández • Luis Gómez Mata • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alejandro Bernal • Diana Ramos

Lux et umbra se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 26 de agosto de 2020. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de Norma B. Cano Yebra. La edición estuvo al cuidado de Braulio Aguilar.